

EL

GUERRILLERO

NOVELA TEJIDA CON RETAZOS DE
LA HISTORIA MILITAR CARLISTA,
POR

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN



TIP. MODERNA
Avellanas, 11

VALENCIA
AÑO 1906

Es propiedad del Autor



I

No me explico que un guerrillero como usted, que tiene su valor acreditado en tres gloriosas campañas, que en materia de doctrinas es intransigente, hasta el punto de haber sido calificado de *apostólico* por sus émulos, y que conspira con cargo militar de confianza, no me explico, repito, que sea usted enemigo de la guerra.

—Enemigo no, señor canónigo: ni por oficio ni por gusto puedo yo ser enemigo de la guerra; pero sí soy amigo, muy amigo, casi tanto como Nocedal, de que la revolución prosiga su marcha, en ferrocarril si es posible, no en carreta de bueyes, desorganizándolo y corrompiéndolo todo; de que nuestra valiente minoría, tan hábil-

mente dirigida por D. Cándido, haga imposible el régimen y todo Gobierno, y de que entretanto, por último, los que conspiramos como usted y yo, reunamos el dinero y los fusiles necesarios para comenzar la guerra. Todos los movimientos anteriores han fracasado precisamente por esto, por no haber sabido escoger el momento crítico, por impaciencias malsanas y por falta de elementos de guerra. Esto nos sucedió en la Muela de Cantavieja y en Santa Cruz de Nogueras. Y no olvide usted el primer axioma de la Crotalogía: más vale no tocar las castañuelas que tocarlas mal.

—Conformes; pero les sucede á ustedes con la guerra lo contrario que á la zorra de la fábula con las uvas. Por no poder alcanzarlas, decía ésta de las uvas: «están verdes»; y teniéndola ustedes al alcance de la mano, para no comenzar la guerra, dicen ustedes: «no es hora aún».

—A usted se le antojan los dedos huéspedes, y se le figura que todo el monte es orégano.

—Pero venga usted acá, mi general: ¿qué ha dejado en pie la gloriosa septembrina? Absolutamente nada, ni en el orden religioso, ni en el político, ni en el social. El altar y el trono ruedan por el fango, y la tan cacareada libertad, verdadero taparrabos inventado por la revolución para ocultar toda clase de crímenes y de vergüenzas, entraña el despotismo más tiránico y feroz y el libertinaje más corruptor y corrompido...

—Tiene usted razón; pero...

—...Las profanaciones del santuario son tan horribles, que hemos visto convertida en tribuna de club la cátedra del Espíritu Santo, en pesebre de asnos el Sagrario, demolidas por la piqueta revolucionaria las iglesias más piadosas y artísticas; en Cádiz, *gloriosa* cuna de la libertad, se arroja de su monasterio á las religiosas de la Candelaria; con intención perversa, un viernes santo, á las tres de la tarde, se derriba la cúpula del mejor templo gaditano, se arrancan á viva fuerza de la galería de hijos ilustres de Cádiz los retratos de frailes y curas, destrózanse las venerandas y artísticas columnas de sus santos patronos Servando y Germán, se arroja á puntapiés á las hermanas de la Caridad y á los capellanes de los asilos benéficos, se venden en pública subasta cálices y custodias para comprarles fusiles á los voluntarios de la libertad; en Granada se le exige al arzobispo que pague de su bolsillo el derribo de los templos, y destrozan su palacio; en Palencia, la canalla toma por asalto las iglesias, y profana, saquea y destroza, con rabia verdaderamente satánica, esculturas y lienzos, misales y candelabros, libros y sillas de coro, imágenes y hasta copones, cuyas sagradas Formas pisotean como condenados; en las provincias del Norte se prohíbe el toque de las campanas bajo penas severísimas; en Cataluña se invaden los conventos, las iglesias y casas parroquiales, asesinando á más de un sacerdote y obligando á todos á vestir de seculares y á dejarse barba para poder

transitar por las calles de Barcelona; se derriba en Valencia la iglesia de la Compañía de Jesús, para que, destruyendo el nido, no vuelvan los pájaros; y en todas partes, ¿qué ocurre? Lo mismo lo recuerda usted; ¿para qué he de cansarle refiriendo sacrilegios y atrocidades que, más que en la memoria, están chorreando sangre en el corazón de los buenos católicos?

—Sí, señor; sí, señor; le sobra á usted razón; pero...

—¿Qué más, hombre, qué más? Con el pretexto de que no hemos querido jurar la Constitución atea de 1869, se sitia al clero por hambre y no se nos paga lo nuestro, se nos roba con sectario cinismo...

—Perfectamente.

—¿Cómo perfectamente? ¿Aprueba usted este despojo inicuo?

—Quiero decir que sobra á usted razón para invocar el derecho que los católicos tenemos á defendernos hasta con las armas en la mano; pero...

—¡Qué pero ni qué calabazas!, y usted perdone mi indignación: ha llegado la hora de constestar á la guerra con la guerra, y entiendo que, en conciencia, ustedes los militares tienen el deber ineludible de hacerla y nosotros los sacerdotes de predicarla, prepararla, encenderla y sostenerla por todos los medios, de palabra y por escrito, privada y públicamente, en las cátedras de los seminarios, en los púlpitos, en el confesonario, en todas partes, con hombres,

con fusiles, con dinero, con todo, hasta con los dientes y con las uñas... ¡Pues no faltaba más sino que dejásemos abandonados en el arroyo revolucionario los derechos de Dios, de su Iglesia santa y de sus ministros!

—Eso no puede ser ni será, señor canónigo.

—Desengáñese usted, mi general: el liberalismo es la Bestia del Apocalipsis, y hay que perseguirla sin tregua ni descanso, alcanzarla, acorralarla y destruirla, sin que deje la menor semilla, y con semejante monstruo no hay contemplaciones, ni componendas, ni transacciones, ni inteligencias, ni hipótesis, ni mal menor, ni nada que valgan. Ser ó no ser, y debemos aniquilarlo á toda costa con sangre, hierro y fuego.

—Mucho me alegro, señor canónigo, de oír expresarse á usted con tanta energía y calor, porque supongo que no habla usted solo, por cuenta propia y según su particular sentir y entender...

—Supone usted bien, mi general; como yo opina todo el clero secular y regular español, desde el obispo hasta hace poco más isabelino, hasta el sacristán más carlista.

—¿Contamos, pues, con el apoyo de ustedes?

—¡Qué apoyo ni qué niño muerto! Con la cooperación directa é indirecta más eficaz, y así puede usted prometerlo de mi parte á S. M. el rey para que se deje cuanto antes de pampalinas parlamentarias que á nada conducen y dé la orden de alzamiento general.

—Así lo haré, y manos á la obra.

¿Quiénes eran aquellos interlocutores? Poco importan sus nombres; pero el primero era un canónigo, llamado Sarmiento, como entonces, ahora y siempre hubo, hay y habrá muchos, no juramentado (así lo fueron la mayor y más sana parte), viva representación del común sentir y querer del clero español en aquellos días; y era el segundo D. Ramón Viciano, general carlista, guerrillero ó cabecilla, como quiera llamársele, que olvidado por completo de su antigua profesión militar, y dedicado á la agricultura, residía en el terruño de sus mayores.

Como hacía calor y acalaban de comer, entre sorbo y sorbo de café, servido por María, la hija del general, bajo espeso y frondoso emparrado, dialogaban nuestros interlocutores en la puerta de la *Granja*, casa de campo de don Ramón, enclavada en la Sierra, circuida de pinos y frutales, con hermosa huerta por delante y extensas tierras de pan llevar por la espalda que ascendían hasta el bosque de pinos por la falda del monte.

Desde sitio tan ameno y pintoresco divisábanse dos pueblecillos ó aldeas de unas ciento cincuenta casas el más viejo, y un centenar de edificios, poco más ó menos, el otro, designados en la Montaña con el nombre de Barriónuevo éste y Barrioviejo aquél, sin duda por ser el primero posterior y como ensanche del segundo. Desde la Granja no podía apreciarse detalladamente el caserío de ambos, en cuyas construcciones predominaba la arenisca roja, pero sí

las iglesias parroquiales, grande, imponente y airosa como una catedral, la de Barrioviejo, y pobre, pequeña, baja de techo como una ermita y á la altura de la casa inmediata, cuyos tejados se besaban casi, la de Barrionuevo; aquélla con torre tan alta, artística y esbelta que semejaba inflexible dedo señalándonos el cielo, y con modesto campanario, que parecía un palomar, ésta. Las casas de Barrioviejo agrupábanse en torno de la altísima torre, como pregonando con muda elocuencia la necesidad de consagrarse al único negocio necesario, que es el de la salvación, mientras las casas de Barrionuevo desparramábanse á distancia unas de otras por la ladera, como si sus moradores concedieran escasa importancia á los asuntos religiosos: tradicionalismo en el primero y modernismo en el segundo, aunque todo respiraba en ambos pobreza y ventura á la vez, pues su situación no podía ser más higiénica, pintoresca y agradable. por una parte, y en ninguno de los dos se conocían, por otra, los latifundios ni los verdaderos pobres, porque repartido estaba el terruño entre sus habitantes todos, los cuales, dedicados al pastoreo, á la labranza y á elaborar carbón, no eran ricos, pero tampoco pobres de solemnidad, sobrando á todos lo indispensable para las primeras necesidades de la vida.

Gentes ignorantes, aunque expertas en sus respectivos oficios, sencillas con sus puntas y ribetes de maliciosas, creyentes con la fe del carbonero, francamente respetuosas con las au-

toridades y con los *señores* (así llamaban á los ricos y aun á los que vestían pantalón), daban pie para que esas personas que huyen del mundanal ruido y buscan la tranquilidad y el descanso en el seno mismo de la naturaleza, se avecindasen en aquellos montes.

Por eso el Sr. Viciano gustaba de vivir normalmente en Barrioviejo, su pueblo natal, donde tenía una buena casa y algunas fincas de su propiedad, y de pasar el verano en la fresca y hermosa Granja, donde acabamos de encontrarle conversando con el canónigo Sarmiento.

Éste trataba apenas al general carlista; pero era uno de esos sacerdotes osados y entremetidos que arrostran por todo cuando ¹e su conveniencia personal ó la de su clase, no de la Religión, que son cosas diferentes, se trata, y en la Granja de D. Ramón se plantó mi hombre desde la capital de la diócesis, convidándose él mismo á pasar unos días con el general, sin más objeto que el de empujarle hacia la guerra.

—¿Quiere usted que demos una vuelta, señor canónigo?

—Como usted guste, mi general.

—Saldremos, pues, al camino de entrambos Barrios, tan fresco como poético, y tal vez topemos en la encrucijada, junto á la fuente del Berro, con los dos curas y el Palomo.

—¿Y quién es el Palomo?

—Todo un hombre de pelo en pecho, mi camarada de glorias y fatigas en la primera guerra, que también opina como usted. Esto, dice

el Palomo, no se arregla más que á trabucazo limpio, y cuanto antes mejor.

—¿Lo ve usted?

—Se alegrará usted de conocerle.

Y en efecto, en la encrucijada, junto á la fuente del Berro, encendiendo el nuevo cigarro con la punta del viejo antes de tirarla, y charlando por los codos, encontraron á los dos curas y al Palomo, y dándole vueltas á la cuestión palpitante, se armó la gorda sobre si se había de hacer ó no inmediatamente el alzamiento en Aragón; se exaltó el Palomo, poniéndose desde el primer momento al lado del canónigo, y concluyó diciendo:

—¡Recuerdo! D. Ramón, usted esperará lo que quiera y hará lo que le dé la gana; pero yo, con orden ó sin orden, el mejor día salto y levanto la gente que pueda. Esto no se arregla más que á tiro limpio. Créame, D. Ramón, los únicos que se oponen á la guerra son los alfonosinos, que tienen un pie en el carlismo y otro en el liberalismo, pero esos son como el del puente del pelo.

—Cuéntelo usted, D. Rodrigo, cuéntelo usted —dijeron los curas que conocían la gracia anecdótica del Palomo.

—Pues, señor, y no va de cuento, ¡zambomba!, érase uno de esos Pilatos á la moderna, cuyas manos deben estar muy sucias porque siempre se las están lavando. No tenía más remedio que pasar al lado opuesto de cierto río caudaloso y de rapidísima corriente; el puente de piedra

estaba muy distante, le urgía el tiempo y no se atrevía á vadear el río por un puente compuesto de una sola viga, á causa de lo cual llamado del pelo. Decidióse al fin, y apoyando bien el pie derecho, y mirando al cielo, decía: «*mucho puede San Miguel, pero también el diablo puede mucho*», añadía mirando la corriente y apoyando el izquierdo. De esta manera, encomendándose á San Miguel y al diablo, mirando al cielo y al abismo, apoyando bien los pies y bailando sobre aquella cuerda inflexible, fué poco á poco avanzando y llegó al extremo opuesto sin novedad. Entonces dió un salto y dijo: «*ahora me ensucio en los dos*».

—¿Y qué tienen que ver con todo eso los alfonsinos—preguntó D. Ramón mientras sus caras se reían á mandíbula batiente,—amigo Palomo?

—Mucho, mi querido general, mucho. Nos halagan á nosotros y á los republicanos, sin acabar de decidirse por unos ni por otros. Apoyando á los carlistas matarán á los republicanos, y apoyando á los republicanos matarán á los carlistas, hasta que llegue su hora, sea posible la restauración y entonces se ensuciarán en unos y otros, dejándonos á todos con un palmo de narices.

Aplaudió *todo* el clero, y D. Ramón dijo:

—¿Qué le vamos á hacer, si así sucede?

—No darles tiempo para que se salgan con la suya y reorganicen el ejército, ¡zambomba! Quién da primero, da dos veces.

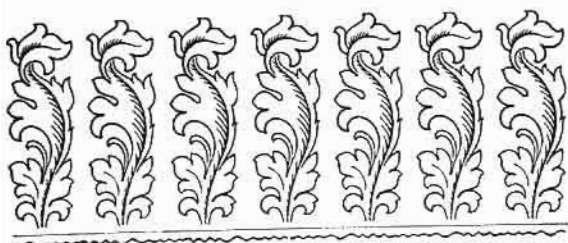
Aunque de esmerada educación y piadosas ideas, las costumbres guerreras y la vida de campaña insensiblemente le habían ingerido el hábito de las interjecciones, tan aragonesas como militares, que comienzan por una C... y una P... y que con todas sus letras intercalaba maquinalmente en su conversación, la primera cuando quería ser enérgico y la segunda siempre que se sorprendía ó asombraba, tacos que traduciremos en estas páginas por los más decorosos de ¡cuerno! ó ¡recuerno! aquél y ¡zambomba! éste.

El canónigo Sarmiento quedó encantado del Palomo, fogoso defensor de la tesis canonical, y no pudiendo contenerse apretó efusivamente su mano, y mirando á D. Ramón, dijo:

—Lo dicho por usted, amigo D. Rodrigo, no tiene vuelta de hoja, es incontrovertible, indudable, evidente. Conque manos á la obra, y que no se burlen de nosotros los conservadores y mestizos.

Dispersáronse los congregados y regresaron á sus respectivos lugares y domicilios.

La encantadora María esperaba ya al canónigo y á su padre con la mesa puesta para cenar, cuando llegaron nuestros interlocutores á la Granja; y satisfecho el prebendado en sus aspiraciones todas, durmió aquella noche á piernas sueltas, y hasta soñó que el mismo Carlos VII en persona encasquetaba una mitra en su cabeza.



II



RÁPIDAMENTE corrió por Barrioviejo la noticia de que había llegado don Ramón con el huérfano su sobrino, después de haber enterrado en Málaga á su hermano el general D. Bernardo, padre de Rafael, y el clero primeramente, no sólo de ambos Barrios, sino también del contorno, la gente de pantalón después y los más acomodados labradores por último, desfilaron todos por casa de D. Ramón, dándole, lo mismo que á su hija y sobrino, el más sentido pésame por la muerte de su hermano D. Bernardo, con la cristiana y sacramental frase consabida:

—Vaya, ¡cómo ha de ser! El Señor dé á usted muchos años de vida para encomendarlo á

Dios. No hay remedio, todos estamos en turno, y tarde ó temprano llegaremos al fin de la jornada.

Conmovían mucho á Rafael tantos apretones de manos cordialísimos y pésames tan francos y cristianos, y sentaba admirablemente á María el traje de riguroso luto, marco sobre el cual destacábase admirablemente, poniéndola de relieve, la blanca hermosura de su rostro.

Pero quien realmente se mostraba agradecidísimo á tan cordiales expresiones de duelo era D. Ramón, antes muy reservado sobre estos particulares, y ahora expansivo y franco, sobre todo con el anciano párroco de Barrioviejo, que diariamente endulzaba el luto de D. Ramón con largas visitas é higiénicos y prolongados paseos.

Los primos hermanos María y Rafael, conversando amigablemente, iban delante, y el cura y D. Ramón venían detrás, paseando por la carretera los cuatro, á la caída de la tarde, entre los aromas de las hierbas del monte, los arrullos de las palomas torcaces que anidan en aquellos peñascos y los rumores del río que se desliza entre juncias y sargaes, lamiendo casi la carretera.

—Pero diga usted, D. Ramón: ¿cómo es que casi no nombraba usted nunca á su difunto hermano el general?

—La guerra civil doméstica, señor cura; la política lo envenena todo, y desgraciadamente mi Bernardo fué siempre liberal, y por la misericordia de Dios siempre fuí yo carlista.

—La verdad es que aquí en el pueblo ninguno conocíamos al general ni aun de oídas.

—Claro, como que marchó muy joven y no volvió. Mis padres, labradores acomodados nada más, empobrecidos por los desastres de la primera guerra civil, por las malas cosechas y la desgracia, que suele cebarse en los más pacíficos y honrados, no pudieron redimir de quintas á mi hermano Bernardo, que era el mayor, y no tuvo más remedio que empuñar el chopo, con tanta suerte que á los cuatro años era capitán. Yo permaneci en el pueblo hasta que las tropas cometidas por los cristinos contra mi familia, por el solo delito de ser carlista, me hicieron saltar de casa y alistarme en las filas de D. Carlos. Ambos habíamos sido educados cristianamente por nuestros bonísimos padres, no para militares, sino para labradores, pero el hombre propone y Dios dispone.

—¿Cómo, pues, con el tiempo llegaron ustedes á ser el uno liberal exaltado y el otro carlista tan convencido como entusiasta?

—Pues mire usted, señor cura, eso humanamente se explica por la tendencia natural de cada uno y el ambiente moral ó medio en que se vive. Desde pequeñín fui yo siempre piadoso, aficionado á las cosas y personas eclesiásticas, como que oficié de monaguillo en la parroquia de Barrioviejo, y enemigo acérrimo del humo del tabaco, como que no he fumado nunca, ni en broma ni por probar, y Bernardo á la inversa, enemigo del humo de la cera y del incienso y

fumador empedernido. Por otra parte, uno y otro salimos de casa sin entender una jota de política y con distintas aficiones: el uno se crió entre liberales y el otro entre carlistas, y vea usted por dónde y cómo dos hermanos, que se querían de veras en la infancia, llegaron á ser irreconciliables adversarios políticos, como los O'Donell que sabe usted eran cuatro hermanos, dos que militaron en el ejército carlista y dos en el liberal, llegando á generales los cuatro.

—Allí pudo haber premeditación interesada.

—Pues aquí no, señor, y lo que verdaderamente me sacaba de quicio y aun me ponía furioso era que mi hermano expusiera la vida, no solamente por los enemigos de Dios, de la Patria y del Rey, sino por los que arruinaron mi casa y mataron á disgustos y violencias á mis padres.

—Verdaderamente, verdaderamente había para indignarse.

El señor cura hizo alto unos segundos para encender un cigarro de papel, como una morcilla, y dando fuertes chupadas prosiguieron.

—Y usted, ¿en dónde hizo la guerra?

—Primeramente con Cabrera en el Centro, pero luego en el Norte. Al principio nada sabíamos el un hermano del otro, pero á medida que íbamos ascendiendo, cada cual en su ejército respectivo, según eran prósperos ó adversos los hechos de armas de aquella lucha fratricida y cruel, y cuando se presentaban ocasiones propicias reanudaba el uno ó el otro la interrumpi-

da correspondencia, ponderando cada cual las excelencias del partido y ejército á que pertenecía, los efectos de la última victoria, sus próximos y eficaces resultados, la seguridad del triunfo, etc., y procurábamos atraernos recíprocamente, como si fuéramos generales en jefe, con el reconocimiento de grados, empleos y aun ascensos, sin más resultado práctico que el de transformarse poco á poco nuestra correspondencia fraternal en ceremoniosa primero, agresiva después é insultante por último, concluyendo siempre por declarar definitiva é irrevocablemente rotos los lazos de parentesco con que nos había unido la naturaleza para reanudarlos otra vez en la primera ocasión solemne que nos deparaba al efecto la fortuna.

—Es muy triste todo eso, pero historia contemporánea pura.

—Durante las negociaciones precedentes al convenio de Vergara extremó Bernardo sus apremios para que yo desertase de la Bandera, más que vencida, vendida por el canalla Maroto, y me acogiese á la vencedora, á cuyo efecto apuró las razones todas del cariño, de la conveniencia y hasta del *honor*. Esto último me sulfuró de tal manera, que no le contesté.

Insensiblemente se había adelantado la pareja juvenil y hablaban á sus anchas, sin más testigos que Dios y su conciencia. Rafael agradecía tan de corazón las tiernas y consoladoras frases de su angelical prima, que á ratos olvidaba su luto reciente, clavaba en María los ojos y

tenía que bajar ésta la vista, inconscientemente ruborizada. En cierto peñasco del camino vieron dos palomas: la hembra inmóvil, hueca y balanceando graciosamente su cabecita sobre el cuello, orlado de tornasoladas plumas, y el macho dando vueltas en torno y picoteando las semillas, mientras se arrullaban recíprocamente.

—María—dijo Rafael,—mira qué pareja más linda.

—¡Ah!, sí—contestó María, encendida como una rosa,—son pichones torcaces.

El cura preguntaba entretanto á D. Ramón:

—¿Y terminada la guerra, emigró usted á Francia?

—Sí, señor; no volví á Barrioviejo hasta después de los sucesos de San Carlos de la Rápita y terminación de la guerra de África. En la emigración conocí á la madre de María, en la emigración casé con ella y en la emigración enviudé al mismo tiempo que fui padre. Comí primero el amargo pan de la emigración, me dediqué después con algún provecho al comercio de vinos, se encargó entretanto Rodrigo... ya sabe usted, el Palomo (que ya vivía entonces aquí cerca en Barrionuevo), de mi casuca y de los cuatro terrones que había heredado de mis padres, y aquí enterré cuando vine mis ahorros, remozando la casa paterna, comprando la Granja y otras pocas labores en Barrioviejo, para poder dejar á mi pobre y única hija un decente patrimonio.

—También es casualidad que, cada uno por

su lado, llegasen ustedes á generales los dos hermanos.

—Bernardo tuvo esa fortuna porque era listo y, más que valiente, temerario; pero yo no pasé de teniente coronel, sólo que con los ascensos que las conspiraciones y los años me han valido, hoy figuro de mariscal de campo en el Real Ejército de S. M. Católica.

Ambos interlocutores se llevaron la mano al sombrero.

—Prima—decía Rafael entretanto mirando amorosamente á María y frotándose las manos de gusto,—¡qué bien se está á tu lado!

—Gracias, primo; pero no digas ni pienses tonterías que contrastan con nuestro luto reciente y con las ideas de mi padre: no puedo ver ni pintados á los liberales.

—Ya lo sé, María, ya lo sé—dijo Rafael suspirando.

Una ráfaga de viento levantó de repente nubes de polvo en la carretera; llamaron á los jóvenes, y los cuatro paseantes juntos dieron la espalda al viento y al polvo, y regresaron á Barrioviejo.

No contó D. Ramón que, instalado nuevamente en su pueblo natal y restaurada su casa y hacienda, el antiguo cabecilla carlista escribió á su hermano el general liberal, quien, por haber casado con una andaluza, vivía en Málaga, y desde entonces mantuvieron cortés, pero fría, correspondencia durante algunos años, sin que ninguno de los dos sintiera comézón por visitar

y abrazar al otro. ¡Tan hondas son las huellas que los rencores políticos dejan en el corazón, hasta de los amigos más íntimos y de los parientes más cercanos!

Así las cosas, cierto inesperado día recibió D. Ramón la siguiente lacónica carta:

«Querido hermano: Todo lo borra la muerte, y mi médico y buen amigo á la vez, que no ha querido engañarme, me dice que me quedan pocos días de vida. Ven, pues, que deseo abrazarte, pedirte perdón de las ofensas que la maldita política haya podido, por mi conducto, inferirte, y confiarte mi único y querido hijo que, aunque ya es teniente de caballería, muy pronto será huérfano, para que seas su verdadero padre.

»Tu hermano, que desea verte,

»*Bernardo.*»

Procedía esta carta de Málaga, y á Málaga partióse D. Ramón sin pérdida de momento.

Conmovera fué la entrevista de los dos hermanos, que apenas se reconocieron, después de tanto tiempo sin verse. Agonizaba D. Bernardo de resultas de un segundo ataque apoplético, pero conservaba su inteligencia y sentidos, y en cuanto conoció á su hermano Ramón, le abrió los brazos, lo recibió en ellos, lo estrechó contra su corazón, y señalándole con la mirada á su hijo, que lloraba en silencio junto á la cabecera de la cama, quiso pronunciar ciertas palabras sin lograrlo, y minutos después expiró.

El dolor de D. Ramón fué tan intenso como el de su sobrino Rafael, que, inconsolable y pálido como la muerte que tenía delante, abrazaba y besaba el cadáver de su padre. Tras unos minutos de abandono y pena, por entre las nubes de las lágrimas, brilló el sol de la prudencia en la mente del tío; sacó de allí al sobrino, que no opuso resistencia alguna, lo condujo á otro aposento y lo dejó al cuidado de los amigos del difunto que, en tan crítico trance, se habían congregado en la casa mortuoria.

Visitó al notario que había recibido la última voluntad de su difunto hermano, y enterado de las disposiciones testamentarias del general, dispuso todo lo necesario para el entierro y funerales solemnes. Transcurrido el novenario de rigor se hizo cargo de la herencia, patrimonio de su sobrino, liquidó con algunas casas de Málaga que no le inspiraban confianza absoluta, y asegurado el porvenir del huérfano, regresó á Barrioviejo, llevando consigo á Rafael, su sobrino y pupilo, quien al salir de la Academia de Caballería acababa de ser destinado á un batallón; pero deseoso de consagrarse unos meses á llorar la muerte de su padre, pidió licencia, que le fué concedida sin obstáculo.

Rafael, nacido en Málaga, era personificación admirable del tipo andaluz. De regular estatura, proporcionado de miembros, rostro enjuto y moreno, ojos negros como endrinas, maneras desenvueltas y airosas, era uno de esos jóvenes que atraen y simpatizan con cuan-

tos los tratan. Fuego había en sus ojos y sensibilidad exquisita en sus nervios, condiciones que le hacían tan ligero como impresionable. Verdadera mariposa humana, corría de flor en flor por la pradera de la vida, enamorándose perdidamente hoy de la primera joven graciosa que vislumbraban sus ojos, para olvidarla al día siguiente. Decidor y bullicioso normalmente, enfurruñábase como niño mal criado por cualquier futesa, sin perjuicio de olvidar, con el cambio de humor, agravios, imaginarios casi siempre. Pedir seriedad y reflexión á Rafael, era lo mismo que pedir peras al olmo. De donde que, siendo bueno en el fondo, no tuviese ideas constantes y fijas ni en religión, ni en historia, ni en sociología, ni en materia alguna. No sabía de nada, hablaba de todo; pero liberal por instinto y educación á machamartillo, sin conocer á fondo, ni aun de vista, el liberalismo, para este solo caso reservaba su tozudez y energías, ocupando hasta cierto punto nada más estas sus acentuadas opiniones por afecto personal á su nueva familia. De aquí que, cuando llegó con su tío á Barrioviejo, eran ya los mejores amigos. habiéndose captado de tal manera el cariño de su nuevo padre, que no sabían separarse el uno del otro.

Durante los seis meses que permaneció en el pueblo, Rafael fué el niño mimado de la casa, y su corazón excelente y buen carácter le ganaron en pocos días el afecto y atenciones de los vecinos todos del lugar.

Allí conoció á D. Rodrigo Jiménez (a) Palomo, guerrillero carlista renombrado que vivía en el inmediato pueblecillo de Barrionuevo, carne y uña de su tío, y que con los señores curas de ambos Barrios completaba la tertulia vespertina de D. Ramón, y no son para detalladamente referidos los buenos y agradabilísimos ratos que pasaba el teniente Rafael oyendo referir las hazañas y heroicidades del guerrillero Palomo, tan decididor y entusiasta de la guerra de guerrillas que se pasaban las horas muertas á su lado.

También el viejo guerrillero simpatizó mucho con el joven teniente; pero nunca, ni con chuchuletas humorísticas, ni con serias discusiones, D. Rodrigo pudo lograr de Rafael que vacilase siquiera en sus arraigadas aficiones liberales. Por eso precisamente era este el punto negro en sus cada día más cordiales relaciones con su tío, prima y amigo el Palomo. A pesar de lo cual, aquellos seis meses fueron para Rafael los más felices de su vida. Querido de todos, gradualmente fué olvidando su reciente desgracia; puso en su tío el amor que profesaba á su padre, vió en el Palomo á un verdadero amigo y, salva la edad, simpático camarada, y quiso á su prima Maria desde los primeros momentos como se puede querer á una hermana.

Pero este cariño fraternal no tardó en transformarse, convirtiéndose insensiblemente en pasión amorosa, no ligera y del momento, como acaecía á nuestro Tenorio con cualquiera joven guapa y elegante que contemplaba sus galones,

sino profunda y constante, como únicamente ocurre cuando el corazón entero es atravesado de parte á parte por algún dardo de Cupido, el niño travieso y caprichoso. Ciertamente no era fácil convivir mucho tiempo al lado de María sin amarla. Dotada de un corazón tan grande como su belleza, poseía además ese atractivo de la gracia que dulcemente se insinúa y se enseñorea por completo hasta de las voluntades más ariscas y refractarias. María, toda sensibilidad y dulcedumbre, correspondió á los amores de su primo, sin darse cuenta clara de lo que sentía, y con la sencillez de los 15 abriles y la pureza de su alma, no acostumbrada al disimulo, recibió los obsequios de Rafael por manera tan pública, que muy pronto se les designó en el pueblo, más con el sobrenombre de novios, que con el de primos.

El padre de María, que miraba á Rafael como si fuera hijo suyo, advirtió desde los primeros momentos aquellos espontáneos lazos amorosos que suavemente enlazaban las voluntades de ambos jóvenes, y no cortó estas incipientes relaciones en el acto con la esperanza de conquistar á Rafael por tan poderoso medio para la Causa carlista, afanoso de que terminasen de una vez para siempre las diferencias políticas entre las dos familias, y aun vislumbrando con gusto que podían apretarse por completo los naturales lazos que unían á sus dos más cercanos y casi únicos parientes.

Todo era muy natural y plausible; pero diff-

cilmente se arranca de la inteligencia un ideal y del corazón un sentimiento, que nos han dominado durante la vida entera, arraigando profundamente en nuestra entraña. De aquí que D. Ramón se preguntase á sí mismo con tanto secreto como sobresalto: «Y si Rafael se niega á hacerse carlista, ¿casarás á tu hija con un liberal, aunque del hijo de tu hermano se trate?» Y sin la menor vacilación contestaba en el acto: «*Eso nunca.*»

Terminada la licencia, vióse Rafael precisado á incorporarse á su regimiento, de guarnición entonces en Sevilla, y con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido se despidió de su novia en cierta entrevista secreta que fácilmente se procuró al efecto, no sin prometerse, como es uso y buena costumbre en tales casos, escribirse todos los días y pensar el uno en el otro á todas horas.

Al despedirse de su tío le estrechó filialmente entre los brazos; correspondió aquél con apretado abrazo paternal, y poniéndole luego las manos sobre los hombros y mirándole gravemente de hito en hito, le dijo:

—Pero de veras, hijo mío Rafael, ¿no quieres darle á tu tío y padre el gusto de abjurar del liberalismo?

—Pídame usted la vida—contestó Rafael,—y se la daré con toda mi alma, tío; pero eso no puede ser.

—Oye, pues, tu sentencia: jamás, jamás, jamás casaré yo á mi hija con un liberal.

Por de pronto se quedó el teniente como si acabase de recibir un garrotazo en la nuca; pero pensó en seguida que el amor no tiene color político, que su prima le amaba de veras, que los hombres no son ríos ni eternos, y con su ligereza característica recobró el aplomo, rehuyó la cuestión y se despidió de su tío, dándole infinitas gracias por cuanto había hecho y estaba haciendo por el pobre huérfano.

Los novios cumplieron fielmente sus promesas, burlando al efecto la vigilancia de D. Ramón para escribirse, hasta que dieron comienzo los chispazos guerreros, y con la explosión carlista las desazones y disgustos de los amantes.

Rafael, que había heredado los prejuicios y tenacidad liberal de su padre, que era también algún tantico libre en su vida y costumbres y enemigo sistemático de lo que él llamaba beaterías hipócritas, estaba completamente identificado con los vencedores de Alcolea, sirviendo á la revolución con tanto gusto como entusiasmo, mientras su tío Ramón, uno de los concurrentes á la Asamblea de Londres, en la que D. Carlos VII fué reconocido Jefe del partido y tomó el título de Duque de Madrid, reanudó sus compromisos carlistas reavivando las apagadas cenizas de sus mocedades.

Desde que comenzaron los preparativos hasta que estalló formalmente la guerra civil, don Ramón intentó varias veces ganar á su sobrino para la Causa carlista. Le hizo al efecto diferentes proposiciones ventajosas, que Rafael re-

chazó en nombre de sus convicciones políticas y de su honor militar, y naturalmente estas divergencias fueron enfriando poco á poco las relaciones de parentesco entre tío y sobrino, con sentimiento grande de los novios que continuaban queriéndose con tanto más empeño cuanto mayores eran las dificultades que los separaban.

Como tantos otros carlistas de buena fe, engañados y aun explotados siempre en sus tratos y contratos con los elementos armados liberales, creía D. Ramón á puño cerrado que el benemérito cuerpo de la Guardia civil se pasaría con armas y bagajes al campo carlista apenas se iniciara la guerra, y así debió creerlo también el coronel Freixas, después general carlista, que intentó pasarse con su tercio, dejándole sus subordinados en las astas del toro, y esta creencia le indujo á aconsejar á su sobrino que ingresase en la Guardia civil, aunque ocultándole sus miras y propósitos. Ya que no podía ni quería complacerle en cosa de mayor monta, por congraciarse con su futuro suegro, se trasladó Rafael á la Guardia civil, á pesar de lo que continuaron tirantes las relaciones entre tío y sobrino durante los meses que precedieron á la guerra, terminando por interrumpirse del todo, comenzada ésta.



III



ADIE se acordaba en Barrioviejo ni en Barrionuevo de que habían sido jefes carlistas y guerrilleros D. Ramón y D. Rodrigo. Al menos en su tranquila y ordenada vida de propietarios burgueses y de buenos católicos no ofrecían á la pública murmuración el menor indicio militar. Como recuerdo de su pasado, el Palomo aun se permitía lucir cerdoso y gris bigote de los vulgarmente llamados de zapatero; pero D. Ramón ni aun esto: completa y pulcramente rasurado, más se parecía á un presbítero, de seglar vestido, que á un guerrero. Los dos, sin embargo, tenían regular fortuna, y eran muy conocidos en el contorno por su marcada significación política y

por los favores y beneficios que dispensaban á sus convecinos de todo color y clase. No obstante, eran *carlistas*, pecado enorme que imprime carácter, y que, para los liberales, como los pecados contra el Espíritu Santo, no se perdona ni en esta ni en la otra vida.

Realmente, antes de iniciada la guerra nadie se metía con ellos, y aun disfrutaban de alguna poca influencia cerca de las autoridades constituidas; pero roto el fuego, no hubo vejamen ni atropello que las columnas revolucionarias no cometieran ó autorizasen contra estos dos vecinos honrados y pacíficos. Las gallinas de sus corrales, el vino de sus bodegas, las frutas de sus árboles y las hortalizas de sus posesiones eran objeto de predilección especial para la soldadesca. Desde la segunda vez que visitaron los Barrios, en las propiedades de los dos amigos carlistas no volvió á crecer la hierba, como si hubieran sido pisoteadas por el caballo de Atila.

Esto por lo que respecta á las cosas, que en orden á las personas, como primeros contribuyentes, les tocaba la china de ir en rehenes siempre que los recaudadores de uno y otro bando no podían hacer efectivos los tributos. Villalán se cebó en ellos y en sus fincas como si se tratara de los mayores enemigos de la Religión, sin que los librara del atropello su jerarquía militar en el ejército carlista. Como ganaderos tenían que aprontar raciones de carne á cada momento, y como labradores y propietarios,

sus pares de labor y caballerías de todo pelo iban de bagajes casi siempre. Añádase á lo dicho que las autoridades liberales les exigían responsabilidad de los atropellos todos perpetrados por los carlistas en armas en seis ó siete leguas á la redonda, sin que nuestros guerreros tuvieran arte ni parte en el asunto, ni aun conocieran á los jefes de las partidas sueltas, y se comprenderá que semejante situación era insostenible.

No contentos con lo dicho, y como si su refinada diplomacia consistiera sólo en echar leña al fuego para que se propagase el incendio, el Gobierno de Madrid dió contra los carlistas, pacíficos ó en armas, indistintamente, órdenes de embargo y destierro, y en su virtud el gobernador civil de la provincia los desterró á Estella é hizo que la autoridad judicial les embargara todos sus bienes, nombrando depositarios de lo embargado á los mayores y más perdularios enemigos que tenían en sus respectivos pueblos.

Ya los impulsaban á ello sus ideas, sus antecedentes y compromisos; D. Ramón además era meticoloso y subordinado en grado sumo, negándose á hacer nada sin órdenes superiores que esperaba de un momento á otro; pero aunque así no hubiera sido, no había más remedio que saltar y saltaron, tomando las armas por la santa Causa, declarando guerra sin cuartel á los enemigos del altar y del trono, é incorporándose á la primera guerrilla carlista que encontraron en el contorno.

Al frente de la cual regresaron pocos días después á sus Barrios montando buenos caballos, luciendo uniformes militares, pues llevaban pantalón rojo con franja negra, zamarra de astrakán, espada al cinto y boina blanca con borla de oro, y seguidos de unos 40 hombres mal armados, algunos con trabucos de enorme boca, escopetas de mala muerte y algún que otro fusil de longitud descomunal.

Su entrada en Barrioviejo produjo verdadera agitación, difundiéndose como el rayo la noticia, y hombres y mujeres, viejos y jóvenes, chicos y chicas, acudieron todos á la plaza á contemplar con la boca abierta á los señores y aquel espectáculo militar por los serranos nunca visto. Vinieron también á saludarles los dos párrocos, rebosando satisfacción al ver triunfantes sus opiniones sobre la campaña que don Bernardo creía prematura, y los alcaldes y ayuntamientos de los dos Barrios, á ponerse á sus órdenes.

Fueron muy bien recibidos los primeros, y D. Ramón se apresuró á desmontar, trasladándose con ellos á la casa-curato de Barrioviejo, donde al marcharse dejó provisionalmente instalada á su hija María, que salió á recibirle llorosa y con los brazos abiertos, y á dar una vuelta por su embargada casa, que el depositario liberal abrió en el acto, pidiéndole mil perdones por haberse visto precisado (era un bribón y un hipócrita á la vez) á admitir tan odioso cargo.

Entretanto el Palomo, con la fuerza y la

mayor parte de los vecinos de uno y otro lugar, se fué á Barrionuevo, donde se celebraba la fiesta del Patrón, y desde el caballo largó tremebunda filípica á los dos alcaldes y ayuntamientos allí presentes, que le escuchaban temblorosos, sombrero en mano, por los abusos y atropellos que frecuentemente cometían las columnas liberales; bajo pena de la vida les prohibió que dieran parte al enemigo de los movimientos de las fuerzas carlistas; los conminó con terribles penas si cursaban los partes de los liberales, y terminó su arenga haciéndolos personalmente responsables de los desperfectos que sufrieran, durante su ausencia, los bienes de don Ramón, los suyos y los de cuantos voluntarios de ambos pueblos empuñasen las armas en defensa de D. Carlos.

La muchedumbre, que gozaba viendo arrasada por los suelos la autoridad de los monterillas, comenzó á entusiasmarse poco á poco, y prorrumpió al fin en vivas á Carlos VII, á la Religión y á sus defensores. El Palomo fué á reunirse con los curas y D. Ramón, y mientras tomaban una copa en la casa-curato caldeáronse poco á poco los ánimos en la plaza, reuniéronse los mozos de los dos pueblos en la taberna, discutieron el asunto largamente con diversidad de pareceres y acordaron al fin marcharse todos con sus señoritos.

Corrió de boca en boca la noticia, avisaron unos á sus parientes, otros á sus amigos de los pueblos inmediatos, y aquella noche se reunie-

ron un centenar de mozos, la flor y nata del contorno, y sentaron libérrimamente plaza en la guerrilla del Palomo. El alzamiento de aquel distrito estaba hecho, con más fortuna de la que podía preverse, dados los antecedentes políticos del paisanaje de aquella tierra; y es que para toda clase de asuntos lo esencial es un hombre que piense y dirija: la comparsa no falta nunca.

Requiriéronse las armas y los caballos, y entre unas y otros salieron de Barrioviejo el siguiente día, al amanecer, unos 150 hombres con trabucos, escopetas, pistolas y cinco caballos, sin contar los de los jefes.

El pueblo español, sobre todo en las regiones escarpadas y religiosas, tenía entonces, y conservará durante muchos años, acentuadas simpatías por la Causa carlista, porque en ella personifica el altar y el trono, síntesis de sus amores patrióticos. Las mujeres, sobre todo, eran partidarias decididas del Carlismo, tanto que en vez de disuadir á sus hijos y maridos, cuando intentaban lanzarse al campo, los enardecían, les colgaban escapularios y rosarios al cuello, los veían partir sin derramar una lágrima y se quedaban solas tan tranquilas y conformes, lamentando únicamente no poder empuñar las armas y acompañarles.

Si á estas simpatías y aficiones carlistas se añade la trabazón que los matrimonios producen en pueblos de escaso vecindario, se comprenderá perfectamente que los lugares que nos

ocupan quedasen desde aquel día afiliados al Carlismo, pues no había en ellos un solo vecino, incluso los que se decían liberales ó republicanos, que no tuviera en armas algún pariente ó amigo con el Palomo. La mayor parte de éstos figuraban en los ayuntamientos de los dos Barrios, y dada la gravedad del caso, entendieron que, por una parte, era imposible oponerse á la corriente general, y por otra, sus personas y sus bienes corrían grave riesgo después de las amenazas de D. Rodrigo, á quien todos ellos conocían perfectamente y creían muy capaz de ponerlas en práctica.

Acordaron, pues, ambos ayuntamientos reunirse inmediatamente en sus respectivas casas consistoriales para tomar acuerdos en armonía con tan difíciles circunstancias. El de Barrioviejo, montado á la antigua, aunque compuesto de destripa-terrones, lo mismo que el de Barriounuevo, se trasladó desde la casa del pueblo á la del señor cura, expuso sus cuitas, pidió consejo, y el cura, hombre experto y curtido en las adversidades de la vida, les aconsejó, y así lo hicieron, que, puesto que la guerra era inevitable, Barrioviejo pueblo abierto, y diariamente entrarían en él fuerzas del uno y del otro bando; no había más remedio que hacer de tripas corazón y recibir á todos, lo mismo á los carlistas que á los liberales, con cara de Pascua, pagar dobles contribuciones y nombrar de común acuerdo otro ayuntamiento carlista que se entendiera con las partidas, mientras el ac-

tual se entendía con las columnas, recaudando cada cual lo que las fuerzas de su bando le exigiese, respondiendo los vecinos al pago y dejándose todos de espionajes, parcialidades y persecuciones. Y les aconsejó esto—añadió el señor cura,—porque en estas circunstancias sería completamente inútil sacudirse unos cargos que son obligatorios y cuya renuncia no ha de admitir el gobernador, aunque se aduzcan para ello excusas legales.

En Barrionuevo corrían vientos más modernistas, y sobre todo figuraba como secretario del Ayuntamiento un sastre, cartero y tendero á la vez, que casi no podía vivir con los tres oficios, lo que nunca fué obstáculo para que se las echase de hombre tan leído como escribiente, para que leyera todos los papelotes que caían en sus manos y para que se considerase á sí mismo como un pozo de habilidad y de ciencia. Por consejo, pues, del secretario, el alcalde reunió á todos los concejales en la casa del concejo, blanqueada con cal sin cola, blancura que poco á poco se llevaban en sus trajes cuantos se arribaban á las paredes, tapizada de tantas telarañas como polvo, y se celebró la junta extraordinaria en cierto espacioso cuarto, casi desprovisto de muebles, pues todos ellos reducíanse á unos bancos de madera adosados á las paredes, una mesa de pintado pino en el centro, dos sillas de esparto detrás y un horrible retrato cromolitográfico de Isabel II, pendiente *aún* de la pared sobre la mesa.

Por miedo á la acostumbrada multa, consistente en una libra de aguardiente para refrescar el gznate, los concejales acudieron todos en traje de ceremonia, es decir, con capa de cordellate pardo, aunque hacía más bien calor que frío, y sombrero negro de anchas alas, el alcalde con la vara de la justicia en la mano, junco negro de un par de palmos de largo, sin puño ni contera, y todos graves, reflexivos y con las manos hundidas en la faja, como requería el caso.

Tomaron asiento el alcalde y el secretario, ocuparon los bancos los concejales, colocó sobre la mesa el sastre el tintero y el arenero de loza basta, tomó una pluma de ave y se puso á cortarla, mientras los demás esperaban el término de tan delicada operación en silencio y con las cabezas bajas, como si les abrumara el peso de sus reflexiones; y visto que nadie iniciaba el asunto ni pedía la palabra, un concejal, cuyo hijo se había incorporado á las fuerzas carlistas, ante el aspecto imponente y desusado de la asamblea, y presintiendo sin duda los graves compromisos que le esperaban, limpiábase con la manga de la chaqueta los humedecidos ojos, y así continuaron unos minutos, pareciéndose mucho aquel silencio angustioso al de la naturaleza momentos antes de la tempestad.

El alcalde se decidió por fin, levantó la cabeza y dirigió una mirada suplicante al secretario. No necesitaba éste, que ardía en deseos de

mover la sin hueso, más insinuaciones; tomó la palabra y se despachó á su gusto charlando como una cotorra.

—La situación es muy grave—dijo—el ayuntamiento está comprometido, el pueblo amenazado; la tronada se nos viene encima, y todos mis barruntos indican que el pedrisco será horroroso. ¿Tendremos tiempo para levantar la cosecha? Unos dirán que sí, otros sostendrán que no, y yo, señores, opino y digo: qué sé yo. ¿Qué vamos á hacer para remediar este conflicto universal? Yo lo sé, pero no me corresponde hablar; que hable el señor alcalde.

El alcalde movió repetidas veces la cabeza, se pasó la mano por la frente echando el sombrero atrás, y empuñando la vara, dijo:

—Pues, señor, yo no le veo á esto la fin; la respetabilidad (quería decir responsabilidad) se nos viene á nusotros sobre los hombros; si queremos librar el bulto, no hay más remedio que entregale á la raina la vara y que su mercé disponga.

—Á la raina no—dijo el secretario,—porque la raina fué destronada, pero al gobernador de la provincia sí, que estas autoridades no fallan nunca, reine quien reine.

—Cabal—dijo uno de los regidores—nos presentemos todos en corporación, hacemos el renuncio, y se acabó el compromiso.

—Pues manos á la obra—añadió otro,—y lo que se ha de hacer, cuanto antes mejor; ya estamos pitando á la capital y me voy á aparejar el burro.

—Alto, alto, señores—exclamó el secretario: —estas cosas no se hacen así. Con arreglo á la ley, lo que procede es presentar un escrito al gobernador, con la firma respetive de cada uno, pidiéndole la *dimisión* por escrito, y de hacer el escrito en menos que canta un gallo, yo me encargo.

—Que traiga, pues, papel sellao el alguacil, y no levante usted cabeza, secretario, que aquí esperamos nusotros pa firmar el documento—ordenó el alcalde.

Formaron corro los concejales á distancia de la mesa para no molestar al secretario y comentar á sus anchas los sucesos de actualidad, y el sastre-cartero y ministril del ayuntamiento empuñó una pluma de ganso, la mojó y sacudió hacia atrás para que no cayesen borrones, y después de rascarse numerosas veces la cabeza, de mirar otras tantas el techo de la sala, de corregir y tachar la mitad de lo escrito, al cabo de un par de horas nada más, resultó el siguiente engendro, del que se dió lectura en alta voz para conocimiento y satisfacción del concejo y de sus representantes los sabios regidores allí presentes:

«Excmo. Sr.:

»El alcalde que suscribe, puesto al frente del cuerpo concejil, que tiene á su cargo por disposición de la ley, á V. E. con la más profunda veneración y cariño expone:

»Que en el día de ayer, mientras el pueblo,


regocijado con el júbilo consiguiente, celebraba las *exequias* de su Patrón y favorecedor San Antonio el del cochino, se han presentado en el mismo con el carácter de *faciosos* D. Rodrigo Jiménez y D. Ramón Viciano, de esta vecindad el primero y de Barrioviejo el segundo, y después de sermonear sin consideración alguna, y en medio del concurso de hombres y mujeres que con motivo de la fiesta allí habían concurrido, al respetable municipio que tengo el honor de dirigir como Dios manda y nuestra santa madre la Iglesia, consiguieron, valiéndose de medios reprobados por la ley y la justicia, encalabrar á la joventú del lugar, y la mayor y más sana parte de ellos han marchado, en el día de la fecha, con sus mercedes á engrosar las pequeñas *faciones* que por los alrededores pilulan.

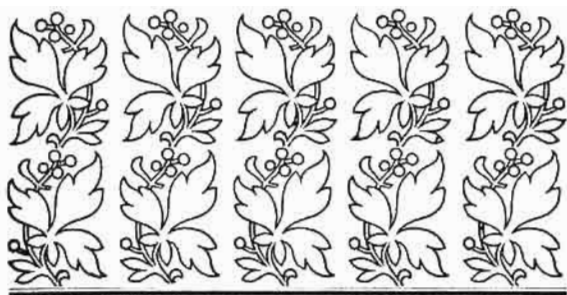
»En vista de acontecimiento tan desfavorable para la moral pública, no habiendo podido impedir el que suscribe el desacato, y convenido de que su autoridad y la del concejo en masa peligran con peligro de muerte, si se repiten, como lo espera, hechos punibles de la naturaleza de los que arriba quedan consinados, á V. E. con la mayor sumisión, y salvo el parecer de su merced, piden todos á una que se les recoja la vara de la justicia y se les dé licencia temporal ó perpetua para abandonar el peligroso cargo que por el bien nacional de la Patria (que Dios guarde muchos años) venían desempeñando con el celo y decisión consiguientes al alto

puesto que se les tenía encomendado, gracia que esperan de la magnitud de V. E. y de sus profundos afectos por el orden y la salud pública, que Dios le conserve muchos años.»

Las frases más celebradas por los concejales fueron: por los alrededores *pilulan*, la *magnitud* del gobernador, las *exequias* del Patrón y otras por el estilo. ¡Carape!—decían los concejales,—¡y cuánto sabe este demontre de sastre! ¡Ni que lo hubieran paró pa escribano!

Costó mucho rato que firmaran todos la solicitud, pues algunos no sabían leer, pero pintaban su nombre torciendo el gesto y derramando sobre el papel tantos borrones como filigranas caligráficas; se le dió curso inmediatamente, haciendo que un peatón la llevase en el acto á la capital, y se archivó el borrador en las arcas municipales como el documento más notable y el mejor timbre del sastre-cartero-secretario, mereciendo el incomparable honor de unirse al legajo, que contiene la carta-puebla de don Jaime el Conquistador y poblador de aquel territorio.





IV

EN vez de incorporarme á los carlistas aragoneses, para no comprometer á mi familia, residente en cierta serranía del Centro (1), resolví marchar al Norte y tomar parte en la guerra civil por los carlistas como simple voluntario ó soldado de

(1) En Octubre de 1873 hizo el alzamiento de Aragón D. Manuel Marco y Rodrigo (el de Bello), nombrado por D. Carlos comandante general de aquel antiguo reino, y con ligerísimas variantes tomo el relato de los *Apuntes* de mi hermano Florentino, ayudante-secretario de Marco y testigo presencial de los sucesos que narra, quien, imitando á nuestro padre D. Domingo, secretario también en la primera guerra civil del general carlista Arévalo y abogado como sus dos hijos, arrojó por la borda el registro de la propiedad de

filas; no consulté mi calaverada con nadie ni á nadie enteré de mis propósitos, y orgulloso de mi aspiración secreta, en Septiembre de 1875 emprendí mi viaje al campo del honor, de la lealtad y del sacrificio, dejando mi familia y amigos en el Centro.

Paso por alto lo acaecido hasta Tafalla por no ofrecer más peripecia que la de haber hecho el viaje en compañía de dos ayudantes de Moriones, uno de ellos conocido mío, al que dije que iba á pasar el verano en Biarritz. Desde Pamplona á Tafalla viajamos en coche-diligencia, porque el ferrocarril había sido ya cortado por los carlistas. Poco antes de la venta de las Campanas fuimos detenidos por insignificante fuerza carlista de caballería. Aquellos seis caballos, pequeños, flacos y maltrechos, con sus jinetes sucios y pobremente vestidos, me causaron pésimo efecto. Tan mal armados iban, que uno llevaba trabuco, escopeta de dos cañones el otro, tercerola Remington el tercero y de análoga manera los demás: si no recuerdo mal, alguien lucía sólo enorme sable. Nos hicieron

Belchite, que acababa de obtener en pública y reñida oposición, sacrificando de esta manera su posición holgada y porvenir brillante en aras de los ideales de toda nuestra familia. Tenía á quien imitar, y de tal palo tal astilla. También mi padre sacrificó su carrera en defensa del altar y del trono, haciendo toda la guerra del 33 al 40, y cambiando la pluma por el fusil, no por la espada, después de la traición de Maroto y del convenio de Vergara, al que no quiso acogerse nunca.

bajar del carruaje, echaron á tierra nuestros equipajes y sufrimos escrupuloso registro, con el que perdí un buen revólver de mi propiedad y personal uso. Terminado el registro y pagada la *cadena* por los mayores, proseguimos hacia Pamplona, á cuya capital llegamos á las cinco de la tarde. La entrada de los coches en Pamplona revestía ya entonces todos los caracteres de acontecimiento extraordinario. Inmediatamente acudían á la plaza Mayor multitud de personas con el afán de adquirir noticias, pues aquella media docena de carlistas y algunos más los tenían completamente incomunicados. Al bajar nos rodearon un centenar de curiosos, que preguntaban anhelantes: ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Dónde se encuentra Moriones? ¿Cuánta gente trae? ¿Llegará pronto á Pamplona?

Éstas y otras muchas preguntas disparáronme á boca de jarro, y sin darme tiempo para contestarlas volvían á la carga con otras por el estilo.

¿No ha ocurrido nada en Madrid? ¿Han encontrado ustedes carlistas por el camino? ¿Es cierto que hay agitación en Andalucía?

Satisfecho al fin su afán inquisitorial, me permitieron desplegar los labios; les conté lo que ocurría fuera de Pamplona, muy poca cosa por cierto, y al fin me dejaron en libertad para recoger mi maleta de manos de los carabineros y meterme en una fonda.

Ya en mi aposento, entendí prudente resolver la manera de terminar mi viaje con el menor

peligro posible. Según mis informes, la línea de Francia estaba expedita; por consiguiente, lo más seguro y cómodo era ir á Bayona, enterarme de lo que ocurría, y presentarme á la Junta de la Frontera.

Para ello tomé un billete, y al siguiente día salí de madrugada camino de Elizondo. Lo mismo hasta este pueblo que hasta Dancharinea, todas las cadenas ó portazgos estaban servidos por carlistas. En Elizondo vi la escolta de la junta navarra y á uno ó dos de sus vocales, pues aunque el empresario de los coches se había comprometido á conducirnos á Bayona aquella misma noche, como no disponía más que de un relevo en Elizondo y éste se lo habían llevado otros viajeros, tuvimos que contentarnos con que nos condujesen á Dancharinea, en donde entramos completamente de noche.

La aduana de aquel punto la tenían también los carlistas, quienes nos sometieron á un segundo registro, obligándonos además á tomar un pasaporte por el módico precio de seis reales vellón. Al apearnos en la puerta del mísero edificio que servía de oficina á los carabineros, divisé entre sombras tres ó cuatro bultos que, aproximándose, me parecieron voluntarios carlistas. Uno de ellos, de bronca voz, entabló conmigo el siguiente diálogo:

- ¿De dónde viene usted?
- De Zaragoza.
- ¿Es usted aragonés?
- Sí, señor.

—¿Y qué hay por Aragón?

—Muchas ganas de lanzarse al campo: los de la parte alta siempre esperando á Marco, y los de la tierra baja á Gamundi.

—Yo soy Gamundi.

Le miré más detenidamente y reconocí en sus pronunciadas facciones al guerrillero aragonés.

Conversé con él un rato, hablé luego más detenidamente con sus ayudantes, los hijos de Santa Pau y con su secretario Redondo, y entre todos me dieron las siguientes noticias:

Vivían en la Tejería, que es una casa situada junto á la carretera, al pie del puerto de Ochandó, á unos dos kilómetros de Urdax. Llevaban allí más de tres meses, sin otra ocupación que la de consumir las raciones que mal de su grado les suministraban los navarros, si bien el pretexto de su estancia en aquel punto era el de adquirir armamento y uniformes procedentes de Francia para hacer el alzamiento en Aragón. Según pude notar, D. Pascual Gamundi, el ídolo de los tierrabajinos, tenía allí la misma representación que yo en la Puerta Otomana, lo cual no le impedía pasear carretera arriba y carretera abajo, luciendo sus grandes botas de montar, y asegurando á todo el que se prestaba á oírle que ya estaba con un pie en el estribo para marchar al Centro.

Pasamos la noche bastante mal en Dancharina, y al amanecer atravesamos el puente, y hétenos en territorio francés. En Ainhoa, pri-

mer pueblo de esta nación que visitamos, nos hicieron detener, y sufrieron nuestros equipajes tercer registro, exigiéndonos además los gendarmes el pasaporte. Traía yo de Zaragoza una cédula de vecindad á mi nombre, y aunque de fecha muy atrasada, nadie hasta entonces me había exigido otro documento para identificar mi persona y permitirme proseguir mi viaje; pero temiendo que allí fueran más exigentes, hice uso de un papel de matrícula, casualmente encontrado en el fondo de mi maleta, que llevaba la firma del rector de la Universidad de Valencia y el sello de aquella secretaría: el gendarme que lo examinó, y que de seguro entendería el español como yo el ruso, me hizo una profunda reverencia y me dejó continuar mi viaje. A las once de la mañana llegué á Bayona y me hospedé en la Bilbáina.

De la junta carlista formaban parte, á la sazón, entre otros, Mr. de Viñalet y el vizconde de Bareges. Desde mi llegada á la Bilbáina comprendí que me encontraba en terreno francamente carlista, y efectivamente, cierto amigo á quien tropecé por aquellas calles me fué dando á conocer á Estrada, secretario entonces de D. Carlos; á Lasuain, la persona de confianza de Elío; al marqués de Santa Cruz, que ha dejado en el país vasco-navarro tantos recuerdos, etc.

Desde los primeros momentos cautivó mi atención D. Guillermo Estrada por su aspecto enfermizo, su porte modesto y su formalidad

nunca desmentida. Confieso que me asombró la noticia de su cargo, pues en mi inocencia política me figuraba que, para ocupar puesto tan elevado, era indispensable aire más arrogante y vano que pregonasen por doquiera la satisfacción interior del dignatario, y aun el orgullo bien entendido: la sencillez y modestia del secretario del rey me impresionaron agradablemente. ¡Pobre Estrada! Con el tiempo tuve ocasión de tratarle con alguna intimidación, y aseguro que las espinas son tan inherentes á los altos cargos como á las rosas, y que aun abundan más en aquéllos que en éstas.

Llevaba yo cartas de recomendación para D. Joaquín Elío, el conde de Almenara Luis Vives y otros, y allí me presentaron á Estrada y á Cevallos. Endeble tabique separaba mi cuarto del de Estrada; así es que varias veces, cuando se veía libre de visitas y negocios, tocaba en la pared medianil y pasaba yo á hacerle compañía, resultando de estas entrevistas lo siguiente:

Se informó con interés de mis propósitos, y cuando supo que yo era abogado, registrador de la propiedad por oposición desde hacía pocos meses, con buenos honorarios y porvenir, que lo había despreciado y perdido todo por la Causa, reduciéndose mis aspiraciones actuales á prestar servicio militar en el real ejército del Norte, como soldado ó como alférez, en una compañía cualquiera, me pareció que me miraba con lástima, y que aquel elocuente silencio quería decir: «¡has hecho una verdadera calaverada, joven!»

Enterado también de mi origen aragonés y de las relaciones personales que mediaban entre mi familia y D. Manuel Marco, me aconsejó que no me quedara en el Norte, sino que regresase al Centro, á cuyo fin me proporcionó una carta para Cevallos, que vivía entonces con su familia en la *rue Silonette*, de Biarritz. Para ir á verle, atravesé por primera vez el camino que conduce desde Bayona á Biarritz; aquel pintoresco camino, que tantas otras veces he recorrido después con la mayor indiferencia, me pareció entonces admirable; revisé al paso una tras otra aquellas lindísimas casas de campo, y me extasiaba contemplando la villa Mercedes, la Sofía (1), la Tamaris, la Frías y otras, todas las cuales tenían el privilegio de parecerme la última que veía mejor que las anteriores.

Llegué á Biarritz á las tres de la tarde; un amigo me acompañó á casa de Cevallos con oportunidad tanta, que le encontramos rodeado de toda su familia y comiendo. Este simpático jefe carlista nos recibió con la finura que le distingue, y como entre mi amigo y su hijo mediaban relaciones antiguas, presenciamos su comida. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, creo que fué bastante, pero me pareció un minuto. A la derecha de su padre estaba Teresa Cevallos (entonces en todo el vigor de su belleza), la criatura más linda que han visto mis ojos.

(1) En ésta murió mi hermano el 21 de Noviembre de 1891.

Terminada la comida pasamos á un saloncito, donde quedamos solos Cevallos, otro caballero y yo. Enterado aquél del objeto de mi visita fué de la misma opinión que Estrada, y convinimos en que, si me decidía á volver al Centro, llevaría unas comunicaciones para Marco. Me preguntó el caballero anciano por mi país, y cuando supo de dónde era yo, me dijo que había estado allí durante la primera guerra civil, lo que le puso en el caso de pronunciar su nombre. Era D. Manuel Salvador Palacios, la calamidad mayor que tuvo el ejército del Centro, el más grande enemigo de la Causa carlista, por los pésimos efectos al menos que produjo su incapacidad en Valencia y el Maestrazgo. Puedo asegurar que así como Cevallos me fué sumamente simpático, Palacios me causó tan desagradable impresión, que no la he olvidado nunca. Me separé de aquellos señores sin tomar resolución alguna, y conviniendo en que les participaría lo más pronto posible la que tomase.

Comenzaron mis cavilaciones sobre el particular, sin encontrar camino de resolver si me quedaba en el Norte ó regresaba al Centro. Para hacer la guerra en Navarra tropecé con un inconveniente grave: tenía allí muchos amigos, y todos estaban en los estados mayores de los más caracterizados generales. No me hubiera sido difícil formar parte de alguno de ellos; pero necesitaba caballo y un equipo completo que me hubiera costado unos seis mil reales, cantidad que yo no podía ni quería gastar en

aquellas circunstancias. Viniéndome al Centro comprometía á mi familia, muy significada y molestada ya por carlista. Vacilé durante dos ó tres días, y por fin decidí lo segundo, poniéndolo en conocimiento de Cevallos y de Estrada. Los dos me entregaron unas comunicaciones, encargándome que partiera inmediatamente.

Circulaban aún entonces los coches desde Bayona á Pamplona, y muchas de las familias que veraneaban en aquella costa regresaban á Madrid. Fui á la fonda de los Bajos Pirineos en busca de billete, y me encontré con que una familia madrileña había tomado todo el coche. Afortunadamente era carlista, y me fué muy fácil obtener la cesión de un asiento.

Salimos, pues, el día 25 de Septiembre, á las doce de la noche, y el 24, á las cinco de la tarde, llegamos á Pamplona. La familia con quien yo iba componíase de un matrimonio, el primogénito, la nodriza y un eclesiástico. La señora, procedente de América y mimada hasta la exageración por sus acaudalados padres, era terriblemente carlista; así es que la presencia de un soldado del ejército liberal le crispaba los nervios y se ponía fuera de sí: en cambio, cuando encontrábamos algún voluntario carlista no se cansaba de mirarlo, de alabar todo lo que le parecía digno de elogio, y hasta de suponer virtudes inventadas por su entusiasmo político. Con estos antecedentes fácil es suponer cuál sería su espanto al saber en Pamplona que acababa de entrar Moriones con una división nume-

rosa. No hubo fuerzas humanas que la obligasen á permanecer allí, y por complacerla partimos precipitadamente á Noain. En este pueblo pasamos la noche bastante mal, porque en vista de las malas condiciones de la posada dejamos la única habitación medio decente que había para el matrimonio, y el capellán y yo dormimos en el descuajaringado coche, como si dijéramos en la carretera y al aire libre. Al amanecer del día siguiente proseguimos la marcha, tomamos el tren en Tafalla y llegamos sin novedad á Zaragoza.

El día 26 de Septiembre, no sin vencer algunas dificultades, pude proporcionarme una entrevista con D. Manuel Marco, que acababa de llegar de Madrid, y encontrábase en Zaragoza ultimando los preparativos para lanzarse al campo. Ya he dicho que entre este señor y mi familia mediaban relaciones antiguas, y añado ahora que nos conocimos personalmente el año 69 por haber pasado D. Manuel unos días en mi casa. Me recibió perfectamente, se enteró de las comunicaciones que le presenté, y me propuso que, si me parecía bien, fuera con él de ayudante-secretario. Siempre he tenido muy poca afición á los cargos mixtos, es decir, con carácter civil y militar á la vez, porque además de ser muy trabajosos, es á ellos inherente la circunstancia de cargar con todo lo malo que hace el jefe y no participar nunca de lo bueno; pero tales eran mis deseos y mi inocente entusiasmo carlista, que acepté sin vacilar.

Quedamos, pues, conformes en que, habiendo de efectuarse el alzamiento lo antes posible, marchase yo á mi país en busca de un magnífico caballo que tenía preparado al efecto, y que allí recibiría aviso del día y del lugar en que debiera presentarme. Me despedí de Marco hasta la vista, y antes de ponerme en camino supe que el caballo se lo había llevado Villalain, aquel guerrillero tan valiente como parecido á los capitanes de bandas, enemigas de la propiedad y del orden, sin que fueran bastante á impedirlo las confianzas que le hizo mi familia acerca del destino del caballo. En vista de lo cual, y de acuerdo con D. Manuel Marco, al que enteré de lo ocurrido, marché á Calamocha á esperar órdenes, hospedándome en casa de un discípulo (1), muy amigo además. Hasta dicho pueblo fui con Ildefonso Puerto, teniente de la guardia civil y capitán de ejército que desde mucho tiempo atrás estaba comprometido y designado jefe del estado mayor del general Marco, y á quien D. Manuel dió el encargo de ir hacia las inmediaciones de Montalbán á recoger las partidas que había en armas para que, reuniéndolas en el lugar convenido, sirviesen de apoyo y base al alzamiento. Al efecto, desde Madrid y Zaragoza se habían comunicado órdenes á los jefes que las mandaban.

Permanecí en Calamocha unos días sin tener noticia alguna de D. Manuel, hasta que el día 7

(1) D. Mariano Valero.

de Octubre, al anochecer, recibí carta suya de cuatro líneas, en la que me decía que aquella misma noche me presentase en Luco con la gente que quisiera salir de Calamocha. Hablé al efecto con los carlistas de acción más entusiastas del pueblo, y todos me dieron la misma respuesta, que no estaban decididos á salir, y que de Calamocha, no saliendo ellos, no saldría nadie. Sorprendióme resolución tan radical en pueblo tan carlista, pero no quise dar paso alguno para vencer su resistencia, y con un guía que me proporcionaron, carretera de Zaragoza adelante, salí á las siete de la noche para Luco. Dejé parte de mi equipaje en Calamocha, llevando únicamente lo puesto y ropa blanca en una maleta. De manera que todos mis aprestos militares se reducían á una boina blanca con borla de oro, un revólver con cinturón, unas polainas de charol y unas espuelas, todo comprado en Zaragoza. Marchaba el guía delante con la maleta al hombro, yo detrás, ambos á pie, y en menos de dos horas llegamos á Luco, observando cierta agitación desusada en sus habitualmente tranquilas calles. Encontramos dos grupos de vecinos pacíficos que sin duda comentaban los rumores y noticias que corrían por el pueblo, pues pasando á su lado oí nombrar á los *carlistas* varias veces. Conocedor de la casa donde se hospedaba D. Manuel, me encaminé á ella preguntando por el dueño, con quien, después de saludarnos, entablé el siguiente diálogo:

—¿Dónde está D. Manuel?

—¡D. Manuel!—contestó fingiendo asombro.

—Sí, hombre, D. Manuel Marco.

—¡Ah!, sí, el de Bello, muy buena persona; le conozco.

—¿Y dónde está?—insistí yo.

—¿Y usted quiénes?—me preguntó mi hombre.

Entonces le dí algunos detalles respecto á mi persona y familia, y dejando la simplicidad aparente con que oyó mis preguntas, me dijo que hiciera el favor de esperar un ratito en la cocina de su casa para no infundir sospechas, mientras él iba á comunicar al general mi llegada.

Así se hizo, y en el corto rato que estuve en la cocina me hicieron compañía las mujeres de la casa.

—¿Qué no trae usted boina?—me preguntó una de ellas.

Mi contestación se redujo á sacarla del pecho y quitarle el papel en el que el vendedor la había envuelto.

—Pues póngasela usted—añadió otra.

—Tiene usted razón—contesté,—y arrojando el sombrero á un rincón de la cocina, me encasqueté la boina para no quitármela ya en algunos meses.

Regresó mi hombre, y con la boina puesta me trasladé á una casa cercana donde se encontraba mi jefe, siendo este el primer acto de rebelión que cometí contra los poderes constituidos. Encontré á Marco cenando tranquila-

mente, operación que ya había hecho yo en Calamocha. Le informé de la mala disposición en que se encontraban los de aquel pueblo, y se limitó á encogerse de hombros, diciendo: «ellos saldrán.»

Terminada la cena, me dijo que esperaba á Arnáu con su fuerza, al frente de la cual vendría mi compañero de viaje Ildfonso Puerto, y efectivamente, antes de acabar la frase se presentó una avanzada, compuesta de dos jinetes, entre los que iba un antiguo amigo de Marco, llamado Mallén, de Cantavieja. Momentos después llegaron 350 hombres más, al frente de los cuales venían Miguel Ramón Arnáu y Francisco Puerto, con el carácter de primero y segundo jefe, respectivamente. Arnáu, natural de Mosqueruela, era cabo de caballería cuando la insurrección de Corrales en 1855, tomó parte en ella y fué deportado á Cuba. Allí estuvo algunos años, y habiendo reunido un capitalillo se vino á su país. No le conocía ni aun de nombre, pero me convencí muy pronto de que tenían fundamento grande las antipatías y mala reputación de que gozaba en su tierra. Tan atrevido como vano, y valiéndose de su parentesco con el difunto coronel carlista Alegre y de una levita, heredada de este jefe, quiso de un salto pasar de cabo á coronel, y estuvo á punto de salirse con su intento. En los trece ó catorce días que fué solo al frente de su partida, hizo más daño que una tronada. Su segundo, Francisco Puerto, natural de la Cañada, de cortisi-

mos alcances, se titulaba comandante, y era hombre de bien á carta cabal. Los demás no merecen especial mención.

Alojados los 350 hombres, y después de una entrevista que tuvieron ambos jefes con nosotros, se les dió orden de que se retirasen y durmieran con toda tranquilidad. Así lo hicieron: en cambio D. Manuel y yo dormimos muy poco, porque, aunque nos acostamos inmediatamente, un parte de Calamocha nos quitó el sueño á media noche. Cierta amigo de aquel pueblo nos decía que al anochecer había llegado á Monreal, procedente de Teruel, una columna de 400 hombres, mandada por el coronel Rodríguez, que conducía quintos á Zaragoza. En aquellas circunstancias, tener 400 hombres á 16 ó 17 kilómetros de distancia era un peligro gravísimo, pues si bien nosotros teníamos la seguridad de reunirnos en mayor número aquella noche, bastaba el más ligero percance para disolver nuestra gente como se disuelve la sal en el agua. Es de sentido común que el menor descuido podría hacer fracasar el movimiento en Aragón; pero convencidos de que el coronel encargado de la conducción de los quintos ignoraba nuestra presencia en Luco, y seguros además de que, aunque la supiera, con tan poca gente no podía aventurar un encuentro, decidimos dejarlos dormir, como se hizo, tomando únicamente la precaución de poner centinelas avanzadas en un monte cercano á Calamocha, desde donde se descubre Monreal, para que vigilaran los

movimientos del enemigo y nos avisasen en caso necesario.


La presencia de aquella columna en Monreal era para nosotros una casualidad desgraciada. Por precisión teníamos que permanecer en Luco, no sólo aquella noche, sino también la mayor parte del siguiente día, para dar tiempo á que se concentrasen allí todos los carlistas de las inmediaciones. Tal era la orden, y como no sólo esperábamos á los de Calamocha, Bello, Ojos Negros, etc., sino también á los del partido de Molina, se necesitaban algunas horas para que recogiesen los fusiles escondidos y se nos incorporasen.

No hubo, pues, más remedio que continuar en Luco, para lo cual decidimos hacerles saber la aproximación del enemigo, y se encargó á todos que estuvieran apercibidos para emprender la marcha al primer aviso. Afortunadamente el jefe de la columna enemiga, poco ganoso sin duda de hacer méritos de guerra, permaneció en Monreal hasta las nueve de la mañana siguiente y no llegó á Calamocha hasta las doce, dándonos tiempo para recoger toda la gente y todo el material de guerra que teníamos oculto en aquellas inmediaciones.





V

E llevó, pues, á cabo el levantamiento de Aragón con toda felicidad, reuniéndose en Luco de Giloca el día 9 de Octubre de 1875 unos 500 hombres, de ellos 250 armados con fusiles, y una docena de caballos, recogidos apresuradamente en los pueblos inmediatos, con ocho ó diez cargas de municiones. Entre los que se nos incorporaron había algunos, pocos, que merecen especial mención, como los hermanos Calvo, D. Pedro y D. Joaquín, hijos de un rico propietario de Hinojosa de los Caballeros, que residían en Báguena, pueblo inmediato á Luco, y que, por su posición, intrepidez y actividad política, tenían alguna influencia en el país. El mayor, Pedro,

cadete que fué en el Colegio de infantería de Toledo, se incorporó al cuartel general con el carácter de ayudante de D. Manuel. Entusiasta carlista, tan modesto como honrado, activo, valiente, de sin igual buena fe, reunía excelentes condiciones para la campaña. Incorporóse también Francisco Polo, quien con el carácter de semisecretario, semiayudante, semimayordomo, figuraba en el cuartel general, porque con sus luces naturales y amor entrañable á la Causa había ayudado á Marco desde la revolución de 1868 en todas las conspiraciones y preparativos para los alzamientos, tomando parte con Madrazo en el de 1872. Con los hermanos Calvo vinieron una veintena de mozos de Báguena y Burbáguena, y con Francisco Polo los de Bello y lugares del contorno. Se nos incorporó también D. Luis Sanz, joven estudiante del Seminario de Sigüenza, natural de Campillo de Dueñas, con algunos de sus paisanos, el famoso Palomo (1) con sus serranos y otros varios del partido de Molina.

Recogida la gente y sabedores ya todos de que habían salido de Daroca unos 80 guardias civiles y de la proximidad del enemigo en Monreal, después de dar algunos paseos por la carretera, marchamos por la derecha, cruzando la rambla de Cuenca-buena, á Olalla y Nueros. Al aproximarnos al primero de dichos pueblos distinguimos fuerza armada, y entre dudas y vaci-

(1) Guerrillero imaginario, que añadido yo.

laciones se decidió avanzar, con la seguridad casi de que eran fuerzas carlistas. Efectivamente, allí se nos incorporó el Polaco con unos 70 infantes y 12 caballos, marchando todos juntos (menos la caballería, que quedó de avanzada en Olalla) á dormir á Nueros.

En cuanto llegó á la capitania general de Aragón la noticia del levantamiento, la columna que conducía quintos á Zaragoza recibió orden de entregarlos á la guardia civil y de comenzar á perseguirnos en combinación con otra fuerza, mandada, si no recuerdo mal, por Navarro. De donde que, para evitar se nos diera alcance, aquellos dias no pudimos permitirnos momento de reposo. Llevábamos la gente dividida en pelotones, sin organización alguna, sin armas la mayor parte y, como voluntarios, animados al parecer de los mejores deseos de huir el bulto ante toda clase de peligros. Así es que soñaban á todas horas con el enemigo, los dedos se les antojaban huéspedes y hasta los alarmaba el ruido del viento agitando las ramas de los árboles, los ganados que pacían tranquilamente en las vertientes de las montañas, y sobre todo las dulas de los lugares que confundían muchas veces con la caballería enemiga: de modo que nuestro sobresalto era continuo. La primera noche quisimos dormir en Nueros, se alojó la gente, se tomaron cuantas precauciones puede idear el más desconfiado y receloso, se colocó una avanzada de caballería en Olalla con orden de avisar inmediatamente la menor novedad que

ocurriese, y contando además con buenos y selectos confidentes, nos aprestamos en el cuartel general á comernos un pollo con arroz que nos había preparado la casera del cura. El apetito estaba en su punto, el pollo humeaba en el centro de la mesa, la casera nos decía que pasásemos á cenar, cuando se oyó el precipitado galope de un caballo que paró en la puerta de nuestro alojamiento; entró un voluntario y anunció que venía el enemigo. D. Manuel Marco sabía positivamente que la noticia era falsa y hasta imposible, pues acabábamos de recibir confidencia de que la columna enemiga pernocababa en Daroca; pero como la alarmante nueva había llegado á oídos de los voluntarios y por doquier reinaban la alarma y confusión más estrepitosas, no hubo más remedio que salir fuera á calmar la gente, y así lo hicieron Marco, Calvo y Francisco Polo, mientras yo me entretenía en comer de prisa y corriendo cuatro cucharadas de paella. Todo fué inútil: arreció el miedo, abandonaron sus alojamientos los voluntarios, salieron del pueblo en pelotones, sin orden ni tranquilidad alguna, y el cuartel general tuvo que dar la orden de marcha, montar á caballo y dejar sobre la mesa el arroz con pollo para mejor ocasión.

De noche, con frío y medio nevando, nos dirigimos á Fuenfría, adonde llegamos á las dos de la madrugada; descansamos allí hasta las ocho; proseguimos por Radilla y entramos en Huesa á las cuatro de la tarde, donde se nos

incorporó Calvera con unos 70 hombres del pueblo y de Blesa, desde donde fuimos á Muniesa y pernoctamos en Oliete, uniéndonos D. Domingo Calvo. Tan grande era el prestigio de Marco, tan simpática su manera caballeresca y religiosa de hacer la guerra, que en todos los pueblos del tránsito se nos incorporaban 10, 20, 40 y hasta 60 ó más voluntarios, y aunque nos perseguían sin descanso las columnas de Rodríguez y otra que, procedente de Zaragoza, se le unió en Estercuel, bien puede calificarse de triunfal nuestra expedición.

Enumerar las marchas y contramarchas que hicimos desde Octubre hasta Julio, nombrando todos los pueblos y aldeas que visitamos en estos diez meses, sería abusar del paciente lector en cuyas manos caigan estos apuntes. Desde el 8 hasta el 15 de Octubre, que llegamos á Cantavieja, fueron días de verdadera prueba militar, por una parte, y de grandes satisfacciones civiles, por otra. La presentación de voluntarios no se interrumpía un momento, el entusiasmo con que se nos recibía en todas partes era indescriptible; apenas se nos divisaba desde lejos, los curas mandaban tocar las campanas á bando, los alcaldes y ayuntamientos se aprestaban á recibirnos, y hombres, mujeres y niños salían á nuestro encuentro á grandes distancias vitoreando al Papa, al Rey, á la Religión, á Marco y á todo cuanto podía significar odio á la revolución y á sus hombres, y amor á la España católica y tradicional, esto es, á la España car-

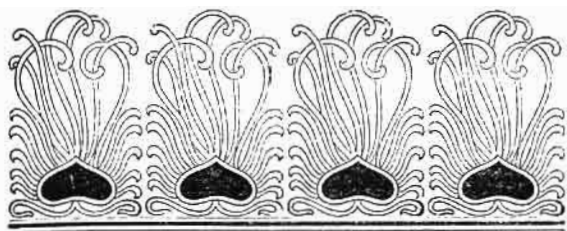
lista. El alma nacional palpitaba en todos estos elementos y espectáculos.

La fusión entre el sentimiento católico y el carlista era tan grande, tan completa y tan íntima, que el cura resultaba de hecho y de derecho, en todos los lugares, el personaje más considerado é influyente para las fuerzas carlistas. Había algunos juramentados, muy pocos, pero se miraba á los curas liberales, hasta por los mismos republicanos, como verdaderos monstruos y abortos de la lógica y aun del sentido común. Todos, liberales y antiliberales, usaban como sinónimas las palabras *católico* y *carlista*, y respecto al *cura liberal*, repetían con el insigne valenciano D. Antonio Aparisi y Guijarro, que

en esta desgraciada criatura,
ó sobra el liberal, ó sobra el cura.

¡Aquel sí que fué sufragio verdaderamente espontáneo, universal y á prueba de sacrificios, plebiscito el más elocuente y verdadero que han conocido los siglos, voz del pueblo que, según el Espíritu Santo, es voz de Dios!





VI

CUARTO día del plácido Abril, al anocheecer, por tortuoso y mal calzado camino carretero, dirigíanse á un lugarajo aragonés de la montaña, al que llamaremos Torrequemada, un viejo, tan enjuto de carnes como fuerte de complexión, corto de talla, ancho de espaldas, de marcial aspecto y de cabeza tan canosa como poblada, y un mozalbete, imberbe aún, que parecía su hijo. Caminaban despacio como haciendo tiempo para que llegase la noche, hablaban en voz baja y, aunque se conocía á la legua que no era aquel su traje habitual, vestían ambos con desenvoltura á usanza del país, y los dos

iban embozados, sin que hiciese frío, en sendas bufandas nuevas con honores de mantas.

Notábase en el pueblo el bullicio propio del atardecer, cuando los animales y las personas regresan del campo, é invaden las calles del lugar la cabrada, la dula, los pares de labor, los campesinos que vienen, y las mujeres y muchachas que van en busca de sus respectivos animales domésticos. Balaban las ovejas y las cabras, rebuznaban los burros, coceaban y corrían los machos y muleros, charlaban á gritos las mujeres y los muchachos; se abrían y cerraban, rechinando sobre sus oxidados goznes, muchas puertas; oyéronse en la torre de la iglesia primero las campanadas del *Angelus*, más tarde el toque de Animas; la obscuridad y el silencio invadieron poco á poco las calles, y cada mochuelo se recogió en su olivo, comenzando á salir humo abundante, precursor de las cenas, por las chimeneas todas.

Nuestros viajeros entraron en el lugar, ocultaron cuidadosamente sus semblantes con el embozo de las bufandas, precaución inútil por hallarse ya desiertas las calles, á pesar de lo cual proseguían su camino recelosos, esquivando miradas indiscretas, y sin vacilaciones, como quien conoce perfectamente el terreno que pisa, cruzaron el lugar é hicieron alto ante la puerta de la última casa del pueblo, grande, blanqueada y limpia, morada, al parecer, de labrador acomodado.

—Aquí es—dijo el viejo empuñando el alda-

bón de hierro que, en forma de lagarto, adornaba el centro de una gran puerta, chapeada de hojalata, con adornos de clavos.

—Espere usted—dijo el joven con voz tan dulce como baja.—¿Será conveniente presentarse de sopetón y sin previo aviso?

—¡Quién dijo miedo!—contestó el anciano, mientras el golpe del lagarto retumbaba de pieza en pieza por toda la casa, y fué ruidosa é inmediatamente contestado por los ladridos de los perros.

Resonaron pasos en el interior del edificio, y mientras voz enérgica y hombruna hacía callar á los perros, otra de timbre agudo y chillón entablaba con los de fuera el siguiente diálogo:

—¿Quién va?

—Servidor.

—¿Qué quiere usted?

—Entrar.

—¿A quién busca usted?

—Al señor Francisco.

—¿Para qué?

—Para verle, ¡zambomba!

—¿Quién es usted?

—¡El demonio!—contestó el viejo, que con tan largo interrogatorio iba perdiendo la paciencia. Dió un chillido dentro la voz femenina, y la hombruna dijo:

—Abre, mujer, abre.

—Sí, sí, abre, y que sea alguno de esa cuadrilla de ladrones que por ahí corre, según dicen.

—¡Qué disparate!

—Disparate ó prudencia, creo que no debemos abrirles hasta que nos digan sus nombres y apellidos.

—Calla, mujer, calla, no seas miedosa sin motivo. No hay ladrón que se atreva á meterse á estas horas en el pueblo.

—Francisco—dijo el viejo á media voz y acercando su boca al ojo de la llave,—abre, que soy el Palomo.

Oyóse dentro una interjección de asombro, se abrió como por arte mágica y de par en par la puerta, y un labrador tan alto como grueso apareció en el umbral con los brazos abiertos, en los cuales se arrojó el titulado Palomo, mientras empujaba suavemente al amo de casa para dejar el paso libre á su joven compañero de viaje.

Mientras el Palomo y el señor Francisco se abrazaban con la efusión propia de dos verdaderos amigos que no se han visto en muchos años, se miraban y remiraban en silencio para reconocerse, como se reconocieron reiterando apretones y abrazos, el joven permanecía prudentemente retirado entre las sombras proyectadas por el candil con que alumbraba la escena la señora Teresa, esposa del señor Francisco, en un ángulo del anchuroso patio, á pesar de que la ama de casa, curiosa como todas las de su sexo, alargaba el brazo y la nariz en aquella dirección, deseando hacerse cargo del que parecía interesado en esconderse.

—¿Quién te había de suponer por estos andurriales, querido Palomo?—exclamó el señor Francisco dejando en paz los brazos para que funcionasen los ojos;—aunque me figuraba que, habiendo movido Marco, no estarías tú muy lejos. ¿Y este joven es...?

—Luego lo sabrás: ahora lo mejor es meternos en casa y cerrar la puerta.

—Tienes razón: alumbra, Teresa, y vamos á la cocina.

—Oye, Francisco: ¿y quién hay en la cocina?

—Haz cuenta que nadie, Palomo: mi hijo, los criados y los pastores nada más.

—Pues si el ama de casa nos lo permite, pasemos antes á otro cuarto.

—Como quieras, hombre, como quieras

—Sí, porque tenemos que hablar.

—Entonces—dijo el señor Francisco tomando el candil de manos de su mujer—seguidme, y tú, Teresa, á la cocina y prepara una buena cena.

—Vamos—añadió el Palomo haciendo una seña á su acompañante,—y tras el señor Francisco penetraron en un cuarto de la planta baja, dejando á la señora Teresa á obscuras y con un palmo de boca abierta, en vista de tan inusitados misterios.

Existen naciones valerosas y aun eminentemente militares: no existe ninguna que pueda competir con España en la producción espontánea de guerrilleros, más ó menos cabecillas ó generales, que no han cursado en academia ó colegio alguno el arte de la guerra, pero que

instintivamente la practican y dirigen, sobre todo la llamada de guerrillas. Es, pues, el guerrillero fruta característica del suelo español, y en su cultivo intervienen el exaltado y tradicional amor á la independencia, el acendrado espíritu religioso que en todo tiempo ha movido á los habitantes de esta bendita tierra á batirse *pro aris ac focis*, su quijotesca afición á las aventuras y al idealismo, su carácter pendenciero y batallador y su tendencia natural al *dolce far niente*, como dicen los italianos, y á las ocupaciones irregulares y voluntariosas.

No hay pueblo alguno tan amante de su tierra, de sus costumbres y tradiciones patrias como el pueblo español, y este entusiasmo patriótico cronológicamente es anterior al religioso, como lo prueban Viriato, Sertorio, Numancia, Sagunto y los indomables vascos, que más de una vez hicieron descender de su trono á los emperadores romanos, dueños á la sazón del mundo entero conocido, para someterlos á viva fuerza. Pero si al elemento profano y meramente terreno se agrega el elemento religioso iniciado por Recaredo en el III Concilio toledano, entonces nuestro afán guerrillero se centuplica y nos convierte en el pueblo único que ha querido y sabido guerrear por el altar y el trono casi ocho siglos con la morisma.

Durante todo el pasado, á pesar de tanta ilustración y progreso á la moderna y de haber perdido nuestro típico carácter nacional para *européizarnos* á la francesa, hemos fomentado

numerosas insurrecciones, motivadas unas, sin fundamento otras, y basadas todas en la seguridad de ser sostenidas por el espíritu aventurero y batallador de la muchedumbre.

Desde la guerra de la *Pendencia*, como la llamaban ciertos veteranos, hasta la reciente venta ó pérdida de nuestras últimas colonias, hemos vivido en constante alarma y en continua guerra, no sirviendo los años de relativa paz y tranquilidad aparente más que para tomar bríos y volver á la lid con mayor gusto. Sobre todo en la guerra de la Independencia contra el Capitán del siglo XIX y en las tres guerras carlistas del 35, del 48 y del 72, ha fructificado la planta guerrillera hasta la perfección del tipo clásico, desarrollándose á su amparo numerosos caracteres; han adquirido verdadera celebridad en toda Europa ciertos guerrilleros, considerados como generales de cuerpo entero, y víctimas de sus aficiones guerreras, aunque en aras de gloriosas aspiraciones, han perecido gran número de ciudadanos pacíficos.

Entre estos caracteres notables, tipos perfectos de una raza llamada á desaparecer con el amor á las tradiciones patrias, descuella, como el álamo blanco entre los olmos, el cabecilla carlista, personificación modernizada del cervantesco D. Quijote, digno como aquél de ser cantado en prosa y verso por otro Cervantes, ya que no por el mismo Manco de Lepanto.

¡El cabecilla carlista! ¡Cuántos recuerdos, cuántas aspiraciones, más ó menos dormidas,

despiertan estas dos palabras en los españoles de raza!

Con un fondo común, que es lo que constituye el tipo, sus comienzos y procedencias no han podido ser más variados en las diferentes guerras carlistas. Comenzaron unos por ser soldados desertores ó sargentos del ejército y de la guardia civil, como Segarra y Puerto, que en alas de sus ideas ó de su ambición militar volaban al campo carlista y ascendían en graduación inmediatamente; venían otros del paisanaje, labradores ó industriales de modesta posición, ó de clase humilde, como Villaláin y Cucala; procedían éstos de centros escolares, muchos de los seminarios, como Cabrera; algunos de carreras literarias como mi padre, que ya era abogado, y mi hermano, registrador de la propiedad, cuando empuñaron las armas; aquéllos de la clase sacerdotal, como los curas Santa Cruz, de Alcabón y de Flix, mosén Pacho, el canónigo Abril, etc.; propietarios de buena posición como D. Manuel Marco, el de Beilo, hubo algunos, y de altas clases militares no pocos, como Zumalacárregui, Lizárraga, Berriz, Maestre, Freixa y otros, aunque á éstos cuadra más el título de generales que el de cabecillas ó guerrilleros.

Es lo cierto que la historia de nuestras guerras civiles nos presenta héroes de este género, procedentes de toda condición social y profesiones, por lo que cada uno se forja el cabecilla carlista á su antojo, contemplándole al través

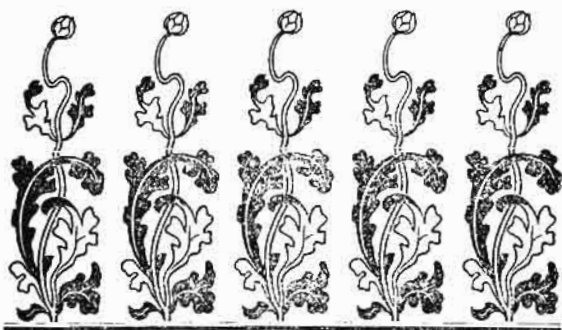
del cristal de sus opiniones y gustos de mil colores.

Para los políticos liberales, el cabecilla carlista, semejante al cuervo que huele desde lejos la carnuza putrefacta, es como ave de rapiña y de mal agüero que se cierne sobre el presupuesto y la nómina; para los mayores contribuyentes, el cabecilla carlista es una autoridad despótica que, sin repartos, cobradores, ni recargos, hace efectiva la contribucion con rapidez pasmosa; para el católico neutro y comodón y para los clérigos juramentados, cuyas supremas aspiraciones se reducen á vivir en paz con Dios y con su estómago, el cabecilla carlista es un bicho peligroso y repugnante que se lanza al campo con el exclusivo objeto de interrumpir el tranquilo sueño y de corromper las plácidas digestiones de los varones seráficos; para el demagogo radical y masón, el cabecilla carlista es un salteador de caminos, bandido, ladrón, asesino, violador, con entrañas de tigre, suma y compendio de todos los vicios y de los crímenes todos; por el contrario, para el clero que no cobra, no hay en la tierra hombre tan prestigioso y digno de toda clase de consideraciones y respetos como el cabecilla carlista, puesto que abandona su hogar y familia y expone su vida por la santa Causa, nuevo cruzado contra la impiedad y la herejía, héroe y santo á la vez digno de figurar en el martirologio romano; para el campesino y artesano de los pueblos, el cabecilla carlista es un ente fabuloso, mitológico,

que encanta sus imaginaciones, que los atrae y fascina con sus proezas por todos referidas de boca en boca, personificación de la fuerza, del valor, de la astucia, de la movilidad, de la rapidez, de la travesura y del atrevimiento, héroe popular, en una palabra, por el que hacen con gusto toda clase de sacrificios; por último, para las mujeres de todas las opiniones, el cabecilla carlista, cuando es joven, tiene tantos atractivos como el torero célebre, más que el bizarro y elegante militar de colegio, y es el único tipo nacional que las hace soñar dormidas y despiertas. Las mujeres que esto nieguen, ni conocieron la guerra carlista, ni han tenido alojados en sus casas cabecillas de tal fuste.

Tarea, ya que no imposible, muy difícil al menos, es la de enumerar y describir todas las cualidades y rasgos típicos que componen un verdadero y perfecto cabecilla carlista, y que diseminados se encontrarán tal vez en varios personajes; pero teniendo en cuenta las múltiples variedades específicas del género por una parte, y por otra que puestas en acción se aprecian con más exactitud y se graban mejor en la memoria, prosigamos nuestra novela, que muy bien pudiera ser historia.





VII

PENETRARON en el cuarto bajo el señor Francisco, el Palomo y su joven compañero, cerrando tras ellos la puerta, y la señora Teresa, que lentamente y de mala gana se dirigía á obscuras á la cocina, volvió sobre sus pasos, y curiosa en grado superlativo, como buena hija de Eva, llegó hasta la misma puerta, junto á la que permaneció inmóvil unos segundos discutiendo consigo misma y vacilando sobre si debía ó no pegar la oreja al ojo de la cerraja para enterarse de lo que se hablaba dentro; pero triunfó al fin el deber sobre el apetito fisgón y marchó á la cocina, tan espaciosa como modesta y limpia, y resguar-

dada de todos los aires, que no podían penetrar más que por pequeña puerta en aquel santuario del fuego, para salir con el humo por campanuda y negruzca chimenea. El mueblaje, ni señoril ni campesino, componíase de un banco de pino en el trasfuego para los pastores, dos sillones de cuero de Moscovia para los amos á uno y otro lado del hogar, largo escaño con respaldos altísimos enfrente, y varias sillas de enea en torno de las obscuras paredes.

En ausencia de su padre ocupaba uno de los sillones Fernando, el primogénito, apuesto y fornido labrador que aparentaba á lo sumo veinte Abriles; iba y venía su madre, la señora Teresa, disponiendo la cena y á veces sin objeto fijo, mientras sin poderlo remediar volaba su imaginación al cuarto de la secreta conferencia y criados y pastores proseguían su insubstantial plática, en la que terciaban también madre é hijo de vez en cuando.

—Mentira será—dijo uno.

—¿Por qué ha de ser mentira?

—Porque vivimos en tiempos de bolas y de alarmas.

—Tan mentira como el fuego graneao que oyó el tío Cerrojo en la Sarriosa.

—Sería la partida del Palomo—dijo Fernando.

—No puede ser, hijo, porque ahí en el cuarto bajo lo tienes hablando con tu padre.

Fernando dió un salto en la silla y dijo:

—¿De veras, madre? ¡Qué ganas tenía de conocerle! Como le hemos oído contar tantas he-

roicidades de su compañero de armas y fatigas al padre...

—Pues dentro de un rato cenaremos todos juntos.

—¡Qué alegría! Y yo que me lo figuraba lejos de aquí al frente de su fuerza.

—Conque el Palomo—dijo un pastor viejo tan simple como pretencioso.—Pues ese será uno que lician el Polaco quiba con Marco de Bello.

—Pues no, señor, porque el Palomo es el Palomo y el Polaco el Polaco.

—Ati cuenta que es lo mismo, y más y mejor será que se llame así el Cojo de Cariñena, que tiene hechas muchas y muy sonadas.

—No seas majadero, Serón; el Palomo es un jefe carlista que hizo la guerra de los siete años con mi padre á las órdenes de Cabrera, tan valiente como listo y tan hábil para volar de un punto á otro distante, cuando menos se esperaba, que por eso le sacaron de mote el Palomo, pero se llama D. Rodrigo Jiménez.

—¡Recórcholis! ¡Quién se había de februar que el tío Rodrigo el de la Parreta era general, ni cabecilla, ni Cristo que lo fundó!

—El Palomo no es de la Parreta, ni tío ni sobrino, sino un hidalgo montañés de ilustre familia, que tenía un tío Cardenal, quien no quiso reconocer á Isabel II á la muerte de Fernando VII y murió siendo gobernador de Roma, y otro tío canónigo de Zaragoza, que fué asesinado por sus opiniones realistas cuando Don Rodrigo era mozo, que es lo que indignó al Pa-

lomo y le hizo tomar parte en la primera guerra.

—Lo mismo le pasó á Cabrera: los crestinos mataron á su madre, y ná, el hombre se puso hecho un tigre... Como que lician el tigre del Maestrazgo.

—D. Rodrigo ascendió muy pronto á oficial, y ya mandaba una compañía cuando entró en Zaragoza con Cabañero; pero si sería valiente, que recibió orden de retirarse, y sin vacilar un momento ni volver la vista atrás retrocedió recorriendo media Zaragoza al frente de su fuerza y en medio de una lluvia de balas que los nacionales disparaban desde las casas de ambos lados, cruzándose sobre los voluntarios carlistas, que caían como conejos sorprendidos en el conejar. Cuando se encontró fuera de Zaragoza no quedaban vivos de la compañía más que una docena de voluntarios y el capitán. ¡Se necesita valor y sangre fría para exponer de esta manera cien veces la vida! (1).

—¡Cerrojo con el Palomo! ¿Sabría algún maledificio pa espantar las balas y hacer que no le tocasen?

—Lo que sabía era dar la vida por la Causa sin que le importara un comino la muerte. Terminada aquella guerra con la traición de Maroto...

(1) Refiérense estos datos á D. Manuel Marco. Véase la *Historia Contemporánea*, por Pírala, segunda parte de la guerra civil, tomo II, pág. 874.

—¡Gran general, cerrojo!

—Gran traidor... digo yo. D. Rodrigo no quiso nunca adherirse al convenio de Vergara, ni que le reconocieran su empleo de capitán; emigró por de pronto, y publicada la amnistía regresó á su pueblo, se puso al frente de sus muchas haciendas, tomó parte activísima en todas las intentonas y no quiso casarse nunca para estar libre y poderse dedicar con alma y vida á la defensa de la Religión, de la Patria y de la Legitimidad.

Durante un buen rato continuó el primogénito de la casa haciendo estupendos y merecidos elogios del Palomo como guerrillero carlista y amigo de su padre, cuando se le antojó al sabio Serón interrumpirle diciendo:

—Y diga usted, nuestro amo, aunque sea cortesía: ese *siñor* ¿está ahora en armas ó pacífico?

—Cuando ha venido á ver á mi padre, no habrá movido aún: pero buen genio tiene él para que esté ya en el campo D. Manuel Marco y no le ayude.

—Pues valga por lo que valga y por lo que pué ocurrir—añadió otro criado,—me ha dicho un arriero en la venta, cuando al anochecer me bajaba al pueblo, que la guardia cevil anda tó el día haciendo el cuco por el contorno como si intentase atrapar á algún pájaro de cuenta.

—¿Qué monserga de guardia civil es esa que traes entre lenguas, Cuquita?—dijo la señora Teresa parando mientes en las palabras del criado.

—Digo, nuestrama, que los ceviles no andan lejos, como que los han visto en la Asomadilla.

—Milagro será—añadió Serón—no tengamos alojaos aún esta misma noche.

—¡Dios nos libre!—replicó la señora Teresa, moviendo la cabeza contrariada y saliendo inmediatamente de la cocina.

Las palabras de Cuquita fueron un rayo de luz para su atribulada curiosidad. Corrió precipitadamente al cuarto del conciliábulo con el propósito de entrar inmediatamente; pero llegó á su oído el rumor de la conversación interior antes de abrir la puerta, é instintivamente aplicó la oreja al ojo de la cerradura, oyendo las siguientes frases sueltas:

—Si he de causar la menor molestia...—decía una vocecilla dulce, de timbre mujeril.

—Nada de eso—interrumpió el tío Francisco:—tú te quedas con nosotros, y aquí tendrás un asilo tan seguro como una fortaleza y una familia que te querrá como la tuya.

—Así lo supuse yo—dijo el Palomo—y así lo he prometido á su padre... pero falta aún lo principal...

El Palomo bajó aquí tanto la voz, que la señora Francisca, toda oídos, no pudo oír una palabra, y en su curiosa impaciencia estuvo á punto de interrumpir la conversación entrando; pero su afán de enterarse algo más la contuvo, y continuó con el oído pegado á la puerta.

La conversación prosiguió al otro lado, siempre en el mismo tono, durante algún tiempo,

hasta que el señor Francisco, levantando la voz, dijo:

—No hay más que hablar, Rodrigo. Se hará todo como tú desees.

Convencida la señora Teresa de que nada podía averiguar, con la mano dió un par de golpes en la puerta, y sin permiso de nadie se presentó en el cuarto. Su aspecto fisgón denunciaba el desordenado apetito de saber que la comía, y como el señor Francisco conocía el flaco de su mujer, no pudo contenerse, y malhumorado dijo:

—¿Qué buscas?

Pregunta tan imperativa y seca exigía contestación inmediata y categórica; pero la señora Teresa se quedó muda y estupefacta contemplando el bonito rostro del joven que acompañaba al Palomo y los hermosos bucles que se escapaban bajo las alas del sombrero, denunciando la presencia de una linda muchacha.

Ruborizóse ésta al sentirse objeto de atención tanta, lo que aumentó los encantos de su hermosura.

—Que qué buscas, he dicho.

—¿Qué busco? Que, según dice Cuquita, la guardia civil anda por los alrededores.

—¡Ay Dios mío!—exclamó con voz dulcísima nuestra incógnita disfrazada.

—No te alarmes en tonto—dijo el Palomo,—que muy pronto estaré yo fuera de su alcance. ¿Tiene puerta de escape la casa?

—Sí, señor—contestó la señora Teresa;—

pero como suelen alojarse aquí los guardias y nada sé yo de lo que traman ustedes, he dicho para mi coletó: bueno será avisar á Francisco, por si acaso.

—Bien hecho, mujer, bien hecho—contestó el marido dulcificando la voz.—Tú, Rodrigo, haz lo que más te convenga. Si quieres, te vas; si no te quedas, seguro de que nadie ha de meterse contigo. Respecto á María, lo mejor será que suba arriba con Teresa, se ponga un traje de mujer y la haremos pasar por sobrina nuestra.

—¿Y qué traje se ha de poner esta señorita—preguntó la señora Teresa,—porque á la legua se conoce que lo es, si los míos más son de labradora que de señora?

—No pase usted pena por eso—dijo la joven.—Vestiré de labradora ó de señora, como usted pueda y quiera, considerándome muy honrada de todas maneras.

—Pues entonces no hay más que hablar: sígame usted.

—¿Nos veremos?—añadió María dirigiéndose á D. Rodrigo.

—Sí—contestó éste.

Y las dos mujeres salieron del cuarto.





VIII



EN gratisima conversación continuaron largo rato entretenidos nuestros veteranos y amigos íntimos evocando historias pasadas y comentando acontecimientos presentes.

—Con tanto charlar no te he preguntado aún si estás ó no en armas, querido Rodrigo.

—Sí, hombre, sí, estoy en armas y al frente de mis valientes serranos desde que Marco hizo el levantamiento de Aragón: sólo que la seguridad de esa muchacha, á la que quiero como hija, me ha impuesto esta escapatoria y me ha proporcionado el gusto de abrazarte.

—Y qué, ¿triunfaremos ahora, ó pasará lo de siempre?

—¡Cuerno! ¡Hay tanto traidor en el mundo!

—A propósito: ¿qué ha pasado con Cabrera?

—Es un canalla, vendido á la revolución por resquemores personales ó por la influencia letal del protestantismo que tantos años respira hasta en su propia casa.

—Pero es monstruoso pasarse al campo de los que fusilaron á su propia madre.

—Oye, pues, y juzga por ti mismo.

Y el Palomo leyó al tío Francisco una carta que á la letra decía así:

«Biarritz...

»Querido Jiménez: Me indican que desea usted saber de una manera autorizada la resolución que he tomado. Los adjuntos documentos le informarán cumplidamente. Al procurar á nuestro país la paz que necesita, y á nuestro partido los medios de ser útil, nada le digo á usted, porque hartó sabe usted lo que debe hacer en estos momentos. Se trata de un nuevo sacrificio por la patria, que de usted, como de los demás amigos, vería con mucho gusto su afectísimo—*El Conde de Morella.*»—Hay una rúbrica.

A continuación, de diferente letra: «Valencia... Cuando el general conde de Morella escribe á usted, ¿qué puedo yo decirle, amigo mío? Sólo una cosa, y es que, porque le quería mucho, debo verle al lado de su antiguo general, y que para todo, para todo cuente conmigo: lo que usted quiera eso se hará y como quiera. Entiéndase con el dador, ó diga cómo quiere

entenderse con D. Ramón ó conmigo.—Suyo afectísimo, *A. de Candalija*.»—Hay una rúbrica (1).

—Parece mentira que esos candilejas y candiles liberales, hartos de llamarle ladrón, asesino, tigre del Maestrazgo, etc., de la noche á la mañana cambien de bisiesto, le reconozcan sus empleos, títulos y honores y le llamen á boca llena general, conde de Morella, etc., etc. Por supuesto que tú le habrás dado la contestación merecida.

—Aquí tengo copia: oye.

«Sr. D. Ramón Cabrera.

»Muy señor mío: Público es que desde hace muchos años le miraba y quería á usted como si hubiese sido mi padre, y alimentaba este cariño la creencia de que usted me correspondía y conocía hasta los más profundos sentimientos de mi corazón.

»Terrible desengaño he sufrido al leer la carta que con fecha 4 del pasado se atreve usted á dirigirme.

»Empobrecido por la revolución y las guerras civiles, obligado á la penuria y aun á la miseria durante mi larga emigración, y sufriendo persecuciones y tratamientos infames de los liberales, me he considerado siempre y me considero aún más feliz con mi pobreza y mi honra sin mancha que esos viles perjuros, vendidos á

(1) Documentos históricos referentes al jefe carlista Gamundi.

gobierno revolucionario por su ciega ambición y su loco despecho.

»Me dice usted que se trata de un nuevo sacrificio por la patria, para procurarla lo que necesita. Con ese fin me he sacrificado toda mi vida, y estoy dispuesto á continuar por la misma senda, que es la de los españoles honrados, pero por medios opuestos á los de usted.

»La paz con que usted y sus correligionarios de ahora brindan á los incautos es tan falsa como todas las promesas de los revolucionarios de siempre, y si hizo usted creer que le seguiría el partido carlista, ya puede haberse convencido el mundo entero de que sólo estamos al lado del Rey, de nuestro amado Rey, cuya santa bandera seguimos y defenderemos hasta derramar la última gota de nuestra sangre, y de una vez para siempre entienda usted y cuantos de modo tan indigno piensan, que los defensores de la legitimidad no nos afiliamos á ninguna bandería política, sino á la bandera nacional, la de la antigua y grande España, que ustedes desgarran y deshonoran.

»Esta es la resolución irrevocable del modesto, pero honrado Rodrigo Jiménez.»

—Muy bien, Rodrigo, muy bien. ¡Cómo se habrá puesto aquella fierecica!

Dieron en aquel momento las nueve, y al oírlas se levantó el Palomo, resuelto á separarse del señor Francisco.

Oyóse á la vez en la inmediata calle el monótono y acompasado ruido que producen varias

personas que caminan á la par; el práctico oído del Palomo conoció inmediatamente la proximidad del enemigo, y sin correr ni aturdirse dijo:

—¡Cuerno! ¡La guardia civil! Francisco, me voy.

—¿Solo?

—Dame un criado de confianza.

—Que vaya Cuquita.

—¡Cómo! ¿Aun vive Cuquita?

—Hecho un carcamal, pero cada día más carlista.

—¡Cuánto me alegro! No le digas á quién va á conducir por estos andurriales.

—Sígueme—dijo el señor Francisco,—y abrazándose en silencio y con pena se despidieron los veteranos.

Segundos después dos hombres, embozados en sendas mantas, salían al campo por la puerta posterior de los corrales, mientras por la puerta principal penetraban en la casa un oficial, un sargento y cuatro guardias.

Cuando entraron en ella, la patriarcal escena de la cocina había cambiado por completo. El señor Francisco ocupaba uno de los sillones, su hijo Fernando el otro, los pastores y criados ya no estaban allí, y el oficial, el sargento y los guardias, después de haber dejado los fusiles en un rincón, se acercaron al fuego y procuraban desentumecer sus ateridos miembros.

El sargento era antiguo conocido del señor Francisco y familia; pero no el oficial, nuevo en aquella comandancia, y por decir algo y para

romper el embarazoso silencio, preguntó el primero al segundo:

—¿Qué tenemos de carlistas, señor Francisco?

Y el sargento se atusaba entretanto el largo y canoso bigote.

—No sé nada—contestó el interpelado.

—Dicen que andan por ahí—añadió Fernando.

—¿Y quién dice eso?—preguntó el oficial con marcado acento andaluz.

—Hace ya unos días—contestó el mozo notando que su padre guardaba persistente silencio—que corren rumores de haberse levantado una partida en las inmediaciones de Luco; pero hoy he tenido yo noticias más detalladas por un arriero que los ha visto á unas cuatro horas de aquí.

El oficial se levantó azorado, y dijo:

—Sargento, á colocar centinelas inmediatamente en todas las entradas y salidas del pueblo, y que nadie entre ni salga bajo pena de la vida.

—Bien está, mi teniente—contestó el sargento,—¿pero dónde tenemos gente para eso? Somos 24 guardias, y el pueblo, abierto por todos lados, casi no puede vigilarse con los 24. Si los ponemos á todos de centinela esta noche, ¿quién hará el relevo?

—Tiene usted razón, sargento—pensó en alta voz el oficial.

Y dirigiéndose á Fernando, dijo:—Y diga usted, joven, ¿ha dicho el arriero cuántos eran los carlistas en armas?

—Muy pocos, como que tuvo que sacar la recua del camino para que pasasen; los contó de uno en uno, y no iban más que 214.

—¡214!—exclamó el oficial con espanto,—¡214! Sargento, esto es mandar á los guardias al matadero... La conducta del brigadier no tiene nombre... En cuanto se presente ocasión hay que denunciarlo al capitán general... ¡Maldita sea la hora en que pedí el pase á este cuerpo! Vaya usted inmediatamente á casa del alcalde y dígame de mi parte que coloque paisanos en todos los caminos del contorno para que avisen la aproximación del enemigo, ya que no tenemos centinelas, advirtiéndole que, como nos sorprendan, le exigiré la responsabilidad más terrible.

—Bien está, mi teniente.

—Oiga usted, oiga usted: se puede poner también una avanzada de guardias en el camino á que se refiere este joven.

Salió el sargento á cumplimentar las órdenes de su jefe, mientras éste, pensativo y medroso, se retorció el bigote, y Fernando se burlaba interiormente de la medrana del oficialete. Se puso á pasear nuestro héroe yendo y viniendo por la cocina sin dirección fija, cuando al divisar una guitarra pendiente de un clavo, desarrugó el entrecejo como por encanto, descolgó la guitarra y dijo:

—¡Al diablo temores necios y carlistas! ¿Quién toca aquí la guitarra?

Haga usted cuenta que nadie—contestó

Fernando, —porque el que mejor la toca, la rasca.

—Y es buena—observó el teniente examinando la guitarra con aire de inteligencia.

—Vamos, mi teniente—dijo uno de los guardias,—no piense usted más en los carcundas y venga una malagueña.

Y dirigiéndose á Fernando, añadió:

—Ahora oirán ustedes cosa buena.

En segundos afinó el teniente la guitarra y comenzó á tocar, punteada y rasgada á la vez, la pedida malagueña con primor tanto, que, como por arte mágica, acudieron en el acto á la cocina, y sin que nadie los llamara, los pastores, criados y criadas, dejando sus respectivas ocupaciones y agrupándose en torno del tañedor. No hay para el pueblo español instrumento más alegre que la guitarra, cuyas cuerdas tienen la virtud sorprendente de producir el cosquilleo del baile entre mozos y mozas.

No era muy extensa la voz del teniente, pero tenía timbre tan limpio y tan grato, cantaba con gusto tan clásico las canciones de su tierra, que entre los baturros aragoneses producía admiración y aun asombro.

Convencido de ello el andaluz, después de lucir su habilidad y la ligereza de sus dedos punteando las cuerdas de la guitarra, dió dos golpes en seco sobre la tapa del instrumento con el dedo del corazón, colocó el pulgar sobre las cuerdas impidiendo que continuaran vibrando, y entonó la siguiente copla:

Para jardines, Granada;
para mujeres, Madrid,
y para amores tus ojos
cuando me miran á mí.

Al terminar, durante los vitores y aplausos de los criados y los guardias, presentáronse en la cocina la señora Teresa y María.

Dispuesta ésta á representar propiamente su papel de sobrina de la casa, venía vestida como las mozas del país, con saya corta, zapato algún tanto descotado, pañuelo al cuello y jubón que dejaba adivinar su airoso talle, componiendo el conjunto la serrana más graciosa que es dado imaginar.

Su abundante cabellera negra, partida en dos mitades por una raya horizontal y nuevamente partida la anterior por otra vertical, descolgábase sobre sus mejillas simulando dos cortinas de pelo, que terminaban en sendos rizos, sostenidos cada uno de ellos por cuatro horquillas en cruz, y atada la posterior sobre el occipucio, convertida en dos hermosas trenzas, de las que pendían cintas moradas, coronaba su cabeza en forma de cerquillo.

Su presencia llamó la atención de todos, y todos alargaron la gaita para comerse á la forastera con los ojos, mientras la admiración pintábase en sus semblantes.

Pero no fué menor el asombro que María produjo en el teniente y Fernando, pues por no haberse movido en toda la velada de la cocina,

también éste ignoraba la presencia de aquella señorita en su casa. Miró en forma tan interrogativa á su padre, que el señor Francisco se creyó en el caso de satisfacer la natural curiosidad de su hijo, aprovechando la ocasión que, para salir de la cocina y hablar sin testigos, les ofrecía la circunstancia de haberse levantado ambos para ofrecer los sillones á las dos mujeres.

El teniente miraba y remiraba á María sin volver de su asombro, y dando seguros indicios de querer hablar con ella.

María, comprendiendo que era objeto de las insistentes y curiosas miradas de todos, incluso de los que habían sido advertidos que la tratasen como sobrina de los amos, con las mejillas ruborosas y los ojos bajos, ocupó el sillón que galantemente acababa de cederla el señor Francisco y esperó que dejaran de observarla, para mirar ella á su vez á los que tenía en torno.

La señora Teresa fué la primera que rompió el silencio, producido en la cocina por la entrada de las dos mujeres, y dirigiéndose al teniente, le dijo:

—Estaba usted tocando: ¿por qué no continúa usted?

El teniente, sin decir palabra y sin apartar sus ojos de María, después de un ligero preludeo, entonó esta canción:

Es María más hermosa
que el oro y la plata fina,

más que el agua cristalina
que corre de llosa en llosa.

Y el efecto que produjo en María la canción, y más aún el timbre de voz del teniente, sólo es comparable al que la presencia de aquélla produjo en éste. Levantó rápidamente los ojos, y fijándolos en el oficial, sus labios dejaron escapar el nombre de *Rafael*, pero en voz tan baja, tan entredientes, que sólo el nombrado, que la miraba de hito en hito, pudo oír ó, mejor, adivinar la palabra pronunciada por aquellos labios.

La emoción sentida por el teniente al oír aquel nombre le obligó á retirar la mirada, y para despistar á los curiosos cantó en seguida:

Asómate á esa ventana,
de flores ramo escogido,
que el día que tú naciste
palidecieron los lirios.

—¡Muy bien, muy bien!—gritaba la concurrencia.—Venga otra canción, mi teniente, que son muy bonitas las que usted sabe.

No vengas con quisicosas,
con que si fué, que si vino,
que el alma tengo pendiente
de esos tus ojos divinos.

Subía la emoción de punto en el cantor, y comprendiendo que le temblaba la voz y habían

de conocerlo los circunstantes, rasgó con brío tres ó cuatro compases en la guitarra, cesó de tocar y dejó el instrumento sobre una silla vacía, silencio que aprovechó la señora Teresa para decir á María:

—No te podrás quejar, sobrina: la primera canción ha sido para ti. ¿Quién ha dicho á usted su nombre?

—Nadie— contestó el teniente,—pero al ver á su sobrina de usted me ha parecido tener delante á una prima mía, de quien me encuentro separado hace tiempo y á quien quiero con toda mi alma. Tan parecidas son, que me figuré en seguida que tenían que serlo hasta en el nombre, y mi prima se llama María.

—También yo me llamo María—contestó la aludida,—y siento que mi presencia haya producido en usted recuerdos tristes y alegres, tristes por tan prolongada ausencia, y alegres por el parecido que dice usted existe entre su prima y yo.

—Olvidemos aquéllos, y permita usted que continúe tocando; pero... es tan baja esta silla...

—Venga usted acá—dijo un guardia que adivinó en seguida el deseo de su jefe.—Aquí tiene usted una silla alta.

Y como quien obra casualmente, la colocó junto al sillón de María.

La ocupó en seguida el guitarrista, y sin pronunciar palabra comenzó á tocar una malagueña, haciendo vibrar las cuerdas de tal modo, que

dos guitarras, una cítara y un tiple, tocados por otras manos, no hubieran producido tanto efecto.

Cantó dos canciones, rasgó de firme la guitarra con pulsación nerviosa y agitación visible, cundió el entusiasmo entre los presentes como si chispa eléctrica hubiese recorrido sus fibras; con permiso de la señora Teresa dos guardias se pusieron á bailar con las criadas, se generalizó el bullicio y el baile sin que nadie volviera á acordarse de los carlistas, todo con contentamiento grande del teniente que, para animar la escena, cantó lo que sigue:

Toma, niña, esta naranja,
cogida en mi propio huerto:
no la partas con cuchillo,
que está mi corazón dentro.

Y aprovechando la algazara y general distracción, cruzó con María estas palabras:

—¿Sueño, ó eres tú mi prima?

—Sí, Rafael, tu prima soy—contestó ésta.

—¿Puedo descubrirme?

—No.

—Creí que te habías muerto.

—No he podido escribirte; si supieras lo que he sufrido...

—¿Y cuándo hablaremos?

—Mañana... canta... que estamos llamando la atención...

El teniente cantó:

Dicen que amor es la flor
más fragante de la vida;
pero ¡ay! qué bella es la rosa,
y no hay rosa sin espinas.

—Bravo, muchachos—dijo el señor Francisco entrando en la cocina con su hijo Fernando.—Así me gusta, que las ocasiones las pintan calvas.

—Anda, Fernando, saca á tu prima—dijo la señora Teresa para hacer más verosímil el parentesco.

Y éste, obediente por una parte como buen hijo, y llevado de su propia inclinación por otra, pues no le parecía costal de paja la forastera, se acercó á María, y tomándola de la mano se colocó con ella en un hueco del corro, esperando la primera canción para comenzar el baile.

No tardó en oírse, pues el teniente, que había fruncido el ceño al ver á María junto al primogénito de la casa, resuelto estaba á no prolongar la para él pesada broma, y cantó:

De los pies á la cabeza
eres un ramo de flores:
¡bendita sea la madre
que por ti pasó dolores!

Y con la mayor naturalidad del mundo, terminada la canción, hizo saltar en pedazos la prima de la guitarra, cesó la música y con la música el baile, quedándose todos con la miel en los labios.

Fernando se apresuró á buscar otra cuerda nueva para ponerla en la guitarra, y en esta operación se entretenía cuando se presentó el sargento anunciando á su jefe que se habían puesto en práctica sus órdenes; mandó el teniente activar la cena, y dióse por terminado el baile.

Dos horas después todos dormían en la casa, si bien por precaución los guardias tenían los fusiles á mano en sus mismas improvisadas camas.

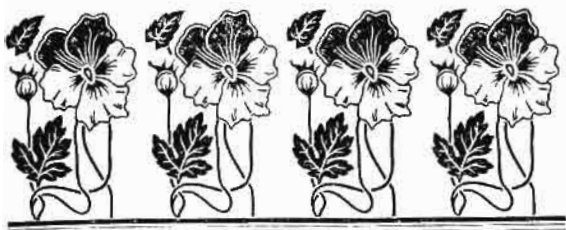
Hemos dicho que todos dormían, pero no era así, por haber tres personas desveladas: el teniente, María y Fernando, aquéllos á causa del inesperado encuentro y éste por la impresión profundísima que había hecho en su alma la hermosura de su ignorada prima, impresión encarnada en un doble movimiento, de irresistible atracción hacia María y de repulsión invencible hacia Rafael, porque el corazón virgen de Fernando, nada, ni de cien leguas, había visto comparable á María entre las más garridas serranas de aquellos montes, ni nada tampoco más opuesto al tipo y carácter de Rafael que el de Fernando.

Alto, recio, aplomado, grave, taciturno casi, con reflexión y previsiones impropias de su edad, pues acababa de salir de quintas, sin que le repugnasen ni mucho menos las honestas diversiones propias de la mocedad, católico verdaderamente práctico y carlista de abolengo y convencido, Fernando Lorente, por temperamento, costumbres y carácter, era la antítesis

de Rafael Viciano, antítesis que más ó menos pronto tenía que traducirse en choques materiales ó morales, como se produce la chispa en el pedernal, con más ó menos rapidez, al herirle con el acero.

Aunque lo intentó con verdadero empeño para alejar de su mente aquellas especiotas, Fernando Lorente no podía dormir, y soñaba casi despierto con aquellas dos personas é ideas, con María y Rafael, que por manera tan inopinada se habían interpuesto en su camino.





IX



UNA vez en campo libre, volaron el Palomo y Cuquita al monte próximo, en donde el primero había dejado su partida para poner en salvo y dejar en lugar seguro á María, la hija de su amigo y compañero de armas D. Ramón.

Cuquita había sido asistente de D. Rodrigo en la guerra de los siete años, y puede suponer el lector la complacencia con que se abrazaron amo y criado, y el gusto con que, por el camino, combinaron la sorpresa que se les venía á las manos remozando á entrambos viejos, que aquella noche llegaron á creerse con 32 años menos de los que realmente tenían.

A las once de la noche, por orden de su jefe

el Palomo, la fuerza carlista tomó la dirección de Torrequemada, y á las dos de la madrugada estaban ya sorprendidos los guardias civiles que componían la avanzada y los centinelas colocados por el alcalde en las afueras por orden del teniente, todos los cuales, aunque al aire libre, dormían y roncaban á pierna suelta sin preocuparse para nada del alcalde, del teniente ni del enemigo.

Hecho lo cual, ordenó el Palomo á Cuquita que entrase solo en el pueblo y sigilosamente se enterara de la situación de los guardias. Regresó Cuquita diciendo que no se oía un mosquito en Torrequemada; dividió su fuerza el Palomo en seis pelotones, encomendando á cinco de ellos la custodia de las entradas y salidas principales del lugar, y con el sexto y Cuquita tomó personalmente el camino de la casa del señor Francisco; entraron sin hacer el menor ruido por la puerta de los corrales, llegaron á la cocina á obscuras y con cautela, encendió Cuquita su candil, y señalando á los guardias, que con el fusil por cabecera dormían como unos benditos en los bancos y trasfuego de la cocina, dijo:

—Ahí tenéis la caza: ahora yo, para que nadie pueda suponerme espía ni cómplice, me voy á dormir al pajar.

El Palomo y su gente avanzaron, carabina en mano, hasta cerca del hogar, y colocándose un voluntario junto á cada guardia, les apuntaron á boca de jarro y los despertaron bruscamente. Fenomenal fué el susto que recibieron los ci-

viles al abrir los ojos; pero á ninguno de ellos se le ocurrió moverse ni hacer resistencia.

—Sois prisioneros de guerra—exclamó el Palomo;—pero no temáis, no se os hará el menor daño. ¿Dónde está el teniente?

Estupefactos los guardias miraron al sargento y permanecieron mudos.

—¡Recuerdo! ¿Dónde está el teniente?—preguntó de nuevo el Palomo airado y esforzando la voz.

Como sabemos, Rafael no podía conciliar el sueño y, aunque la sorpresa se hizo con el mayor silencio posible, no dejó de advertir el teniente ruidos insólitos y á aquellas horas inexplicables, por lo que comenzó á gritar desde su cuarto:

—Sargento, ¿qué ocurre?

—Silencio todos—dijo el Palomo en voz baja, y desarmados y presos los guardias, corrió con el Chiquito y otro voluntario al cuarto del teniente y penetró de improviso en la habitación.

—¿Quién va ahí?—preguntó el teniente.

—Nosotros—contestó el Palomo encendiendo un fósforo y amenazándole con el revólver.

—¡Los carlistas!—exclamó el teniente pálido de asombro y de miedo.

—Los mismos; queda usted prisionero. Muchachos, recoged esas baratijas—añadió el Palomo señalando la espada y el revólver que sobre una mesa estaban—y que se quede el Chiquito con el señor teniente á hacerle guardia de honor, porque supongo querrá vestirse.

—¡Usted había de ser, D. Rodrigo!—exclamó el teniente fijándose en la voz y facciones del Palomo.

Al oír éste su nombre volvió precipitadamente, encendió otro fósforo, lo aplicó á las facciones del teniente, y dijo:

—¡Zambomba! ¿Tú mandando esta fuerza, Rafael?

—Veas lo que son las cosas; si hubiera sabido que tú eras el comandante de estos guardias, no los sorprendo; pero á lo hecho, pecho.

—Nada hay perdido, D. Rodrigo; aún está usted á tiempo de hacerme un gran favor. Devuelva usted los fusiles á los guardias que hay en la cocina; déjenos á todos en libertad, y prometemos á usted no meternos con su partida.

—¿Estás loco, muchacho? ¿Qué idea tienes tú del deber y del honor militar?

—¡Como las fuerzas que usted manda son irregulares!

—Calla, joven, calla, que yo me encargo de regularizarlas, para que no te avergüences de venirte con nosotros, y entretanto no tengo más remedio que consideraros á todos como prisioneros de guerra y presentaros al general Marco.

—No quiero insistir porque conozco á usted, y sé que lo hará como lo dice; pero evitemos al menos el derramamiento inútil de sangre. Que venga el sargento.

—Llama al sargento de parte del teniente, muchacho—dijo el Palomo dirigiéndose á uno

de los suyos,—y que traigan una luz para que nos veamos.

—No se hizo esperar el sargento: presentóse ante su teniente cabizbajo, sin atreverse á levantar los ojos del suelo, y como si hubiera cometido algún crimen vergonzoso.

—Sargento—dijo el teniente,—levante usted esa cabeza, que no tenemos nosotros la culpa de la sorpresa, sino el brigadier gobernador que, conociendo el número de las fuerzas enemigas en campaña, envía 24 guardias civiles al mata-dero. Al alcalde de este pueblo será preciso ajustarle también las cuentas, por no haber colocado los centinelas consabidos.

—Nada de eso, Rafael—dijo el Palomo:—primeramente he sorprendido tu avanzada, después á esos centinelas paisanos, luego á vosotros, y á estas horas estarán en poder de mis voluntarios todos los demás guardias.

—Eso será lo que tase un sastre—añadió el sargento,—y advierto á mi teniente que aun disponemos de 19 hombres armados, colocados en buenas posiciones...

—Sí, ¡cuerno!, en la horizontal...

—Que pueden resistir y capitular con honra.

—Se equivoca usted, sargento—replicó el Palomo:—todos, y de uno en uno, han caído en la ratonera; pero, como me sobran hombres y me faltan armas y municiones, no tengo inconveniente de libertar á todos ustedes, menos al teniente, apoderándome sólo del material de guerra.

—¡Qué vergüenza!—decía el sargento retorciéndose el mostacho.—No podemos consentirlo, mi teniente; daremos por usted hasta la última gota de sangre.

—Gracias, sargento; pero todo es inútil. Lo que interesa ahora es que los guardias no se empeñen en una lucha desesperada que les costaría la vida sin honra ni provecho.

—No se empeñarán, Rafael, no se empeñarán, ¡zambomba! Te lo aseguro.

—Sargento, acompañe usted á este señor á los alojamientos de los guardias, y dígales usted de mi parte que se rindan.

—No hace falta, ¡zambomba!, no hace falta—dijo el Palomo;—pero vamos, y hasta luego. Rafael, de ti yo me encargo; no pases pena, ¡zambomba!

El Palomo dió un apretón de manos verdaderamente cariñoso á Rafael, al que correspondió éste emocionado, pero sin rabia, mientras decía:

—Ciertamente, no esperaba yo caer prisionero en tan buenas manos.

Quedó el teniente custodiado por el Chiquito, salieron el Palomo y el sargento, y un cuarto de hora después todos los guardias estaban despiertos, desarmados y en libertad.

El verse prisionero de guerra no preocupó tanto á Rafael como la imposibilidad de celebrar con su prima la entrevista concertada. Custodiado trabuco en mano por el Chiquito, aunque tenía orden de no molestar al teniente en lo más mínimo, paseábase nervioso é impaciente el

prisionero por su cárcel, con el pensamiento fijo en su prima y sin saber cómo componérselas para enterarla de lo ocurrido. Eran las tres de la madrugada; reinaba en el caserón profundo silencio como en circunstancias normales á estas horas; los moradores de la casa permanecían encerrados en sus aposentos respectivos, no por desconocer lo que ocurría, sino para que nunca se les pudiera acusar de complicidad con la partida carlista. El centinela del teniente continuaba silencioso y pensativo en el umbral del cuarto y apoyado en su enorme trabuco. Rafael, desesperado, daba vueltas en su jaula sin atreverse á tomar resolución alguna. Presentía que el Palomo le haría marchar antes de que se hiciese de día, y la sola idea de dejar aquella casa sin hablar con su prima, ni aun verla, le ponía nervioso y casi frenético. Para que así no sucediera, con su ligereza habitual cambiaba de intención y de proyectos cada minuto. Pensó primero en pedir permiso al centinela para salir del cuarto; pero el temor y la deshonra de una negativa anudaron la voz en su garganta. Llamó después, á gritos y por sus nombres, á los guardias alojados en casa del señor Francisco, prisioneros, como él, á la sazón, pero los carlistas que los custodiaban impidieron que acudieran al llamamiento de su jefe. Colgada de un clavo en la pared del cuarto vió entonces la guitarra que él creía en la cocina, y como el español cuando canta sus penas espanta, y añaden algunos, ó

rabia ó no tiene blanca, para espantar sus penas, más ó menos rabioso y con su volubilidad característica, descolgó el instrumento, templó á medias sus cuerdas y se puso á tañer una malagueña, con gran contentamiento de los voluntarios centinelas y aun de los prisioneros, que se aburrían ya de aquel silencio inquietante y del retardo de la fuerza carlista. La música y la primera canción que Rafael soltó á pulmón pleno alborotaron la casa de tal modo, que, temiendo el Chiquito que se malograra la sorpresa con tan inesperada música, entró en el cuarto y dijo á Rafael que la *consiña* no le permitía dejarle tocar y cantar. Calló el teniente, y malhumorado colgó de nuevo la guitarra, resignándose á esperar el regreso del Palomo para satisfacer su anhelo creciente.

Entretanto, impresionada Maria con el inesperado encuentro, y discurriendo si sería más discreto callar ó decir al señor Francisco el parentesco que tenía con el teniente, daba vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño, y esperaba impaciente la nueva aurora para levantarse y celebrar la concertada entrevista con su primo; oyó perfectamente los ruidos producidos por los carlistas cuando sorprendieron y desarmaron á los guardias, escuchó con ansiedad creciente á fin de poner en claro lo que pasaba, parecióle reconocer la voz del Palomo entre las distintas que cautelosas llegaron á su oído, como entre sueños y á lo lejos oyó también los acordes de la guitarra, y no pudiendo con-

tenerse más, se vistió precipitadamente y bajó á la cocina.

Al divisar las boinas de los que custodiaban á los guardias, le asaltó la terrible idea de si su primo habría sido víctima de los carlistas; se le oprimió el corazón, y sin darse cuenta de lo que hacía, gritó con pasmo:

—¡Rafael! ¡Rafael!

Éste oyó el grito y se lanzó á la puerta de su cárcel, contestando:

—¡María! ¡María!

Quiso salir, pero al mismo tiempo cruzóse el Chiquito, con su inseparable trabuco entre manos, para impedirle la supuesta fuga, pero María voló precipitadamente á su encuentro.

Estupefacto el centinela ante la aparición de tan graciosa joven, retiró el trabuco y dejó entrar á María en el aposento de Rafael, cayendo aquélla en los brazos de éste, gritando:

—¡Creí que te habían muerto!

—No, María, no; aun vivo para ti—contestaba Rafael estrechando á su prima entre sus brazos, loco de contento.—Prisionero y todo, soy el más feliz de los hombres... Tanto tiempo sin verte... tanto tiempo sin saber nada de ti... no sé cómo vivo.

—¡Yo sí que he padecido, Rafael! Escribiéndote con frecuencia, y tú sin contestarme nunca...

—¿De veras me has escrito? Pues no he recibido ninguna de tus cartas.

—Entonces las secuestraba mi padre, que

está irradísimo contigo, por no prestarte á seguir su bandera.

—Ya lo sé, María, ya lo sé; pero eso es imposible. Conoces mis opiniones y las de mi difunto padre, y yo no haré nunca traición á la fe jurada.

—No, eso no: tú juraste la monarquía de Isabel II, y esta señora ya no ocupa el trono. Vente con mi padre y así nos veremos todos los días.

—Imposible, María, imposible: yo soy liberal, defendiendo las ideas de mi padre, y ¿quién sabe si de esta manera podré algún día salvar al tuyo?

—¡Bonita situación la tuya para salvar á nadie! ¿Y á ti quién te salva?

—¡Quién! D. Rodrigo. Nunca pude yo imaginar que caería en sus manos, cuando le conocí en tu casa.

—¿Pero te ha prometido ponerte en libertad?

—Al contrario, se empeña en presentarme prisionero á su cabecilla Marco.

—Al general Marco querrás decir.

—Bueno, como tú quieras. Marco y D. Rodrigo, cabecillas ó generales, son dos caballeros incapaces de hacer daño á nadie por el gusto de hacerlo, y en su poder estaré tranquilo...

—Ya lo creo, como si cayeras en poder de mi padre...

—¿También está en armas mi tío Ramón?

—Pero hombre, ¿crees tú capaz á mi padre de renunciar de un golpe á las ilusiones de su vida entera?

—Claro que no; pero como á la fuerza ahorcan, y los años y los achaques...

—Ahí tienes á D. Rodrigo.

—Le he visto tan campante y tan valiente como si tuviera 20 años. ¿Pero qué haces tú en esta casa? ¿Quién te ha traído? ¿Realmente eres sobrina del señor Francisco? ¿Dónde has vivido durante el tiempo que no he sabido de ti?

—Mira, todo eso es muy largo de contar, y en estos momentos me interesa más que todo tu suerte.

—Soy prisionero del Palomo, y hará conmigo lo que tenga por conveniente.

—Yo respondo, no temas; pero el mejor arreglo de todo esto está reducido á que te vengas con armas y bagajes al campo carlista.

—¡Qué disparate!

—De lo contrario te expones á matar á tu tío ó á que mi padre te mate á ti.

—Dios querrá que así no suceda.

—Cualquiera de las dos cosas ocasionaría irremisiblemente mi muerte. Conque créeme, Rafael: si me quieres como dices, haz el sacrificio de no defender con las armas tus ideas políticas y yo te sacrificaré mi vida entera. No quiero tu deshonra militar como prisionero ni aun como liberal; pero, ¿por qué no pides la absoluta?

—¡Dejar la carrera al empezarla, María! ¿Tú sabes lo que me pides? Y dejarla cuando comienza la guerra, exponiéndome á que me lo echen en cara, asegurando que me retiré por miedo. No, María, no, no puede ser.

—Entonces tú no me quieres como yo te quiero. Por ti lo sacrificaría yo todo, daría mi vida por salvarte del más pequeño peligro, me encerraría para siempre en un convento, si de ello te pudiera resultar algún beneficio...

María no pudo contenerse y dejó correr las lágrimas en silencio.

—Por Dios, María, no llores, que tus lágrimas me derriten el alma.

—¿Pero no comprendes que la guerra nos ha de separar para siempre y tal vez imposibilite en absoluto nuestro matrimonio? Antes de empezar, ya hemos pasado muchos meses sin saber nada el uno del otro; acaban de romperse las hostilidades y ya te encuentras prisionero, aunque por fortuna en poder de un amigo. Has caído sin lucha; pero ¿y si la hubiera habido y en la refriega te matan? Rafael, esto no es vivir; de rodillas te lo pido, vente con nosotros, ó por lo menos apenas estés libre pide la absoluta.

—No puede ser, María, no puede ser.

—¿Por qué no?

—¿Y el honor militar?

—¡Qué honor ni qué calabazas! Pide la absoluta, pídelas, porque si no me moriré yo de miedo por ti, me moriré sólo de pensar en que pueden matarte, me moriré de no verte ni saber tu paradero... Si me quieres de veras, retírate, deja la carrera militar, que ancha es Castilla, y todas las profesiones son honrosas y más lucrativas muchas.

—Bueno, María, consultaré el caso con tu

padre y mi tío, apenas me lleven á su presencia.

—¿Pero me das palabra...?

—Veremos, veremos.

Como fácilmente se cree lo que se anhela, comprendió María que había ganado la partida, lo dió por hecho, y puede suponer el lector las expansiones amorosas á que se entregaron los novios con tan feliz acuerdo tácito. Uno y otro llegaron á olvidar las circunstancias y casa en que se encontraban, paseándose por los idílicos espacios del pensamiento juvenil y enamorado, cuando de improviso se presentó el Palomo en la habitación diciendo:

—A la orden, mi teniente: parece que aprovechamos el tiempo, y Dios los cría y ellos se juntan.

—Perdone usted, D. Rodrigo: de entre las dos sorpresas, la de caer prisionero en manos de usted y la de encontrar aquí á mi prima, después de tanto tiempo sin noticias suyas, merece mi preferencia la segunda, y si ha contribuído á ello, casi bendigo la primera.

—Es natural, Rafael, es natural: también yo celebro ambas, y tampoco he perdido el tiempo. Ya está toda tu gente prisionera y desarmada. ¡Menudo susto que se han llevado los pobres guardias!

—¡Ay, D. Rodrigo, D. Rodrigo, qué ha hecho usted! ¡Coger prisionero á mi primo! No se lo perdonaré nunca.

—Calla, tonta, es un modo como otro cualquiera de ponerlo en tu poder, y más es prisio-

nero tuyo que mío. No pases, pues, pena ninguna, que no ha de sucederle nada malo. Lo chusco será ver la cara que ponga tu padre cuando le presente á su sobrino atado de pies y manos.

—¿Qué, se lo va usted á llevar, D. Rodrigo?

—Sí, hija mía, sí; ahora mismo... se entiende, si tú no dispones otra cosa.

—Dispongo, pues, que lo ponga inmediatamente en libertad, como ha hecho usted con los guardias y el sargento.

—Pues ya estás complacida, chiquilla: quedas en libertad, Rafael; pero como supongo que no has de querer comprometerme en tonto con mis superiores, fingiremos que vienes conmigo prisionero, haces en mi compañía una visita á don Manuel Marco y á tu tío, que probablemente estarán en Cantavieja, y aquí no ha pasado nada.

—Tiene usted razón: no me perdonaría nunca haber comprometido á un hombre como usted que tan caballerosamente se porta conmigo. Marchemos cuando usted guste.

—Perfectamente, ¡zambomba!, y mientras doy las órdenes al efecto, charla y despídete de María cuanto quieras, y hasta luego.

Motivos tenía el Palomo para enorgullecerse de su primer hecho de armas en la guerra civil última, y satisfecho estaba en efecto, pues sorprender y desarmar á 24 guardias civiles sin derramar una gota de sangre ni disparar un tiro, no es empresa ordinaria y frecuente.

Tan satisfecha ó más que el jefe, estaba la partida del Palomo, compuesta de jóvenes tan

entusiastas como bisoños, que custodiando á los guardias en la plaza del pueblo, esperaban el regreso y las órdenes de su jefe.

—Muchachos—dijo éste al incorporarse á su gente:—dejad en libertad á los guardias para que ellos mismos cuenten en la capital vuestra primera hazaña. Si alguno quiere incorporarse al ejército de la legitimidad, que lo diga y se quede. Los demás pueden despedirse de su teniente, si gustan, que se viene conmigo prisionero, y continúa en su alojamiento en casa del señor Francisco.

Y dirigiéndose á sus voluntarios, añadió:

—Vosotros á descansar y almorzar, y dentro de media hora todos en marcha.

Dos guardias únicamente se incorporaron á la fuerza carlista; los demás, cariacontecidos y avergonzados, se presentaron en el alojamiento de su teniente, y con lágrimas en los ojos despidiéronse de su jefe para volver á la capital vecina, de donde habían salido el día anterior; dispersóse la fuerza carlista por el pueblo, aporreando las puertas cerradas, pues la alarma y el ruido habían despertado á no pocos vecinos que comentaban los sucesos de aquella noche, aunque comenzaba sólo á apuntar el día; pero la taberna y la aguardentería fueron las primeras que se llenaron de voluntarios carlistas, afanosos por *matar el gusano*, como dicen los trabajadores, con copas de aguardiente y tragos de vino.

También en casa del señor Francisco habían

cesado los temores y la farsa. Salieron sus moradores de sus respectivas alcobas, como si nada supieran de lo ocurrido; se enteró el señor Francisco, con alegría grande, de la sorpresa; hizo preparar el almuerzo para el Palomo, el teniente y cuatro carlistas más que acompañaban á su jefe, y la señora Teresa, carlista tan entusiasta como su marido, quiso celebrar el acontecimiento destrozando un pernil y mandando á su hijo que llenase las botas de los carlistas del mejor vino que había en la bodega.

Despedidos los guardias, Fernando y el teniente eran los únicos que no participaban de la alegría general. En la hermosa faz de María leíase también, no disgusto, pues el inesperado encuentro con su primo y novio, y el feliz éxito de la sorpresa, satisfacían completamente sus anhelos; pero sí preocupación honda, hija del porvenir incierto.

El estado de ánimo del teniente se explica: el encuentro de su adorada quizá fuese unido á la pérdida de su carrera militar.

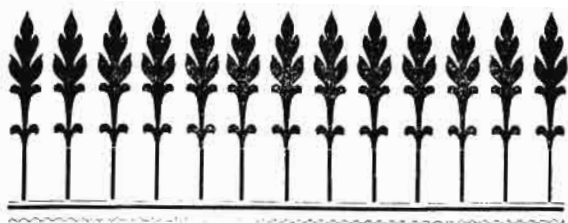
Fernando, carlista tan entusiasta como sus padres por lo menos, pero por su edad y temperamento más expansivo que los viejos, callaba, no obstante, muy serio, y, sin darse cuenta de ello, sentía opresión cardíaca y anhelos respiratorios, hijos de las circunstancias. En toda la noche pudo conciliar el sueño, porque la imagen de su prima supuesta no se apartaba un momento de su mente, contemplándola en su fantasía más hermosa que un ángel y más digna de ser

amada que todas las mujeres que había visto y tratado hasta la fecha. Profundísimamente le había impresionado la belleza de María: sus gracias, sus modales, su sonrisa, todo, en fin, le parecía más agradable y hermoso que cuanto su juvenil y fogosa imaginación había soñado en la tierra. Con preocupación tan honda casi no se enteró de la sorpresa llevada aquella noche á cabo por el Palomo. Al levantarse, ante la sola idea de ver de nuevo á María, inundábase de gozo su alma. Entró en la cocina, la buscó ansioso con la mirada por todos lados, y al encontrarse con las duras y tostadas facciones de los voluntarios carlistas, sentóse abatido y ensimismado en un rincón. La orden de su madre le sacó de sus cavilaciones, tomó las botas que le entregaban los carlistas, y se dispuso á servirles. Para bajar á la bodega tenía que pasar por la entreabierta puerta del cuarto que ocupaban en aquel momento Rafael y María, conversando como dos buenos y antiguos novios. Llegó á oídos de Fernando la voz dulcísima de María, se aproximó á la puerta, lanzó dentro una mirada, y la escena que contemplaron sus ojos le obligó á apoyarse en la pared para no caer en tierra como cuerpo muerto cae.

Rafael y María continuaban en la misma postura que al marcharse el Palomo. Sentados el uno junto al otro, cogidas las manos, mirándose dulcemente y de hito en hito, conversaban, no como buenos amigos, sino como antiguos novios.

Fernando sintió una especie de punzada agudísima en el corazón, algo así como intenso dolor moral y material á la vez que le oprimía y casi le ahogaba, y huyó de allí convencido de que aquellas relaciones y conocimiento no habían surgido de repente en casa de sus padres; supo después que no solamente eran primos hermanos, sino prometidos esposos además, y desde aquel instante comenzó para Fernando nueva vida y aspiraciones nuevas.





X



LAREABA ya el día, y caballeros en sendos caballos con equipos militares y luciendo cada cual su respectivo uniforme, de teniente de la guardia civil, pero sin armas, el uno, y de jefe carlista, que lo mismo podía ser general, el otro, por un mal camino carretero, caminaban al trote el Palomo y Rafael á la cabeza de un grupo de voluntarios carlistas que desordenadamente y alegres como unas castañuelas seguían detrás en pelotón y comentando á gritos los incidentes de aquella noche.

—Pero, hombre, Rafael, cuando te contaba mi vida y milagros guerreros, ¿te ocurrió que serías el primero que cayese en mis manos?

—Nunca, pero no ha sido mía la culpa, aunque yo la pague, sino de ese brigadier idiota que conocía el alzamiento de Marco y me envió al matadero con 24 guardias. Y gracias que he caído en poder de usted, D. Rodrigo.

—No quisiste creerme... y á estas horas serías capitán y te hubieses ahorrado este disgusto.

—Por nada del mundo hago yo traición á la causa de la libertad.

—Ya te irás convenciendo de que defendéis el libertinaje, ¡zambomba!: la verdadera libertad la defendemos nosotros.

—No me haga usted reír, que no está la Magdalena para tafetanes.

—Pero, hombre, ¿ni aun María ha podido convencerte? ¿Qué le has prometido?

—No lo sé: que sí, que no y qué me sé yo.

—De seguro, pues, que te lo ha pedido con lágrimas en los ojos.

—Mucho que sí; es la monomanía del padre y de la hija. Pero diga usted: ¿y qué hace mi prima en casa del señor Francisco?

—Espera que nuestro ministro de la Guerra, el general Elió, destine al padre á un punto ú otro para fijar su residencia la hija. Probablemente irá al Norte, porque la campaña del Centro y de Cataluña es demasiado expuesta y accidentada para viejos achacosos como tu tío el general Viciano, y en ese caso trasladaríamos á María á cualquiera de los pintorescos pueblecillos de la frontera francesa. Si lo destinasen

al Maestrazgo irá á Valencia, y si á Cataluña, á Barcelona; pero entretanto, en casa del señor Francisco queda tan segura ó más que en su propia casa, pues en Barrioviejo hubiera sido perseguida por el delito enorme de ser hija de su padre, como en la guerra de los siete años fué fusilada la madre de Cabrera por el crimen de haberle dado á luz.

—Horrores de las guerras civiles.

—Y lo más estupendo del caso es que ese hombre, ídolo que ha sido de los carlistas, por rencores y vanidades personales, borra de una plumada toda su brillante historia de guerrillero y se va con los asesinos de su madre.

—El ambiente de la libertad y de la cultura inglesa creo que han hecho el milagro.

—Te equivocas, Rafael, te equivocas: Cabrera fué siempre apasionado, y la pasión ciega. Y el caso es que los mismos que utilizan hoy su traición y lo llevan á la Guía Oficial con los títulos de conde de Morella y capitán general de los ejércitos liberales, al mismo que llamaban antes *tigre del Maestrazgo*, serán los primeros que se burlen de nuestro héroe, pues al traidor se le utiliza primero y se le pisotea ó se le fusila después.

—Duro está usted, D. Rodrigo, con su antiguo general.

—¡Zambomba! Le hago justicia, y me avergüenzo de haber sido su admirador y hasta su amigo.

—Y mi tío, ¿en dónde está?

—Supongo que en Cantavieja con el general Marco.

—¿Le veremos?

—Claro que sí.

—Cómo se va á reir de todo aquello del *pun-donor militar* de su sobrino, aunque nadie más que él tiene la culpa por haberme aconsejado el pase á la guardia civil.

—Nos han engañado, ¡cuerno!: creíamos contar con la mayor parte de la benemérita.

—¡Buenas y gordas! La benemérita, como las demás armas, piensa en los ascensos y no en hacer el Quijote por cerros y barrancos en provecho de un ideal que no ha de triunfar nunca en España, porque los ríos no retroceden á su fuente, y eso quieren ustedes, que regresemos al absolutismo en pleno siglo XIX.

—No digas tonterías, Rafael, los verdaderos absolutistas sois vosotros: no conozco ningún liberal que no sea un déspota, por lo menos en eso de querer hacer tragar la libertad liberal, que no es la verdadera libertad, á tiro limpio.

—Hay que redimir á cañonazos á los pueblos obscurantistas, fanáticos y servilones.

—¿Lo ves? Tú mismo me proporcionas la prueba de mi aserto. Por eso los españoles de raza, las personas sensatas y expertas, en cuanto oyen gritar ¡viva la libertad!, atrancan la puerta.

—Vaya, vaya, mi buen amigo guerrillero, aunque usted no quiera, por haberme cogido prisionero, tengo yo por fuerza que gritar ¡viva mi libertad!

—Esa es una verdad como un templo.

—Y diga usted, D. Rodrigo, cuando lleguemos á Cantavieja, ¿qué harán aquellos señores *cabecillas* conmigo?

—Demostrarte que son más caballeros y más *generales* que los tuyos, pues cuando se conenzan de que insistes en no venir con nosotros, ni por tu segundo padre, ni por tu novia y prima, te dejarán en libertad para que te ahorques del árbol que gustes.

—Ahorcarme no, pero emular á usted en ha-
zañas sí.

—Has de volver á nacer para que practiques como yo la guerra de guerrillas.

—¿Pero estuvo usted en el Colegio de infantería?

—¡Zambomba! Ni en el de caballería tampoco, lo cual no ha sido obstáculo para que, en ciertas ocasiones críticas, diera lecciones á los cagatintas de Academia. Oye lo que me pasó en Francia en mi primera emigración al terminar la guerra de los siete años. Desarmaron á los soldados al cruzar la frontera; pero nos permitieron á los oficiales el uso del uniforme y de la espada, hasta que pudiéramos proporcionarnos trajes de paisano. En cierta reunión, un francés llamó *cobardes* á las carlistas que no quisimos acogernos al convenio de Vergara, y emigramos á Francia. Me levanté y le dije que *mentía como un bellaco*; me desafió, rechacé el duelo por prohibírmelo mi religión, pero le dí á entender que estaba dispuesto á romperle el

alma sin padrinos ni comedias, á cuyo efecto le cogí del brazo, diciéndole:

—Vamos, hombre, á la calle, y verá usted si los emigrados españoles son valientes ó cobardes. Salimos, desenvainamos las espadas, nos pusimos en guardia, y, con ó sin arte, lo ignoro, pues no he aprendido la esgrima en Academia militar alguna, es lo cierto que al primer asalto le arranqué una de las cruces que el francés lucía en su pecho; al segundo otra, y al tercero la restante, dejándolo más limpio que una patena. Bramaba mi hombre de coraje, me arrojé sobre él, le arranqué la espada y le mandé retirarse, si no quería dejar también la vida en mis manos. Recogí las tres cruces y la espada del oficial francés, presentándome con ellas á su coronel; le conté lo ocurrido, en prueba de lo cual le entregué las tres cruces y la espada, y aquella lección fué más que suficiente para que no se volviera á poner en duda el valor y la pericia de los carlistas españoles, ni emigrados ni por emigrar (1). ¡Zambomba!, los carlistas somos así.

(1) EPISODIO CARLISTA.—«Era á raíz de la guerra civil. Uno de los oficiales que se había batido en las Vascongadas y estaba en Francia emigrado, oyó que un día, en una reunión, un capitán francés ponía en duda la bravura de los que en los ejércitos españoles habían luchado.

»Alzóse el bravo español y dijo al francés que no sabía lo que se decía, y que mentía por mitad de su barba.

»Respondió arrogante el francés, retándole á un duelo.

—Bravo, D. Rodrigo, bravo: yo no he puesto nunca en duda el valor de usted: lo preguntaba únicamente por saber si procede usted ó no del ejército.

—Procedo del ejército carlista, pues fuí cadete en la guerra pasada y aprendí, poco más ó menos, lo mismo que vosotros, con la diferencia de que la teoría de la mañana la ponía en práctica por la tarde.

En pintoresco desorden venían los voluntarios detrás de su jefe, de uno en uno ó por parejas, charlando y cantando, como pájaros retozones que saludan al sol naciente en la enramada y archisatisfechos de su primera hazaña.

»Y yo no sé cómo se lo diría el español en ajena lengua, pero le respondió despreciativamente que él no aceptaba duelos porque su religión se lo prohibía; pero que sin padrinos ni tonterías le quería romper el alma por lo más fino y taparle la boca para que jamás injuriase á los que valían mucho más que él.

»Y cogiéndole de un brazo, le dijo:

»—Venga usted, hombre, y veremos si pinchan con bravura los españoles...

»Y salieron y desenvainaron las espadas, y se pusieron en guardia, y manejó tan bien el español la suya, que al primer asalto le arrancó una de las cruces que el francés ostentaba sobre su pecho; al segundo, la segunda; al tercero, la tercera, y al cuarto le arrancó la espada; y mandándole despreciativamente retirarse si no quería perder la vida, recogió las tres cruces y la espada, y con ellas se fué al coronel, y contándole lo sucedido, le añadió:

»—Tenga usted las cruces y la espada, y advierta á sus oficiales y soldados que no insulten otra vez al valor de los voluntarios españoles.»

(El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús.)

Algunos colgaban la bota del saco que les servía de mochila, y como la habían llenado en Torrequemada hacían frecuentes altos, y daban cada beso á la bota que la pobrecilla se encogía de rubor.

Si entre los mozos de los lugares hay trovadores que improvisan canciones, más ó menos literarias, para *echárselas* á las mozas, también entre los jóvenes voluntarios carlistas brotaban espontáneamente poetas guerreros que regocijaban á sus camaradas, suavizando las asperezas de las marchas. Uno de estos poetas populares cantó con voz excelente:

Viva Dios que nunca muere,
y si muere resucita.
Viva Carlos de Borbón
y su esposa Margarita.

—¡Bravo! ¡Bien!— gritaban los demás, que aprendieron en seguida la canción, y la cantaban y repetían una y otra vez á coro.

El voluntario poeta cantó de nuevo:

Dicen que viene Cucala
por los altos de Aragón,
y el Cucala que venía
era Alfonso de Borbón.

La nueva cuarteta fué repetida á coro por la partida, cuando topó con ella un arriero, de pobre aspecto y mirada inteligente, que con dos butros cargados de aceite, abadejo y arroz, se

separaba del camino para abrir paso á la tropa carlista.

El Palomo dejó á Rafael, se acercó al arriero haciéndose el desconocido, y llamándole en alta voz *buen hombre* y hablando quedo, dialogaron así:

—¿Hay novedad, Pericón?

—Sí, señor: ha salido de Teruel una columna para Barrionuevo.

—¡Zambomba! ¿Y quién la manda?

—Perruca.

—¿Muy fuerte?

—Unos 300 hombres de todo pelaje.

—Se figurará que pienso hacer la guerra en mi pueblo.

—Si va á Barrionuevo, le sacará usted mucha ventaja.

—¿Nada más?

—Eso solamente.

—Vuélvete y mucho ojo, porque esta noche sabrán en la capital la sorpresa de los guardias y saldrán todos á mi alcance.

—Y si ocurre algo, ¿adónde aviso?

—Si nos dejan, pienso dormir en la venta del Coscojar.

—Conformes y á la orden, mi coronel.

—Adiós, Pericón—dijo el Palomo dando un duro al confidente con cariñoso y fuerte apretón de mano.

Regresó al camino el Palomo, dió la orden de forzar la marcha, pusieron los caballos al trote, y preguntó Rafael:

—¿Que hay moros en la costa, D. Rodrigo?

—Tú lo has dicho, porque los liberales son peores que moros: al menos éstos creen en Dios y en Mahoma, su profeta; pero vosotros sois todos perros judíos.

—De todo hay en la viña del Señor; pero ¿hay ó no hay peligro?

—No, hombre, no te asustes; por mucho que corran no nos darán alcance, y podremos dormir tranquilos.

—Mal, pésima es mi situación; pero la pobre María... sola, fuera de su pueblo y de su familia... expuesta á que la atropelle alguna partida volante de nacionales.

—De María yo respondo: allí está como en un convento.

Olió algo la fuerza respecto á la proximidad del enemigo y apretaba el paso que era una delicia, cantando y temiendo á la vez; el Palomo y Rafael picaban espuelas á sus respectivos caballos, y entre temores y altiveces, charla charlando los jefes y canta cantando los voluntarios, llegaron á mediodía á un pueblecillo; el Palomo dió á su gente media hora para comer, recibió nuevas confiancias y salieron pitando y burlando siempre, con su ligereza y conocimiento del país, á las columnas que le perseguían en combinación y le picaban la retaguardia, intentando darle alcance por ambos flancos.

Cuando los 24 guardías civiles, sorprendidos y desarmados, con su sargento á la cabeza, entraron en Teruel, la indignación de aquella re-

publicana ciudad contra el Palomo, y sobre todo del comandante de la guardia civil señor Fontana, no tuvo límites. Tímidamente se atrevía alguno que otro á elogiar la conducta caballerosa del Palomo por haberse contentado con desarmar á los guardias, poniéndolos en libertad inmediatamente; pero el clamoreo contra el cabecilla, tan apasionado como injusto, y los insultos contra los carlistas fueron tan soeces y estupendos, que resultaba, hasta peligroso inclusive, en aquella plaza, hacer justicia á las fuerzas carlistas.

Sin pérdida de momento se organizó una columna, fuerte de unos 500 hombres, compuesta de infantería, caballería y unos 200 guardias civiles concentrados en la capital; se dió el mando de aquella fuerza al Sr. Fontana, y marchó en persecución del Palomo, no sin tomar antes la previsorá medida de no dejar salir absolutamente á nadie de Teruel, ciudad á la sazón cerrada, desde dos horas antes de haberse dado la orden de improvisar la columna hasta veinticuatro horas después de su marcha; de manera que el confidente Pericón no pudo dar el prometido aviso, y el Palomo, que conocía al detalle los movimientos de las demás, sobre todo la de Perruca, que le picaba los talones, nada supo de la existencia y dirección de la columna Fontana.

Burló hábilmente á sus perseguidores conocidos, les sacó más de una jornada de ventaja, y al anocheecer llegó con su partida, muerta de

cansancio pero intacta, á la venta del Coscojar, en el término de Used. Cenaron, puso centinelas en los cabezos próximos y á dormir todo el mundo, que era preciso madrugar para no perder la ventaja obtenida en aquel penoso día de marcha. El Palomo inspiraba á su gente confianza omnímota, los montañeses le tenían por un genio superior, y todos le apreciaban y temían á la vez. De modo que la gente se acomodó como pudo por aquellas cuadras y pajares, y durmió á pierna suelta, recobrando las fuerzas y el valor perdidos el día anterior.

Se tocó diana al amanecer, y almorzando con tanta tranquilidad como apetito estaban, para proseguir inmediatamente la marcha, cuando corrieron á la venta los centinelas avanzados anunciando que se les venía encima una columna, fraccionada en pelotones, que les cerraba todos los caminos y avanzaba como sitiando la venta. No quería creerlo D. Rodrigo, pero se asomó á la ventana más alta de la venta y comprendió en seguida que él, con un puñado de bisoños y el enemigo con caballería bien pertrechada, huir de la venta era lo mismo que llevar su partida al matadero, y como para enarbolar bandera blanca siempre estaba á tiempo, bajó á escape al patio, mandó cerrar y atrancar bien todas las puertas del edificio, arengó á su gente enardeciendo á los voluntarios, los distribuyó estratégicamente por todos los agujeros de la venta, puertas, ventanas y aspilleras improvisadas, y la columna Fontana, que no era

otra la que sorprendió al Palomo en la venta del Coscojar, rompió simultáneamente por todos lados el fuego contra el improvisado fuerte.

Horroroso era el estrago que los trabucos carlistas, disparados casi á quemarropa, producían en las filas liberales. Cumplían también con su deber las pocas carabinas de la partida, manejadas por certeros tiradores y disparándolas preferentemente contra los galones de la columna enemiga. El mismo Palomo tomaba á veces un fusil, y con delectación morosa tumbaba desde su aspillera al primer enemigo que se atrevía á ponerse á tiro. Había que ver á aquel viejo, de unos 54 años, cetrino, rugoso, manajo de nervios, con los pelos del bigote de punta, encendidos los ojos, soltando sapos y culebras por aquella boca, recorriendo la venta de arriba abajo, inspeccionándolo todo, dando incesantes órdenes, infundiendo su temerario arrojo á los pusilánimes, aplaudiendo á los valientes, cambiando de táctica al menor golpe que se oía en una puerta ó ruido en los tejados, repartiendo pólvora y aguardiente entre los voluntarios, y hecho una fierecica, en suma, durante la refriega.

El pobre Rafael, más muerto que vivo á causa de emociones tan intensas como frecuentes y opuestas, dada la crítica situación que le colocaba entre dos fuegos, sin derecho para intervenir en la acción por ninguno de los combatientes, se refugió en la cocina junto á la lumbre, y allí se entretuvo con las aterrorizadas

mujeres de la venta, lamentándose de la guerra y sangre que se derramaba entre hermanos.

Pasó por allí el Palomo en busca de un cuchillo, y Rafael se atrevió á decirle:

—Esto es una temeridad horrenda, D. Rodrigo: enarbole usted bandera blanca y no derramen ustedes sangre española inútilmente.

—Calla, mocoso—contestó el guerrillero sin torcer el paso ni volver la cabeza;—¿qué entiendes tú de defensas ni de trabucos?

Continuó el fuego todo el día, corriendo sangre abundante entre los sitiadores y sufriendo algunas heridas leves los sitiados; heroicamente rechazaron éstos tres asaltos de aquéllos; se vino la noche encima, y hacia las nueve confirió el Palomo con sus oficiales Aparicio, Martínez y Sanz; convinieron en que la columna Perruca, que habían dejado á retaguardia, llegaría aquella noche á reforzar á la columna Fontana; acordaron jugarse el todo por el todo, abrieron un boquete en la pared exterior de la venta, opuesta á las puertas de entrada; Aparicio y Sanz, con algunos voluntarios animosos y protegidos por la obscuridad de la noche, hicieron varias salidas por dichas puertas, dispersando con descargas á quemarropa á las desprevenidas fuerzas de Fontana, y aprovechando esta coyuntura salieron de la venta del Coscojar, unos por las puertas y otros por el boquete, el Palomo y sus voluntarios, á excepción de unos treinta que, heridos éstos, muertos de cansancio aquéllos y todos sin el valor necesario para

arrostrar nuevos y mortales peligros, resignáronse á caer prisioneros, se metieron en la cocina con Rafael y se agruparon en torno del teniente para que los amparase.

Fontana, con su fuerza, se apoderó inmediatamente de la venta, y puede suponer el lector la alegría con que, llamándole su salvador, se arrojó el teniente Viciano en los brazos de su comandante Fontana. Correspondió éste con alguna frialdad diciéndole que no tenía más remedio que sumariarle, y entretanto el Palomo y los suyos huían dispersos poniéndose fuera del alcance de los liberales, y reuniéndose á pocas leguas del Coscojar (1). Aparicio y Sanz advirtieron que su jefe el Palomo llevaba la mano izquierda vendada con un pañuelo blanco.

—¿Qué es eso, mi coronel?—le preguntaron.

—Nada, un balazo que recibí en este dedo pulgar.

—Hay que curarlo inmediatamente.

—Ya está, muchachos, ya está.

—¡Cómo! ¿Y quién ha curado á usted, D. Rodrigo?

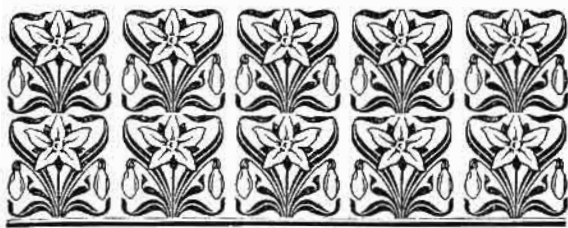
—Yo mismo en la venta: llevaba el dedo colgando, bajé á la cocina, tomé un cuchillo, corté el dedo de un tajo, me puse unos granos de pólvora en la herida, les pegué fuego y ya está cicatrizada.

El asombro que les produjo tan *delicada*

(1) V. Pirala. *Historia Contemporánea. Segunda parte de la guerra civil*, tomo III, páginas 45 y 46.

manera de curarse no les permitió articular palabra; pero de aquel y de otros casos análogos nacía precisamente el concepto altísimo que los carlistas tenían de su guerrillero el Palomo y la confianza omnímoda que les inspiraba su presencia.





XI



RECOGIÓ á los dispersos, curó á los heridos, admitiendo en filas nuevos voluntarios, en el camino repuso con exceso las bajas sufridas en la venta del Coscojar, y con aires más de victorioso que de vencido llegó á Cantavieja, cuartel general de Marco, donde le esperaba con impaciencia grande su camarada y amigo D. Ramón Viciano, quien nada había vuelto á saber de su hija.

El estado mayor general del carlismo aragonés celebró, regocijado, más aún la heroica defensa del Coscojar que la hábil sorpresa de Torrequemada, y los viejos laureles del Palomo comenzaron á reverdecer en la tercera guerra civil con tanta lozanía como en la primera. Marco, sobre todo, no se cansaba de abrazarle y de felicitarle cordialmente; pero ni al guerrillero ni

al general se les ocurrió pensar en propuestas ni en ascensos, sino en organizar la gente y procurarse armas para mayores empresas.

A lo que pudieron dedicar tranquilamente quince días, aprovechando el estupor, incertidumbre, desconcierto é inacción que en la comandancia militar de la provincia produjeron el alzamiento carlista de Aragón, la sorpresa de Torrequemada y la defensa del Coscojar. Renúa al efecto D. Ramón Viciano condiciones excelentes: se le dió tan delicado encargo, y muy pronto los vecinos de Cantavieja pudieron admirar en la improvisada guarnición de la plaza la devoción grande con que diariamente, y en público, rezaban los voluntarios el santo Rosario y asistían á misa los días de precepto, justificando con estas piadosas prácticas su hermoso título de *defensores de la fe*; la facilidad con que aprendían el ejercicio, transformándose por arte mágica en verdaderos soldados, y el entusiasmo político que demostraban con sus vivas incesantes á Carlos VII y á las tradiciones patrias; pero faltaban oficiales y armamento, y á entrambas necesidades proveyó el general Marco, fundando en Cantavieja un colegio de cadetes, al frente del cual puso al guerrero farmacéutico de Zaragoza D. Joaquín Lacambra, y proporcionándose en Madrid cuantos fusiles y cartuchos pudo.

Entró el Palomo en el aposento de Marco, y al verle ceño fruncido y paseando á zancadas por la sala, le dijo:

—Parece, mi general, que preocupa á usted algo desagradable.

—Y tanto, Palomo, y tanto.

—¿Qué ocurre, si puede saberse?

—Pues nada, una friolera: que vamos á perder 400 fusiles comprados en Madrid por no saber allí cómo remitirlos, ni aquí cómo recogerlos.

—Pues muy sencillamente, ¡zambomba!

—Para ti todo es fácil.

—Y para usted también.

—Pero, ¿cómo?

—Remitiéndolos en el tren de Zaragoza; salimos á su encuentro, y nos apoderamos de ellos.

—Justito y cabal, á cuyo efecto los facturaremos... al demonio.

—Al demonio, no, señor; pero á un comerciante cualquiera, aunque imaginario, de Sigüenza, Calatayud ó Zaragoza, sí señor.

—Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería.

—Nada de sueños, D. Manuel, nada de sueños. ¿No salieron de Madrid, pasaron por Sigüenza y recogimos en Bente, cerca de Molina, los 100 fusiles que perdimos en Checa?

—Mucho que sí; por eso me preocupa la manera de no perder estos 400.

—¿Cómo?

—Se esconden desarmados entre los pliegues de piezas de paño ó de bayeta para uniformes, y poco á poco se remiten los fardos, bien facturados, desde Madrid á Sigüenza.

—¿Y quién los recoge y los arma?

—Francisco Sanz y Hernández (a) el Herrero de la Oficina.

—No está mal. ¿Y quién va por ellos?

—Cualquiera, yo mismo.

—Pero, ¿cómo, vamos á ver, cómo?

—¡Cuerno!, de la manera más sencilla, yendo á buscarlos al escondite del Herrero.

—Nada, nada, á ti no te enseñan los años; pintar como querer; para sastre no tendrías precio, pues para ti todo ha sido siempre coser y cantar.

—Piense usted, pues, otro medio mejor, y yo le ayudo como siempre y para todo.

—Pero Palomo de mis pecados, ¿cómo llegas á Sigüenza y te traes los fusiles, en el caso de que en la estación de Madrid los facturen, haciéndoles tomar gato por liebre, que pase el alijo y venga en el tren?

—Mire usted, D. Manuel, pone usted al efecto á mis órdenes 25 voluntarios de caballería, bien equipados y dispuestos, una compañía de infantería de las que ya tenemos organizadas y armadas y 400 infantes sin armas...

—¡Sin armas! ¡Qué disparate! No te conozco, Palomo, no te conozco; pero, ¿para qué los quieres sin armas?

—Pues para armarlos con los fusiles de Madrid y que cada uno se traiga su arma al hombro, ¡recuerno! Me dice usted el día y la hora, y lo demás de mi cuenta corre.

El general Marco reflexionaba en el estraté-

gico plan del Palomo con todo su cerebro y reía á la vez con boca chiquita. Comenzó por no parecerle tan disparatado el asunto como en la primera impresión; pensó después que el Palomo era capaz y muy capaz de llevarlo á feliz término, y que no disponía de otro para tan arriesgada empresa; no se habló más del asunto; vino Marzo ventoso, operó el Palomo entre Hervés y Zurita, y al llegar el día 3 á Tronchón recibió allí órdenes é instrucciones reservadas del general Marco y los hombres necesarios y convenidos, partiendo con ellos inmediatamente en dirección á la provincia de Guadalajara. Me consta que aquel inerme batallón estuvo el 4 en Villarluego, se detuvo del 5 al 9 en Cirujeda y prosiguió su marcha pasando el 10 por Son del Puerto, el 11 por Rubielos de la Cérída, el 12 por Blancas y entrando el 13 en la provincia de Guadalajara, donde en un corral de ganado ó paridera, término del Pobo, inmediaciones de Molina, tenía ocultos y montados ya los 400 fusiles Minié Francisco Sanz y Hernández (a) el Herrero de la Oficina, quien los puso á disposición del Palomo.

Armada ya toda la gente, y sin miedo á nadie ni á nada, se acabaron las precauciones minuciosas y las marchas aceleradas y nocturnas. Arrojaron desdeñosamente los garrotes, y con su amado fusil al hombro y abundantes municiones en el morral ó en la cartuchera, cada voluntario, incluso los más torpes y miedosos, se tenía por un Cid Campeador, dispuesto á menderarse cruda la morisma liberal entera.

El silencio de la ida convirti6se en charla y canciones continuas á la vuelta; pasaron el 14 por Tordellego y Alustante, y entraron el 15 en Torres cantando:

A la lid, voluntarios carlistas,
á la lid, á la lid, ¡voto va!
¡Guerra, guerra!, gritemos airados;
¡guerra, guerra!, que luego habrá paz.

No quiso el Palomo pasar por su pueblo sin detenerse un par de días, tanto para descanso de la tropa como para satisfacción legitima del guerrillero. Se le recibió en ambos Barrios con vuelo general de campanas, salieron á su encuentro los curas y los dos ayuntamientos, se alojaron las fuerzas en Barrioviejo y Barrionuevo, y de su peculio particular nuestro célebre guerrillero obsequió á sus voluntarios cuanto pudo, adiestrándolos durante aquellos dos días en ejercicios militares, manejo del fusil y tiro al blanco; y convidó á toda su oficialidad, á los curas, al ayuntamiento *carlista* de Barrioviejo y á ciertos serranos amigos y pudientes á una bien condimentada paella á la valenciana, que con tranquilidad y regocijo pasmosos comieron todos en el atrio de la hermosa Granja de don Ramón Viciano, bajo los retorcidos sarmientos de la parra, que á medio daba paso á los cálidos efluvios del sol, tan agradables aún en aquel mes y clima.

Más de 40 comensales colocáronse en torno

de las mesas, empeñándose todos en que el Palomo ocupase el puesto de honor, pero éste se negó rotundamente, exclamando:

—Yo me guardaré muy bien de topar con la Iglesia, ¡zambomba!, y haciendo dulce violencia al más viejo de los curas, que lo era el de Barrioviejo, lo colocó en el sillón presidencial y dijo, mirándole:

—*Benedicite*.

—*Deus*, etc...—contestó el cura.

—*Jube, Domine, benedicere*.

—*Mense*, etc...—añadió el señor cura, bendiciendo en latín la mesa.

Se sentaron todos sin orden ni etiqueta alguna; durante la comida, y más aún al servirse los postres con copas, café y tabacos, hizo alarde D. Rodrigo de su habitual buen humor y gracejo, y todo salió á la colada, sosteniendo preferentemente el diálogo los curas y el guerrillero.

—¿Estamos seguros, D. Rodrigo?

—Más que el Rey en Estella.

—¿No teme usted una sorpresa?

—¡Sorpresa! Entonces, ¡cuerno!, ¿para qué me sirven las confidencias del Mudo y Pericón? Tranquilícense ustedes, señores; en diez horas á la redonda no tenemos un cipayo ni un soldado republicanos.

—Pero, ¿cómo se atrevió usted á cruzar toda la provincia de Teruel y parte de la de Guadalupe (preguntó el cura de Barrioviejo) con la impedimenta de 400 hombres inermes?

—¡Zambomba! Pues porque conozco el terre-

no palmo á palmo, y mejor que yo lo conoce aún D. Joaquín Calvo, ese brillante oficial que ha querido acompañarme y que ahí tienen ustedes (el aludido saludó militarmente como dando las gracias á su querido jefe); porque dispongo en el país recorrido de numerosos confidentes, dispuestos, no á servir por la paga, sino á dar la vida por la Causa lo mismo que nosotros, confidentes que me precedían y seguían á derecha é izquierda de nuestro camino, enterándome al dedillo de los movimientos de las columnas enemigas, con las cuales no hubiera tenido más remedio que tropezar y aun trabar combate desigual sin estas precauciones, y porque el ejército no está muy dispuesto á batirse por la República y los voluntarios de la libertad huyen en todas partes como liebres.

—¡Hum!, ¡hum!—refunfuñaban el alcalde carlista de Barrioviejo y otros serranos.—¿Y la partida del Cuchillo... los cipayos... la guardia civil...?

—Mi táctica ha sido dormir de día en los pinares ó en las parideras y masadas, siempre que ha sido posible en despoblado, y caminar á marchas forzadas de noche, rehuyendo sistemáticamente la aproximación á los pueblos, y tomando toda clase de precauciones y de vigilancia para evitar una sorpresa. Valiéndome principalmente al efecto de los 25 caballos que llevo, durante las marchas nocturnas exigía á los ayuntamientos de las inmediaciones las vituallas necesarias para racionar mi gente; pero inspiramos tal

miedo á unos y son tan buenos amigos otros, que ni un solo alcalde nos ha hecho traición hasta la fecha avisando á las columnas republicanas. Añádase á esto, para un caso de apuro, que con mis tiradores y el Chiquito del Rebollar al frente y con oficiales tan diestros y valientes como los que me escuchan, el Palomo no ha tenido ni tendrá miedo á nadie.

—Y con jefes como D. Rodrigo—dijo uno de los capitanes—la victoria será siempre nuestra compañera.

—Cierto, cierto, muy bien—contestaron á coro los comensales.

—Vaya, señores, no hagamos aquí como en las misas mayores, donde el diácono incensa al preste, el subdiácono al diácono, el sacristán al diácono, y para que nadie salga de la iglesia sin incienso, acaba incensando al pueblo entero. ¡Zambomba, con los aduladores éstos!

—Es justicia, es justicia—clamaron algunos.
—Nadie le gana al Palomo en valor ni en astucia.

—Hagamos, pues, justicia á nuestros incomparables voluntarios, á quienes se debe, en primer término, el éxito de la expedición, si llegamos sin novedad á Cantavieja, como espero. Sin saber adónde ni cómo, primero se han dejado conducir á ciegas, tal vez á la muerte, y después, sin más novia que su fusil, cantando y dando incesantes vivas á la Religión, á España, á Carlos VII...

—Y al Palomo—interrumpió un oficial.

—Verdad es, ¡zambomba! Me profesan cariño filial, y les inspiro tal confianza, que basta una palabra mía para concluir las más enconadas pendencias y calmar los ánimos más medrosos. ¡Zambomba!, no merezco yo tanto; pero con voluntarios como éstos se puede conquistar un reino.

La conversación se generalizó y animó tanto, menudearon las copas de tal manera, que el anciano párroco de Barrioviejo se incorporó y dijo:

—*Gratias agamus...*

Se levantaron todos, dieron gracias y dispersáronse por la Granja, formando animados corrillos, charlando de mil cosas guerreras, y refiriéndose unos á otros y comentando los principales incidentes de la expedición, mientras el Palomo con su ayudante y corneta de órdenes dirigíase á los Barrios á revistar é instruir su tropa.

Cierta mañana, al recogerse en un pinar para reponer las fuerzas extenuadas durante toda una noche de forzada marcha, corrió de repente en filas, sin que se pudiera averiguar quién la pronunció primero, la palabra fatídica: el *enemigo*. La poca gente armada oyó la noticia como quien oye llover; pero los 400 inermes, contemplando sus garrotes, únicas armas ofensivas y defensivas de que iban provistos, armaron tal gritería y dieron en correr tan desatentadamente, que el Palomo se puso hecho una fiera, picó espuelas á su caballo, alcanzó la

avanzada, los apostrofó duramente, les hizo detenerse y no intentó disuadirles con argumentos sino con hechos, á cuyo fin le vino de perillas la dula de un pueblo próximo que se veía salir del lugar á gran distancia, diciéndoles:

—¡Animales! ¡Imbéciles! Si sois más burros que las mismas bestias. ¿No habéis comprendido, ¡recuerdo!, que ese imaginario enemigo es la dula de aquel lugar que sale al campo? Venid aquí los que tengáis ojos en la cara, y mirad un centenar de caballerías de todo pelaje en aquella loma.

Acercáronse los más atrevidos, empuñaron los gemelos de campaña que puso á su disposición el Palomo, se cercioraron por sus propios ojos de que el supuesto *enemigo* se componía de burros pacientísimos y de melancólicas acémilas, participaron la nueva á los miedosos, entre los demás corrió la noticia, comenzaron á reirse unos del miedo de los otros, alardeando todos de valientes, obedecieron ciegamente á su jefe, se internaron en el pinar, y durmieron á pierna suelta, sin sospechar tan sólo que á un kilómetro de distancia desfilaba por la carretera una columna liberal con fuerza más que suficiente para copar la partida.

No se sabe cómo ni por dónde el puesto reforzado de la guardia civil de Monreal tuvo noticia de que en El Pobo le preparaban 500 raciones al Palomo, y los guardias huyeron á uña de caballo en dirección opuesta. Si el Palomo conoce á tiempo su inverosímil permanencia en

Monreal, los copa, como hizo con Rafael y los suyos en Torrequemada.

Nuestro guerrillero detenía á los campesinos y aun á ciertos pastores que encontraba á su paso en el monte, y si llevaban caballerías para hacer leña y portearla, los embargaba como bagajeros, y les hacía marchar á vanguardia de la columna. Algunos de estos infelices tuvieron que sufrir 25 palos sobre un tambor por sospechosos de confianza liberal. Otros exageraban tanto la nota carlista y daban tan intempestivos vivas á Carlos VII y al Palomo, que también fueron apaleados por hipócritas, é impuso terribles castigos además á los comandantes de armas que abusaban de sus cargos para maltratar á determinadas familias liberales ó pueblos y á los que deshonoraban la boina calándosela para cometer á su amparo robos y atropellos. Nunca le remordió la conciencia de haber mandado fusilar á ciertos criminales de esta índole, á instancias sobre todo de los pueblos víctimas de sus fechorías, por supuesto, previo el correspondiente consejo de guerra verbal, y dándoles el tiempo necesario para recibir los auxilios espirituales.

No hacía el Palomo como Villalain que, receloso siempre de sus enemigos incontables, carlistas y republicanos, dormitaba casi siempre en una silla con el trabuco, una carabina ó el sable entre piernas; pero tomaba sus prudentes precauciones contra la traición interior y las sorpresas exteriores. Así es que muchas veces,

dormida ó por lo menos instalada la tropa en las parideras ó en el bosque, alejábase con el Chiquito, sus trabucaires y el corneta de órdenes, y ni su querido amigo D. Joaquín Calvo ni la oficialidad á sus órdenes sabían á ciencia cierta el escondite donde se procuraba el descanso.

Con tanta previsión, astucia y precauciones, la arriesgada expedición salió como una seda, imaginándosela, después de efectuada, hasta los más medrosos y pesimistas, como la operación más segura y sencilla del mundo.





XII



No es Teruel plaza fuerte ni lo ha sido nunca, pero siempre han tenido sus moradores fama bien ganada de liberales. Su amor propio, por lo tanto, les hizo cerrarla con murallas de tapia, apenas se inició la guerra civil última, aprovechando al efecto su situación estratégica sobre un cabezo rodeado de foso natural, y el ardor de sus nacionales que, en honor de la verdad, trataron bien á los carlistas residentes en la capital y supieron defenderse con valor las dos veces que los carlistas intentaron tomar á viva fuerza la plaza.

Tales circunstancias producían en la ciudad continuas é injustificadas alarmas que, por lo

menos, ponían en movimiento á todo el mundo. La falta de pabellones en el cuartel, antiguo convento de San Francisco, hacía que los jefes y oficiales se alojaran en las casas de huéspedes, posadas y fondas.

En el parador de Fortea, preocupadísimo é impaciente, esperaba Rafael Viciano el término de la sumaria, que no hubo más remedio que formarle; pero probó de sobra que había tomado cuantas precauciones dispone la Ordenanza para casos análogos, y que fué imposible toda defensa al verse sorprendido por el Palomo y su gente en Torrequemada; le absolvieron, por consiguiente, reintegrándole en su empleo de teniente de la guardia civil á las órdenes del comandante X...; y paladeando estaba tan sabrosa noticia, leyendo una y otra vez el oficio que la contenía, cuando el toque de cornetas llamando á la carrera produjo en Teruel verdadero estrépito. Corrían los milicianos á los cuerpos de guardia y á la muralla, fusil en mano ó al hombro; «¿qué pasa?», se preguntaban los transeuntes unos á otros, corriendo todos como gamos sin esperar la respuesta; «el enemigo que se acerca», decían unos como hablando consigo mismos, sin que nadie lo preguntara; «pero ¿por dónde viene?», preguntaban otros, no obteniendo contestación alguna, y en realidad ninguno había visto al enemigo, ni nadie conocía la verdadera causa de tanta alarma.

Rafael se ciñó de prisa la espada y se presentó á escape en la comandancia de la guardia

civil, donde el jefe le dió la enhorabuena con un abrazo; le dijo que aquella era una de tantas alarmas estúpidas, hija tal vez de que el Palomo *merodeaba* por aquellos alrededores, y le advirtió que se preparase para salir en su persecución al romper el día siguiente.

¿Quién es capaz de traducir lo que entre dos luces, medio dormido y medio despierto, pasó aquella noche por el cerebro de Rafael? El Palomo, María su prima, la sorpresa, la sumaria, la absolución, el negro é ignominioso absolutismo, la hermosa y brillante libertad, su tío don Ramón, sus amores, la guerra de guerrillas, el tiroteo, la persecución, todo confuso y en tropel, pero de relieve, desfiló por aquella mente calenturienta, produciéndole emociones variadas y vivísimas, palpitaciones cardíacas rudas y frecuentes, y aun la pesadilla angustiosa del sonámbulo que se ahoga con las angustias de la muerte. Daba vueltas continuas sobre el fementido lecho del parador, como quien de todas maneras se siente mal y cambia instintivamente de postura para estar mejor, y aquello, más bien que dormir y descansar, era soñar casi despierto, fatigándose en grado sumo. Palabras entrecortadas é ininteligibles salían de sus labios, como si conversase con personas allí presentes. Tan pronto se imaginaba paseando del brazo con su prima, entre bosquecillos de flores, sobre la fresca y mullida alfombra de la pradera, como le cegaba el humo de la pólvora y le aturdió el ruido de las descargas, sintiendo

que luchaba cuerpo á cuerpo con el guerrillero Palomo, al que no quería mal, no, de ninguna manera, pero á quien perseguía sin descanso para devolverle la sorpresa y pagarle la deuda. Hondos suspiros de enamorado sin ventura surgían de su pecho durante la primera escena y ayes lastimeros durante la segunda, sin que el sueño tranquilo, completo, reparador cerrase sus párpados en toda la noche. Molido y doliente el cuerpo, y con la cabeza pesada y turbia, se levantó con el alba, encontrando claridad y placer en las abluciones de agua fría, vistióse el uniforme de campaña, montó el caballo que le presentó su asistente y partióse al cuartel para incorporarse á la columna, improvisada para copar al Palomo, á consecuencia de cierta denuncia recibida por el gobernador militar de la plaza, que á la letra decía así:

«Excmo. Sr.: Por un facioso de este pueblo de mi dino cargo, que vino á cambiarse la camisa, porque todos los faciosos van llenos de miseria, con perdón sea dicho, he sabido que la fación Palomo, mejor fuera llamarle Gavilán, intenta pernotar en el municipio de autos (a) Barriónuevo en la noche del 15 al 16 de los corrientes.

»No he podido averiguar si la partida lleva mucha ó poca fuerza, pues el voluntario se reserva como un endino, y hasta me paice haber adivinao que no llevaban fusiles ó que iban por ellos. Es lo cierto que el Palomo no pasa nunca por la contornada, sin que con mucha ó poca gente deje de dar su vueltecica por su casa, y

no estaría de más preparale una encerrona pa cogelo en su misma gazapera, y que esa Comendancia, que tan dinamente V. E. dirige como Dios manda y la soberanía nacional, les administrase la libertad á grandes diócesis, pues el ayuntamiento de que soy escribano no está dispuesto á sufrir más el asolutismo de los fanáticos setarios de Carlos Usted (el majadero quería decir Carlos V). En méritos de lo cual, y por mi dino conducto, á V. E. suplica que envíe las fuerzas para acabar de una vez per secula sin fin con tanta inominia y escurantismo.

»Dios guarde, etc.

»*El Escribano de Barrionuevo.*»

Mucho se rieron en Teruel del oficio del sastre-secretario; pero leído y releído, sacaron en limpio de tan necia prosa que la partida del Palomo, con poca gente y la mayor parte desarmada, pernoctaría el 16 en Barrionuevo, y como en Teruel no habían podido digerir aún la sorpresa de Torrequemada, y que, después de tenerlo sitiado y darle por prisionero, el guerrillero famoso se burlara de fuerzas muy superiores y regulares, escapándose con su gente en la venta del Coscojar, el brigadier-gobernador tuvo verdadero interés en copar al Palomo en su propia casa, destrozando y disolviendo su partida, á cuyo efecto y utilizando la chocarrera denuncia del sastre-secretario, organizó una columna con los pocos elementos de que podía disponer, en su concepto no obstante más que

suficientes para batir al Palomo; confió el mando de la improvisada fuerza al teniente coronel X..., y le encargó con insistencia que, muerto ó vivo, trajese á Teruel al Palomo.

En el éxito de la expedición estaba también interesado el amor propio de Rafael como el de ninguno, quien, si la suerte le era propicia, se proponía además hacer una escapatoria á Torrequemada, no distante de Barrionuevo, para ver de apoderarse de su prima, ó por lo menos tener con ella una entrevista amorosa.

Efectivamente, bien informado estaba el voluntario que inocentemente dió tales noticias al denunciante, porque, como sabemos, el 15 presentóse de improviso el Palomo, al frente de su columna, en ambos Barrios, con regocijo grande de los curas, del ayuntamiento carlista de Barrioviejo, de las familias de los serranos en armas y de sus novias, sobre todo, que se volvían locas de contento.

El alcalde republicano de Barrionuevo y el sastre-secretario huyeron á uña de caballo, sin atreverse á volver la cabeza para cerciorarse de si los carlistas del Palomo eran muchos ó pocos. ¡Zambomba!, esperarían ellos á tomar noticias; lo primero y principal era poner á salvo su piel.

Alojó el Palomo la mayor parte de su fuerza en Barrioviejo, y él se instaló en su casa de Barrionuevo, con su escolta de tiradores y trabucaires mandada por el Chiquito, mocetón como un pino, sólido como una torre, tan feo como

valiente y forzado, sargento de artillería que había sido del ejército, y célebre por haberse cargado al hombro, en cierta ocasión, una pieza de montaña, subiéndola á un pico, inaccesible para los mulos. Manejaba también admirablemente el trabuco, que cargaba hasta la boca, y con el que barría en torno cuanto se ponía á su alcance.

Sabemos lo que la columna del Palomo hizo en ambos Barrios y en la Granja los días 15 y 16, que no fueron perdidos, ni para la instrucción militar de los voluntarios, ni para su descanso y esparcimiento. El vecindario los obsequiaba á porfía con bailes, comidas, copas y diversiones de todo género; pero su jefe no desatendía, especialmente de noche, el servicio de confianzas, avanzadas, centinelas, etc., vigilancia y precauciones que ningún verdadero militar olvida en tiempo de guerra.

El grueso de la fuerza continuaba en Barrio-viejo, y al anochecer del 16 el Palomo envió los 25 caballos de avanzada á una paridera que domina el camino de Teruel y dista de Barrio-nuevo unos 500 metros.



XIII



L teniente coronel, jefe de la columna republicana, tropezó en su camino con algunos liberales, fugitivos de Barriónuevo, que confirmaron la estancia del Palomo en su casa, pero sin poder precisar el número y disposición de sus fuerzas. Componíase la columna republicana de 300 infantes y 50 caballos nada más, y el éxito de la expedición dependía del sigilo y rapidez con que se realizara la sorpresa, á cuyo efecto el teniente coronel detenía á cuantos encontraba á su paso por si eran confidentes. La noche estaba nubosa y negra como boca de lobo, y soplaba el viento frío y casi huracanado con tanta fuerza, que

apagaba el ruido rítmico de los pasos de la columna republicana.

Lo cual no fué obstáculo para que el teniente Castro, que mandaba los 25 caballos, puestos de avanzada por el Palomo en la paridera, exclamase:

—Gente armada se acerca.

—No puede ser—contestaron un sobrino de Villálain y los oficiales Echavarría y Rubio, afectos todos ellos al cabecilla dicho y enemigos de Marco y del Palomo, porque el primero había destituido á su ídolo, y el segundo no les toleraba indisciplinas ni desmanes.

Sin hacerles caso, salió el teniente Castro fuera de la paridera, aplicó una oreja al suelo, y á pesar de los silbidos del viento y de que la columna republicana proseguía avanzando con todo género de precauciones para no malograr la sorpresa, sin fumar y en silencio, convenciósese Castro de la proximidad del enemigo, entró en la paridera y dijo á media voz:

—Alto, muchachos: montad, y al galope á Barrionuevo.

Mas, lejos de obedecerle, los de Villálain se arrojaron sobre él, lo ataron á una sabina en la puerta de la paridera, montaron á caballo, y en vez de avisar al Palomo, como era su deber, para que cayese en poder de los republicanos, huyeron en dirección á Castilla por si tropezaban con su digno jefe. Seducidos hacía días al efecto, los voluntarios de caballería les siguieron.

Castro, que hacía esfuerzos sobrehumanos para romper sus ligaduras, comprendió entonces la sorpresa de que el caballeroso y honradísimo D. Manuel Marco había sido víctima del general Despujols en Caspe. Aquellos 25 caballos estaban también de avanzada y descubierta en un montículo de las afueras de Caspe, y según confesaron ellos mismos, vieron venir la columna Despujols y no quisieron avisar á Marco para que cayese en poder de los liberales. En Julio de aquel mismo año Villálain, encargado por D. Alfonso de las provincias de Guadalajara y Cuenca, premió la doble traición de sus partidarios ascendiendo á Echevarría y á Rubio, pero la historia se ha encargado de hacer justicia á todos (1).

Los confidentes del Palomo fueron detenidos todos, menos el mudo, puesto en libertad por idiota y mendigo; sin darle tiempo ni aun para disparar el fusil, fué sorprendido y hecho prisionero el centinela carlista, que dormitaba á la entrada de Barrionuevo; nadie se acordó para nada de Barrioviejo, y aun supusieron todos que el Palomo habíase aventurado á dormir en su casa con cuatro soldados y un cabo, puesto que no se advertía en la aldea el menor indicio de alojamientos numerosos; por precaución quedó la caballería liberal en las afueras del pueblo, camino de Barrioviejo; avanzó la infantería con

(1) V. *Historia Contemporánea*, por Pirala. Segunda parte de la *Guerra Civil*, tomo III, pág. 395.

el mayor sigilo, tomando militarmente á Barriónuevo sin despertar á nadie; cercaron la casa del Palomo, que junto á la pobre iglesia parroquial se levanta, formando manzana ella sola, y creyeron todos tener ya en sus manos al famoso guerrillero, regodeándose anticipadamente el teniente coronel X... con la revancha y su triunfo.

Por fortuna para los carlistas, el confidente mudo, que era tan ingenioso como activo, y del cual se servía el Palomo para confidencias ordinarias, dando un rodeo, pudo llegar á Barriónuevo minutos antes que la columna liberal; llamó estrepitosamente en casa de D. Rodrigo, y por señas, con gestos expresivos y gritos inarticulados, dió á entender al guerrillero que estaba encima el enemigo é intentaba coparle. Se asomó inmediatamente el Palomo á una ventana, y entre las sombras de noche tan oscura pudo convencerse de que para huir era tarde. Despertó á su gente, atrancaron bien la puerta de la calle, dió instrucciones al Chiquito con sus trabucaires y escopeteros, tomaron en el acto posiciones estratégicas para repeler el asalto, y ágil como una ardilla, con una escala de cuerda rodeada á la cintura y el revólver cargado por toda arma al cinto, se encaramó por las llaves de la cocina, entonces apagada, á la chimenea de campana, y apoyando los pies en los ladrillos salientes que suelen tener las chimeneas para limpiarlas por dentro, con asombro de los presentes y tiznándose de humo, en menos tiem-

po que cuesta relatarlo, subió al tejado de su casa, saltó como una cabra al de la iglesia, muy próximo aunque más alto, sin que lo advirtieran los sitiadores, que en aquel momento atendían más á las cosas de la tierra que á las del cielo; deslizóse por el tejado de la parroquia á la vertiente opuesta, enganchó los garfios de la escala en el alero del tejado y descendió sin novedad y sin ser visto, aunque tuvo que arrojar desde cierta altura por ser algo cortas las cuerdas de la escala. Militarmente estaba ocupada la aldea, como sabemos; pero más conocedor práctico de los callejones y encrucijadas que los ocupantes, supo deslizarse entre sombras y salir del pueblo emprendiendo vertiginosa carrera hacia Barrioviejo apenas se vió en campo libre.

Los republicanos golpearon ruidosamente la puerta en casa del Palomo; se hicieron el sordo los de dentro, bien apercibidos á la defensa; intentaron aquéllos el asalto de los balcones, y sin decir agua va contestaron éstos á trabucazos; barrió los balcones la metralla, y cayeron al suelo los asaltantes en medio de imprecaciones horribles, muertos unos, heridos otros y con descomunal susto en el cuerpo todos.

Esta fué la señal del ataque. Generalizóse el fuego y el asalto por todos los huecos de la casa, previamente ocupados por sus defensores; concentróse la columna en torno del fortín improvisado; se puso al frente el teniente coronel en persona, que quiso dirigir el ataque, matizan-

do de interjecciones tan sucias como pintorescas su discurso, y arengando á los soldados deciales:

—¡Animo, muchachos, fuego y arriba! ¡Una onza al que me presente al Palomo, muerto ó vivo!

—Muerto, no—decía Rafael,—que le debo la vida, y como no es posible que escape, perdónadle.

Y añadió á pulmón pleno:

—Ríndase usted, D. Rodrigo, ríndase usted, que hay cuartel; no sea usted loco, que toda resistencia es inútil, y aquí está Rafael Viciano que empeña su palabra de honor...

—Déjese usted de pamplinas, teniente; si no se rinden, que rocíen la puerta con petróleo, le peguen fuego y que mueran hechos tostones—gritó el teniente coronel.

Los carlistas defensores de la casa ofan, callaban, y dirigidos por el gigantón Chiquito barrían á trabucazos las sombras de cuantos tenían el valor de aproximarse al edificio. Prevailidos de la completa obscuridad que reinaba en casa del Palomo y de la poca luz que proyectaban las estrellas en la calle sobre los asaltantes, los hábiles tiradores carlistas, convirtiendo en aspilleras improvisadas las ventanas y ventanillos de la casa, no erraban tiro, y á las blasfemias é imprecaciones de los de fuera, contestaban con carcajadas y ¡vivas á Carlos VII! los de dentro.

—¡Arriba, muchachos—gritaba el teniente co-

ronel desde su caballo y en lugar seguro, pero hecho una furia,—que no quede vivo uno de esos trabucaires y bandidos! ¡A los balcones, á los balcones, y hachazo limpio!

Pero nadie osaba acercarse y menos subir. Por fin, y entre sombras, montó un soldado sobre las espaldas de otro, se encaramó sobre el pasamanos de un balcón, y cuando se disponía á descargar un hachazo sobre las cerradas puertas, abriéronse éstas de repente, sacó su manaza el Chiquito, cerró el puño, y descargó tan terrible puñetazo en la nuca al atrevido asaltante, que cayó á la calle como un saco de plomo, rebotando sobre las piedras, ante la estupefacción y los gritos de sus compañeros que, furiosos, descargaban sus fusiles contra el Chiquito sin hacer blanco.

—¡Petróleo!, ¡petróleo!, ¡moño!—gritaba el teniente coronel; pero no lo había en el pueblo, y el petróleo no llegaba.

—Haced, si no, una hoguera junto á la puerta, y ¡que arda Troya!—chillaba el jefe de la columna.

Un cuarto de hora llevaban ya de resistencia tan heroica los carlistas y cumplimentando estaban ya las órdenes de su jefe, trayendo leña, los soldados republicanos, cuando con estupefacción de todos oyéronse descargas cerradas y tiroteo general por las calles todas de Barriónuevo.

Corriendo como un gamo se había dirigido el Palomo á Barrioviejo, pero el tiroteo de Barrio-

nuevo fué la señal de alarma para la columna carlista que, mandada por Calvo y demás oficiales, se dirigía á escape en socorro de su jefe. Tomó el Palomo el mando, dividió en dos grupos sus 500 hombres, y mediante hábil y rápida maniobra, cogió entre dos fuegos á los 50 caballos, simultáneamente mandó hacer sobre ellos dos descargas, á vanguardia y á retaguardia, y el estupor, el desconcierto y el pánico apoderáronse de la caballería republicana, que se desbocó desatentadamente, alejándose del pueblo y huyendo como loca por aquellos montes y caminos.

Libre el paso, los 500 voluntarios carlistas penetraron en Barrionuevo gritando: ¡viva Carlos VII y muera la República!

¡El enemigo, el enemigo!, gritaba la tropa desconcertada y despavorida y sin calor alguno para contestar á aquellos vivas con el de ¡viva la República! Las carreras, los gritos de espanto, los lamentos de los heridos, el continuo abrir y cerrar las puertas con estrépito, las interjecciones incesantes, las descargas cerradas, los tiros sueltos, las imprecaciones de los que caían y los bufidos del viento huracanado que coreaba aquella escena de horrores, sembraron la dispersión y el contagioso pánico en las filas liberales y produjeron regocijo grande entre los pocos defensores de la casa del Palomo.

Salieron éstos á la calle, cogieron entre dos fuegos á los republicanos que practicaban á maravilla el *¡sálvese quien pueda!*, y al verle huir

á uña de caballo, aun tuvo el Palomo, que le reconoció á pesar de la obscuridad de la noche, tiempo y serenidad para gritarle:

—Vuela, Rafael, vuela, que como caigas en otra, te fusilo.

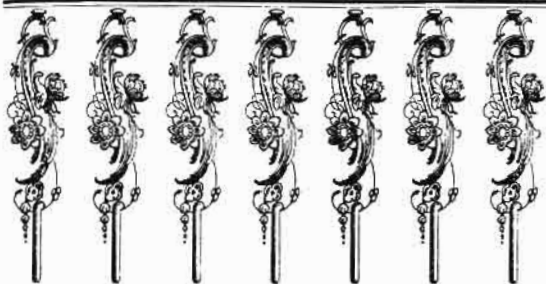
La columna liberal debió su salvación, por una parte, á la obscuridad de la noche, y por otra, á no disponer de caballería para la persecución el Palomo, á pesar de lo cual les hizo algunos muertos, heridos y prisioneros, cogiéndoles muchas y buenas armas que en su precipitada huida abandonaban los soldados.

Los carlistas tuvieron únicamente media docena de heridos leves y muchos contusos, pero ningún muerto.

Mesándose el bigote el teniente coronel y tragando no poca saliva el teniente Viciano, rehicieron la columna á duras penas en las afueras del pueblo junto á la paridera, desde donde huyó la avanzada carlista de caballería; ninguno de los dos tenientes pudo explicarse nunca cómo, ya prisionero en su jaula, había volado el Palomo; comenzaron á sospechar ambos de la lealtad del sastre-secretario, aunque sin fundamento, y pasado el monumental susto descendieron al llano, en donde tenían la seguridad casi de no ser perseguidos ni atacados por el Palomo por falta de caballería, como efectivamente sucedió, pues el guerrillero no quiso aventurar su victoria en noche tan obscura y á campo raso. Con la mayor reserva los liberales ocultaron primero su derrota, la desfiguraron después cuando la

tropa y los campesinos la hicieron pública, y emprendieron disimulada fuga carretera de Tueruel adelante, marchándose corridos como monas por donde habían venido.





XIV

JAN bien ataron al teniente Castro los de Villálain, que el pobre se pasó la noche entera refregando su espalda contra el tronco de la sabina, haciendo esfuerzos sobrehumanos por romper sus ligaduras, pidiendo socorro á voces, y oyendo indignado el fuego de fusilería y las descargas de los trabucos en dirección á Barrionuevo. Le apenaba, sobre todo, no poder ayudar á sus hermanos, pero le regocijaba el tiroteo, como seguro indicio de no haberse dejado sorprender el Palomo, á pesar de la traición de la avanzada.

Al romper el día desatáronle unos pastores que iban á soltar el ganado, no sin llevarse antes un buen susto al oír sus gritos de ¡soco.

rrro!, ¡socorro! Confortado el teniente con la noticia de la derrota de los republicanos, corría á Barrionuevo á dar cuenta á D. Rodrigo de la mala partida que le había jugado aquella noche el piquete de caballería, cuando vió huir á un serrano que se ocultó en cierta cueva. Temió que fuera algún confidente liberal ó espía, y voló Castro tras él, sacándole de una oreja de su escondrijo y conduciéndole *velis nolis* á Barrionuevo.

La indignación del Palomo no tuvo límites al enterarse de la traición de Echevarría, Rubio y demás voluntarios que les siguieron. Las ¡zambombas! se convirtieron en retorcidos ¡cuernos! y ¡recuernos!

—No es posible ahora perseguirlos, ni mucho menos darles alcance; pero allí donde sean habidos se les fusila en el acto. ¡Bandidos, canallas, cobardes! ¡Brrr!...

Al sastre-secretario, que no era otro el prisionero de Castro, de pavor comenzaron á castañetearle los dientes, un color se le iba y otro se le venía, y, presa de angustias mortales, se arrojó á los pies del Palomo gimiendo:

—Por los clavos de Cristo, D. Rodrigo, no me fusile usted que yo no he sido.

El guerrillero miró entonces con desprecio al sastre-secretario, lo reconoció en el acto, y pegándole una patada dijo:

—Efectivamente, tú no tienes arte ni parte en la fuga vil de los 25 caballos; pero has avisado al enemigo, y por espía cochino y denunciador vil

debía hacerte colgar ahora mismo de una sabina.

—¡Virgen de los Dolores! ¡Madrecica mía! Soy inocente, D. Rodrigo; ha sido el alcalde.

Y el ministril municipal lloraba á chorros.

—¡Zambomba! ¿Conque el alcalde? Y tú, cochino, ¿qué has hecho más que escribir el oficio, pues el alcalde apenas sabe pintar su nombre? ¡Hola! ¡Chiquito! Llamad al señor cura, que lo confiese, y por espía, denunciante y traidor, pegadle cuatro tiros.

El sastre perdió el sentido y cayó en tierra como muerto; el Chiquito puso su manaza sobre el cuello del infeliz y lo levantó como si fuera un trapo. Corrió por ambos Barrios la noticia con rapidez eléctrica é inmediatamente se llenó de gente la casa del Palomo, la mujer y los hijos del sastre-secretario llorando, gimiendo y dando gritos desgarradores, los curas y el pueblo todo pidiendo perdón para el mentecato, y tanto insistieron y suplicaron tanto, que D. Rodrigo conmutó la pena, ordenando al Chiquito que dieran al sastre denunciador 50 palos con una vara de fresno para que recordase la aventura mientras viviese, y mandó á su corneta de órdenes que tocase llamada y tropa.

Poco después salió la columna carlista de los Barrios, pasó por Torres y Valdecuencia, pernoctó en Villel (1) el 18, á legua y media de Teruel, cuya guarnición, compuesta de unos

(1) Aquí desertó la avanzada de caballería. Véase Pirala.

2.000 hombres entre voluntarios y tropa, no se atrevió á molestarla, ni aun fingiendo una salida para obligarla á levantar el campo. Los carlistas fueron el 19 á Balbona, el 20 á Mora, el 21 á Linares, el 22 á Villarroya, el 23 á Aliaga y el 24 á Ejulve, donde se incorporaron á las fuerzas del general Marco, que operaban aquellos días en los alrededores de Montalbán; y aunque las columnas liberales iban y venían en todas direcciones, y por malas que fuesen sus confianzas, seguramente conocerían la situación y marchas de las fuerzas del Palomo, es lo cierto que nadie volvió á atreverse con nuestro guerrillero, quien sin perder un solo hombre ni un solo fusil, antes al revés, con las 400 carabinas Berdan compradas en Madrid y recogidas en las inmediaciones del Pobo, y un centenar de fusiles Remington cogidos al enemigo, con la gente fogueada y aguerrida y un trimestre de contribución cobrado, al regreso, en todos los pueblos del tránsito, se presentó sano y salvo al comandante general de Aragón D. Manuel Marco, que había calificado de *locura*, al proponérsela, la expedición (1), y que, una vez lle-

(1) ¿Me dice el lector que todo esto es novela pura é invención de mi cosecha? Pues se equivoca: todo esto y otras cosas no tan públicas llevó á feliz término mi hermano único D. Florentino Polo y Peyrolón, que en paz descanse, en la guerra civil última, y las conlisan y relatan hasta los mismos historiadores liberales.

«Para recoger los 400 fusiles se encargó á Polo—dice Pirala,—ayudante de Marco, confiando en su actividad, valor y conocimiento del país. La marcha era

vada á feliz término, le recibió loco de contento, recompensando al Palomo en el acto con un abrazo y la propuesta para el empleo de coronel, que elevó inmediatamente á la superioridad.

arriesgada, de 30 leguas, y tenía que volver por las inmediaciones de Teruel, en donde habría 2.000 hombres entre voluntarios y tropa. Marco se bajó á las Cuevas y Castellote para llamar la atención, y Polo siguió con 400 desarmados, una compañía armada y 25 caballos. Armó á todos en las inmediaciones de Molina se volvió por Albarracín, pernoctó en Villel, legua y media de Teruel, y entre las precauciones que tomó fué una la de poner á mitad del camino 25 caballos con el teniente Castro, que los mandaba entonces. Iba entre ellos un sobrino de Villálain y dos oficiales de la misma procedencia, Echevarría y Rubio, los cuales maniataron á Castro, se proclamaron subordinados de Villálain y se marcharon á exigir dinero á los pueblos. Castro fué desalado por un paisano, dió parte á Polo y salió éste en busca de los desertores, reuniéndose después con Marco en Montalbán. Entonces se explicó la sorpresa de Caspe. Eran los mismos 25 caballos que estuvieron de avanzada y confesaron ellos mismos que vieron al enemigo (la columna de Despujols) y no avisaron. (*Historia Contemporánea*, segunda parte de la *Guerra Civil*, tomo III, página 395.)



XV



TRIUNFAL fué la entrada del Palomo en Cantavieja, tanto por haber llevado á feliz término su expedición al Pobo, cuanto por la paliza dada á los liberales en Barrionuevo, escapando por segunda vez de sus garras.

Rebosaba Marco satisfacción y alegría, exagerando las dificultades de las empresas del Palomo para ponerle luego sobre los cuernos de la luna; D. Ramón Viciano, no sólo le abrazaba felicitándole cordialmente, sino que le apremiaba pidiéndole de su hija noticias, que el Palomo no pudo darle; y todos los carlistas del Centro, menos Villálain y su gente, enorgullecíanse de ser correligionarios y camaradas de tan famoso

guerrillero, quien recibía impávido y riéndose alabanzas tan hiperbólicas.

Predominaban en D. Rodrigo el valor y la travesura de tal modo, que tenía estas cualidades como inherentes á la condición humana; no encontraba en ellas el menor mérito, y ante esta consideración hundía la vanidad en su pecho cuantas veces intentó levantar cabeza.

Naturalmente era regocijado, humilde y sincero. Las más heroicas hazañas, lo mismo propias que ajenas, las refería con la naturalidad, exactitud y sencillez más grandes del mundo, riéndose siempre é intercalando en la narración ¡cuernos!, ¡zambombas! y chascarrillos graciosos que hacían desternillar de risa á su auditorio.

¡Oh, si D. Manuel Marco hubiera tenido tales iniciativas y atrevimientos! Perseguido inicuamente por alguno de sus émulos y correligionarios este comandante general de Aragón carlista, y juzgado de varia manera, como militar, por carlistas y liberales, por nadie ni nunca se ha puesto en tela de juicio su honradez, la caballerosidad y entusiasmo político-religioso del general carlista D. Manuel Marco. Conviene también todos en que no pudo ser más honrada y paternal la recaudación y administración de recursos en el territorio de su mando. Dado su grande y merecido prestigio, desde el mismo día del alzamiento le sobró gente y le faltaron armas. De aquí su empeño grande en adquirirlas y en organizar sus fuerzas, esquivando encuentros con el

enemigo y probables fracasos. Con más espíritu militar, constantes ejercicios y maniobras, y fogueando su gente, tal vez no hubiesen acaecido la dispersión de Checa ni la sorpresa de Caspe; pero á pesar de todo, Marco llegó á disponer de cuatro batallones, además de la famosa Compañía de Gufas del Pilar, compuesta de 120 voluntarios escogidos, armados con fusiles Berdan y mandados por D. Eusebio Barrado. Montó también en Cantavieja un colegio de cadetes, dirigido por el valeroso farmacéutico zaragozano D. Joaquín Lacambra, y con un jefe de estado mayor menos vano y más entendido y valiente que D. Ildefonso Puerto, Marco no hubiese fracasado.

Queríanle más guerrero sus ayudantes de campo Polo y Calvo, y especialmente el Palomo, quien no perdía ocasión para aguerrir la gente y proporcionarse armamento.

De donde las marchas y contramarchas incessantes y ciertas sorpresas como la que pasamos á referir, de la exclusiva iniciativa y dirección del Palomo.

Con Abril no se inició ni mucho menos la primavera, pues imperaba el frío y las anheladas lluvias no humedecían el ambiente. Con unos 3.000 hombres que pudo reunir salió Marco de Castellote, pasando el 7 en las Cuevas, el 8 en Ejulve, el 9 en Obón y pernoctando el 10 en Huesa. Al siguiente, 11, cruzó por Rudilla á mediodía, y á pesar de la nieve que alfombraba el suelo, prosiguió la marcha con su brigada,

bajando por Villahermosa á Nombrevilla. En este pueblo se presentó el Palomo al general y le dijo:

—¿Me autoriza usted para sorprender esta noche á la guarnición de Daroca?

—Pero, Rodrigo de mis pecados, ¿tienes empeño de que nos dispersen nuevamente? Mira que nuestra gente sueña despierta con el enemigo.

—Y soñará siempre mientras no la fogueemos todos los días, habituándola á la victoria, ¡zambomba!

—Bueno, Palomo, bueno; haz lo que te dé la gana y pide cuanto necesites.

Así sucedió, comenzando por proveerse en Nombrevilla de los picos, hachas y azadones necesarios para el asalto, pues sabido es que Daroca, aunque con fortificaciones medio destruídas, es ciudad murada y relativamente fuerte. El día 12, á media noche, y cautelosamente, llegaron las fuerzas carlistas á la Tejería de Daroca. Allí hizo alto la brigada, tomó el Palomo el mando de 400 hombres, la mayor parte del país, y conociendo como conocía el terreno palmo á palmo, por haber sido colegial algunos años en las Escuelas Pías de Daroca, dió instrucciones á su gente, y partieron en silencio y con todo género de precauciones. Guiaba el Palomo en persona, quien tomó una vereda que sobre la Mina, por la torre llamada de las Almas, penetra en la ciudad, y era de admirar la astucia y la seguridad con que aquel viejo cami-

naba entre lóbregueses y precipicios, sin permitir fumar ni toser á aquellos 400 hombres que formando misterioso y ondulante rosario, desfilaron detrás de su jefe con tanto silencio como orden, y penetraron en la plaza sin despertar al enemigo y sin el menor tropiezo.

Formó la fuerza el Palomo junto al callejón de Santa Lucía, y desde allí fué distribuyendo á sus voluntarios en los puntos estratégicos para inutilizar á la guarnición en su resistencia, caso de intentarla. A su paso por la plaza de la Colegial, los carlistas tropezaron con una ronda volante ó patrulla, compuesta de unos 50 voluntarios de la libertad, y mandada por el hoy magistrado de Murcia D. Manuel Gómez. Merced á la obscuridad grande de la noche pudieron los carlistas rodearles y acercarse á la ronda, estrechando el cerco, sin ser vistos, cayendo el Palomo y su gente sobre los voluntarios de la libertad sin darles tiempo para defenderse ni ocasión para alarmar á Daroca haciendo fuego. Los 50 liberales quedaron inermes en el acto y custodiados por un centenar de carlistas: ni hubo resistencia, ni lucha, ni ruido.

Por confidencia segura supo el Palomo que la guardia civil, tanto de infantería como de caballería, se albergaba en el parador ó gran posada de D. Félix Lozano, durmiendo á pierna suelta sin el menor recelo, y á la puerta de las cuadras que da á la calle de Valcaliente se trasladó nuestro guerrillero con el grueso de su fuerza, ocupándola militarmente, y arrojándose

en seguida sobre otra puerta de escape recayente al callejón del Horno, franqueáronla á hacchazos, y con sus trabucaires se precipitó por ella, subiendo á la cocina de la posada, donde encontró dormidos á dos criados, uno en cada banco. Puede suponer el lector el susto de tales mozos al despertar entre boinas y fusiles. El Palomo conócía personalmente á uno de ellos, al que dijo:

—¡Hola, Antonino! ¿Qué hacen los guardias?

—Duermen.

—¿Quién los manda?

—D. Crisóstomo Moreno.

—¿También duerme aquí?

—Sí, señor, en su cuarto.

—¿Y los amos?

—En la cama.

—Marcha, dispiértalos, y diles que toda resistencia es inútil, ¡zambomba!, porque el general Marco está ahí fuera con 3.000 hombres y yo tengo 400 en la posada. Conque que se rindan sin condiciones y en el acto.

Antonino asustó á sus amos y al jefe de la guardia civil. Al sepulcral silencio sucedieron rumores sordos, entradas y salidas en los cuartos, parlamentos á media voz y entre gentes poco menos que desnudas.

Preguntó el Sr. Moreno al Palomo si habría cuartel. Contestó éste que daba su palabra de honor de respetarles la vida y ponerlos en libertad, apoderándose sólo de los caballos, el equipo y el armamento.

Cumplióse al pie de la letra lo pactado, y sin disparar un tiro se apoderó el Palomo en Daroca de 36 caballos con sus correspondientes armas y equipos y de unos 30 fusiles procedentes de los guardias de infantería.

Avanzaba la noche, cundía la alarma y últimamente se enteraron de todo los defensores de los muros y de las puertas Alta y Baja. Entabló el Palomo negociaciones para que se rindiesen, como acababan de hacerlo los guardias y voluntarios sorprendidos en la parte baja de la ciudad; pero de repente sonó un tiro, sin que se sepa si salió del campo liberal ó del carlista, y tan horroroso y general fué el fuego que hicieron las fuerzas del Palomo sobre los fuertes, que el primero que los abandonó, huyendo á ocultarse en alguna casa de la población, fué el comandante de infantería D. Andrés Cruz, hijo de Daroca, y tras él los demás defensores, escondiéndose unos y huyendo fuera de la ciudad otros para no entregar el armamento (1).

Al romper el día 13 entró el general Marco en Daroca con toda la fuerza, y después de felicitar públicamente al Palomo, hizo una vez más ostentación brillante de su fe y piedad. No era Marco tan ostensiblemente devoto como

(1) Refiere Pirala esta sorpresa, en el fondo, tal como acaeció, pero omitiendo detalles y quitándole importancia. Tal como relatada queda la llevó á feliz término D. Pedro Calvo, ayudante de Marco, tan prestigioso y conocedor del país como valiente y sereno que reside actualmente en Báguena.

Lizárraga, pero sí católico práctico á machamartillo, creyente y piadoso de veras, que lo había sacrificado todo á la defensa del altar, en primer término, y del trono legítimo en segundo lugar. Por eso no quiso pasar por Daroca sin que sus fuerzas rindiesen armas, y en nombre propio y en el de Carlos VII adorasen las Sagradas Formas, milagrosamente conservadas en los famosos Corporales, que designa el vulgo con el nombre de Santísimo Misterio (1).

Inseparables son en España los nombres de Daroca y los Corporales, tanto que en el escudo de armas de aquélla vense el cerco de la ciudad con el agua que pasa por medio, las barras de Aragón, seis ocas y finalmente (y aquí está representado el Santísimo Misterio) seis Formas matizadas con la sangre del divino Pelicano, y al rededor, por lema, aquellas palabras del profeta David: *Non fecit taliter omni nationi*.

Marco piadoso, Marco aragonés y Marco militar no podía entrar en Daroca sin hacer ostentación pública de su devoción al Santísimo Misterio, cuya historia corría de boca en boca entre sus fuerzas, adicionada con comentarios y consejas populares.

Conquistada Valencia por D. Jaime, su tío el generalísimo D. Berenguer de Entenza, con los tercios de Daroca, Calatayud y Teruel, prosiguió la guerra contra la morisma, ocupando

(1) Ocurrió esto en la primera entrada de Marco en Daroca, ó sea el día 26 de Noviembre de 1873.

las alturas del Codól en el término de Luchente el año 1238, para tomar á los moros el castillo de Chío. Apercebidos para formidable batalla, los seis capitanes de los tercios, tan rudos y valientes como devotos, quisieron vigorizar sus almas con el Pan de los fuertes. Celebró la misa el capellán de Daroca, mosen Mateo Martínez, quien además de la Hostia del sacrificio consagró seis pequeñas formas para que comulgasen los capitanes; pero antes de sumir sorprendieron á los cristianos los alaridos de la morisma, que intentó sorprenderles iniciando la batalla. Empuñaron las armas los tercios aragoneses, rechazando al enemigo, que se les venía encima; turbado mosen Mateo, sumió la Hostia grande precipitadamente, sin que le ocurriera hacer lo mismo con las pequeñas, las cuales envolvió en los corporales, y para evitar su profanación, mientras el ejército se batía, corrió á esconderlas en apartada cueva.

La más completa y hermosa victoria coronó la piedad y valor heroico del ejército cristiano; se apresuró el capellán á recoger tan sagrado depósito, y al desdoblar los corporales para administrar la Comunión á los capitanes victoriosos, ¡oh prodigio!, observó con asombro que las Sagradas Formas estaban matizadas de sangre. Adoraron todos la sangre preciosísima del Redentor y comenzaron á disputarse la posesión de tan estupenda reliquia. Acordó el general D. Berenguer de Entenza que se adjudicase á la suerte; por tres veces favoreció ésta á Daroca,

pero no resignándose los demás aspirantes, encomendaron á la Providencia la solución definitiva; colocáronse los Corporales en una arquilla sobre una mula de las cogidas al enemigo y se convino en que, abandonada á su instinto en la marcha, se cediesen las Sagradas Formas á la comunidad en cuyo territorio expirase el animal, seguido y custodiado por mosen Mateo, otros sacerdotes y muchísimos devotos.

Tras una marcha de 50 leguas, el día 7 de Marzo de 1239 llegó la comitiva á Daroca, desde cuya puerta principal desvióse la mula unos pasos hacia el camino de Calatayud, y frente á la iglesia de San Marcos, que después fué de la Santísima Trinidad, cayó muerta, dejando á Daroca el tesoro de las Sagradas Formas, que después de seis siglos y medio se conservan todavía incorruptas.

Para rendir homenaje público de amor y fe á tan extraordinario tesoro, el general carlista Marco hizo celebrar misa solemne en la amplísima y elegante Colegiata-basílica de Daroca, que oyeron devotamente las fuerzas carlistas, ocupando la iglesia y la plaza precedente. Formaron después en ésta los batallones, y en el balcón de la Colegiata y con las ceremonias de rúbrica se expuso la preciosa arquilla que encierra los Corporales con las Sagradas Formas, rodeada del clero, del estado mayor y de la oficialidad carlista, que tuvieron la devota curiosidad de verla de cerca.

Tocaron la Marcha Real las cornetas, rin-

dieron armas las fuerzas carlistas y doblaron todos la rodilla ante el Santísimo Misterio, con edificación grande de Daroca entera que presenciaba el conmovedor espectáculo. Corrieron las lágrimas de muchos ojos y arraigó en los corazones todos el convencimiento de que aquéllos eran soldados verdaderamente aragoneses y cristianos, y el carlista el verdadero ejército de la fe.

Carlos VII estuvo aquel día en Daroca dignísimamente representado y en carácter, pues los reyes verdaderamente católicos tuvieron siempre á grande honor visitar los Sagrados Corporales de Daroca y enriquecer aquella Colegial insigne (1).

(1) De la *Cronica del Congreso Eucarístico*, de Valencia, tomamos los siguientes datos referentes al Santísimo Misterio: «El católico rey D. Jaime lo reverenciaba tanto que le colmó de regalos, y entre ellos la primorosa Custodia que le sirve de trono en la octava del Corpus. Sus ardientes deseos eran que se extendiese por todo el mundo la fama de su divino Misterio, que bien podía considerarse como el premio del cielo á sus admirables proezas en la defensa de la Cruz y augustos misterios, contra la media luna y el Korán.

»La santidad de Urbano IV tuvo noticia de él y de sus maravillas por dos syndicos de Daroca, é informado por los gloriosos Doctores Santo Tomás y San Buenaventura, no sólo aprobó su culto, sino que, según algunos, con este motivo se decidió á instituir la solemnisima fiesta del Corpus; desde luego, para fomentar su devoción, concedió innumerables indulgencias, que Martino V aumentó y extendió á favor de cuantos viniesen á visitar este prodigio en toda la octava, como consta en su Bula de 13 de Noviembre del año IV de su Pontificado. Lo mismo hizo Benedicto X el año 1397.

»San Vicente Ferrer adoró en 1414 este admirable

Cumplido el deber patriótico y religioso, y recogidos los efectos todos de tan acabada sorpresa, aquel mismo día 13 salió de Daroca la brigada Marco, marchando el Palomo á Bágüena y demás pueblos de aquella ribera á reclutar y armar gente, y prosiguiendo el general con el grueso de la fuerza su expedición hacia Molina.

Sería cuento de nunca acabar referir al por menor las expediciones, correrías, sorpresas, encuentros y desesperadas acciones trabadas contra muy superiores fuerzas, y todo llevado á término, con varia pero casi siempre próspera fortuna, por nuestro héroe el guerrillero Palomo.

Marco, receloso siempre del valor y disciplina de sus voluntarios, rehuyendo encuentros con el enemigo, y el Palomo guerrero por naturaleza,

prodigio y predicó sus glorias. Eugenio IV concedió en 1444 indulgencia plenaria á cuantos le visitasen en el día y vispera del Corpus: vinieron á ganarla don Juan, rey de Navarra y luego de Aragón, cuya presencia atrajo á cien mil personas próximamente, á las que lo mostraron los obispos de Huesca y Zaragoza. Sixto V renovó la indulgencia en 1482. En 1495, á 25 de Noviembre, lo adoraron los Reyes Católicos y el Emmo. Cardenal de Toledo Sr. Mendoza; en 1534 y 20 de Enero, los emperadores y rcyes de Alemania y Castilla, con toda la familia real, diciéndoles estar en aquellos corporales Nuestro Señor Jesucristo como en el Sacramento del altar; el Emmo. Sr. Cardenal de Sevilla D. Alonso Manrique, y puede decirse que no ha habido soberano, príncipe ni personaje notable en España que no lo haya visitado próximamente hasta nuestra época, según consta en el archivo de la iglesia depositaria de tan inestimable tesoro.»

Toino I, págs. 302 y 303.

temerario á veces, despreciando peligros y seguro del valor, más ó menos militar y ordenancista, que dan la fe religiosa y las acendradas convicciones políticas, afanoso de batirse, en ocasiones contra las órdenes terminantes de su comandante general.

Tal sucedió cuando, al regreso de la expedición á Molina, intentó Despujols apoderarse de Cantavieja, presentándose delante de la plaza. Acudió Pallés con su batallón de tierrabajinos y salió el Palomo al frente del colegio de cadetes, única guarnición que había en Cantavieja: ambas insignificantes fuerzas tirotearon y detuvieron á la brigada Despujols en los collados fronterizos cuanto pudieron. Propuso el Palomo á Pallés que se encerrasen en la plaza para defenderla, pero prefirió éste abandonarla, retirándose con su batallón á la Iglesuela; y el Palomo, que ni conoció jamás el miedo ni entendió que por débiles que fueran sus defensas podía considerarse nunca á una plaza fuerte como *ratonera*, se encerró con sus cadetes en Cantavieja, dispuesto á defenderla á toda costa. A las doce estaba Despujols en el arrabal de San Blas, de cuyas casas se apoderó después de nutrido fuego, y empezó el ataque á la población. Multiplicábase el Palomo dentro de las tapias, que no merecían el nombre de muros, enardecía á los cadetes con sus ¡cuernos! y ¡recuernos!, tomaba posiciones, acudía el primero á los puestos de mayor peligro y estaba, en suma, hecho una fiera, dispuesta á defenderse con las uñas y


aun con los dientes. Los cadetes le admiraban con asombro, y en su propia inexperiencia y en el valor indomable de su jefe, del cual eran claros indicios aquel erizado bigote y aquellas miradas de fuego, encontraron aliento para su temeraria empresa.

No acobardaron al Palomo ni la artillería ni las posiciones conquistadas por Despujols, y (añade literalmente Pirala) «dadas las circunstancias en que se encontraba, aquella fué la defensa más heroica que hicieron los carlistas del Centro en esta guerra (1). Tuvieron los liberales la desgracia de que en el momento de colocar el cañón para abrir brecha y hacer el primer disparo, fué herido el teniente y uno de los artilleros y no pudo continuar el fuego.

»Por esto, ó por miedo á Marco, Despujols se retiró á las cuatro de la tarde hacia la Cañada. Marco, haciendo una marcha penosísima, llegó á Cantavieja á las siete de la noche, y aun persiguió la retaguardia de Despujols» (2).

(1) Obra citada, t. III, p. 403.

(2) Hizo esta temeraria defensa el 23 de Abril de 1874 el gobernador de Cantavieja D. Joaquín Lacambra. Al atribuir nosotros este y otros hechos de armas, todos *rigurosamente históricos*, á nuestro guerrillero imaginario, tendrá que dispensarnos el lector algún ligero anacronismo.





XVI



NECESARIO es peinar canas, es decir, haber residido hace más de treinta años en las aldeas y pueblos de nuestras regiones montañosas para reconstruir las costumbres de los serranos y las escenas populares y típicas que ofrecían entonces á la contemplación del novelista curioso los pueblos verdaderamente españoles y creyentes. Entonces el sentimiento religioso era unánime, aunque hubiese pecadores, como en todas las épocas; ni aun los más impíos ó incrédulos se atrevían á ponerse en pugna con la opinión general, de manera que la hipocresía religiosa se imponía ayer, como frecuentemente se hace hoy alarde de la hipocresía del vicio y de la incredu-

lidad. El descanso, no sólo dominical, sino festivo, practicábanlo aquellos buenos labradores con tanto afán como hoy se pone en la profanación de los días de precepto. Imperaban la sencillez, la economía, el regocijo, los trajes rancios y el calzón corto, como hoy dominan las modas extranjeras, el lujo, el convencionalismo, la etiqueta y el pantalón lo mismo en las aldeas que en las ciudades.

Por eso los habitantes de Torrequemada, desde el amanecer del 16 de Agosto hasta media noche, dedicáronse con alma y vida á obsequiar á su santo Patrono San Roque, y como alborcó el día esplendoroso de luz, de perlas líquidas que titilaban en todas las plantas y flores, y de perfumes campestres, todo el pueblo acudió primero á la iglesia, cuyo dorado altar mayor, al través de las grandes puertas del templo, abiertas de par en par, deslumbraba á los presentes en el atrio, esperando la comitiva para incorporarse á ella: y todo el pueblo se trasladó después, en pintoresca y alegre procesión, á la ermita de San Roque, que frente á Torrequemada y al otro lado del río, entre pinos y sabinas, en cierto montículo se levanta.

Allá bajo el incesante y alegre clamoreo de todas las campanas parroquiales, contestado aquí arriba por el campanillo infantil de la ermita. Los dulzaineros con sus chillonas notas y los tamborileros con sus redobles rítmicos, rompiendo la marcha. Detrás, ondeando al viento, los estandaríes de la parroquia, de damasco y colo-

res diferentes, telas, cordones y borlas que azotaban á veces el rostro del mismo mocetón que los llevaba. Quién hacia alarde de su fuerza conduciéndolo con una sola mano y apoyando el asta en la faja; quién necesitaba ambas manos y los dos brazos para no rendirlo ante los azotes y embestidas del viento, y quién, sudoroso y sin aliento, con mirada suplicante, pedía relevo á los mozos sus amigos. Los escopeteros detrás, disparando de vez en cuando sus armas, y los chiquillos de la escuela luego con sus caritas lavadas, algunos con candelas colgantes en las narices y sus trajecitos de fiesta, en regocijado desorden, contemplando con la boca abierta las dulzainas, tambores, estandartes y escopetas. A continuación, en dos largas filas, con sus capas de paño burdo que se reían de los calores estivales, los casados y hombres graves del pueblo; San Roque bendito en segunda, conducido sobre su peana humilde por cuatro robustos mocetones con roquetes que más parecían camisas, y el clero, el ayuntamiento y el devoto femenino sexo, por último.

El invierno con sus fríos y nieves prolongóse indefinidamente: tardía y lluviosa en sumo grado vino por fin la primavera, tapizándolo todo de hierba y flores en tal abundancia, que confundíase el caliginoso Agosto con el Abril florido, y las montañas, lo mismo que las praderas del valle, todo estaba tapizado de flores amarillas, blancas, rojas y azules, tales como el clavel silvestre, el alelí, la margarita, la amapola, el

botón de oro, la cicuta, el diente de león, la digital purpúrea, etc., etc., y de plantas aromáticas sin cuento como la ajedrea, el tomillo, el espliego, el orégano, el cantueso, la salvia y otras mil que, pisoteadas por la devota muchedumbre, perfumaban la atmósfera y recreaban el olfato.

Con espléndida alborada y sol naciente deslumbrador, mientras relucían aún en las plantas y en las flores diamantes líquidos de rocío, deslizábase la procesión como una anguila por la montaña, en cuya cumbre brillaba al sol la ermita de San Roque, y todo el mundo pudo ver á Fernando, con traje más rico que el de los demás mozos, pero de la misma hechura y corte, tan pronto subiendo y ondeando á pulso uno de los mayores y más pesados estandartes como si fuera una paja, tan pronto disparando su escopeta de dos cañones, de las que se cargan por la recámara, que era la admiración y envidia de los mozos de Torrequemada.

Más que el aire devoto, obligado en los actos todos del culto católico, brillaba en los semblantes la alegría y la distracción campestres; pero las preces é himnos de la Iglesia, llanamente cantados por el cura, el sacristán, los aficionados y los monaguillos, llenaban el espacio y los corazones de devoción santa.

Llegados á la ermita, ya no los cantores de afición, entre los que figuraban los herreros, padre é hijo, aquél con cascada voz de bajo y empeñado éste en hacer el dúo con la suya chi-

llona y atiplada, sino el pueblo en masa, cantó á coro y con devoción grande los *Gozos* á San Roque, invocándole como abogado contra la peste, una *Salve* á la Virgen y un responso por el descanso eterno de aquel heroico sacerdote que supo y quiso ofrecer su vida en holocausto á la Justicia divina para que librase á su pueblo natal de la peste (1).

El vecindario todo, pero especialmente los mozos y mozas lucían con tan fausto motivo sus mejores galas; todos regresaron procesionalmente, cantando y acompañando las andas del Santo, á Torrequemada, entre los acordes de los tambores y dulzainas, el volteo incesante de las campanas, las descargas de los morteretes y de las escopetas, y el correr y saltar de los muchachos que obsequiaban al Santo rompiendo las graves filas y anticipándose á la procesión.

Cuando ésta cruzaba por la plaza, previamente dispuesta al efecto, bien barrida y regada, con unas sillas en semicírculo y una mesa en frente, el trovero del lugar, tío Roque Bolete, gravemente embutido en su capa de paño burdo, le salió al encuentro, dió á entender con ademanes que parasen, hizo alto la procesión ocupando el clero y el ayuntamiento las sillas, los conductores colocaron al Santo sobre la mesa, cerró el corro la apiñada muchedumbre, quedando el tío Roque en el centro y de pie, ce-

(1) Hace 34 años que describí esta misma escena en el capítulo XVII de mi novela corta *Lo que puede una mujer*.

saron como por encanto todos los ruidos, hasta las mujeres dieron paz á su lengua, y por encima de aquel silencio religioso y profundo dejóse oír la atiplada voz del trovero, quien declamó bastante bien, para ser un baturro, cierta *loa* tradicional en aquellos montes (las mujerucas la llaman *loba*) que respira fe y piedad, y comienza así:

«Parad, suspended atentos
vuestros pasos, sabia iglesia,
noble ayuntamiento y cuantos
con la devoción más tierna
seguís el piadoso curso
de esta cristiana carrera.»

En un romance popular, casi de ciego, relata luego el poeta que, por los años del Señor de 1667, la peste negra invadió á Torrequemada (1), causando tales estragos que, á pesar de ser entonces insignificante aldea, en muy pocos días fallecieron 27 personas. Aterrado el pueblo, un sacerdote, llamado precisamente mosen Roque, subió á la ermita, tomó en hombros la imagen de San Roque, la bajó á la iglesia del pueblo, la colocó en el altar mayor, y ofreció á Dios su vida en holocausto para que cesase la peste.

Indudablemente fué aceptado su sacrificio

(1) El verdadero pueblo es Torres, partido de Albarracín.

heroico, puesto que murió aquella noche, no dándose ya más invasiones ni muertes.

El tío Roque terminó así su loa:

«Gloríate, patria amada,
pues como tú nadie cuenta
con tan excelso Patrono,
que, si contrita lo ruegas,
ha de librarte al punto
de pestes, hambres y guerras,
y pidamos para todos
felicidades eternas.»

Una descarga cerrada de morteretes y escopetas, las dulzainas, los tambores y un vuelo general de campanas corearon las últimas palabras del trovero. Lloraban hilo á hilo muchas mujeres, y repetían *amén, amén* los que no lloraban, mientras el tío Roque, con su migajita de vanidad oratoria, saludaba á las autoridades y al público con ambas manos y haciendo profunda reverencia.

La procesión continuó su grave marcha hacia la iglesia, y todos pudieron advertir que entre los *mainates* del lugar, como decían los serranos, figuraba el señor Francisco Lorente; entre los escopeteros su apuesto hijo Fernando, y en el abigarrado grupo de mujeres la señora Teresa y María Viciano, con sus basquiñas negras ambas y sus mantellinas de seda, apoyada aquélla en el brazo de ésta, y objeto ambas de las atenciones de las comadres y devotas del lugar.

Todos tenían á María por sobrina del señor Francisco y por la más guapa y más rica moza de Torrequemada, ya que, como sabemos, vestía de corto como las demás jóvenes y procuraba alternar con todas las de su edad, aunque con los respetos debidos.

Por la tarde, hacia las dos, después de las comilonas de rúbrica, se cantaron en la iglesia parroquial solemnes Vísperas, á dos voces, pues cantaban por todo lo alto los monaguillos y los tenores montañeses, y por todo lo bajo el señor cura y demás aficionados á subir al coro, instalado sobre el cancel de la puerta principal: se cantaron después la Salve á la Virgen y los Gozos á San Roque con chillón acompañamiento de dulzaina, porque decían en el lugar que el gaitero sabía nota; se rezó luego el santo Rosario, y terminada la fiesta religiosa, la gente joven y hasta los viejos, más ó menos verdes, acudieron al baile de la plaza que se efectuó, no como de ordinario con acompañamiento de guitarras, bandurrias, guitarrico hablador y hierrecillos, sino como en las fiestas más ruidosas, con acompañamiento de tamboriles y dulzainas.

Para fingir mejor, también María Viciano asistía á estos bailes populares, aunque se negaba á bailar, por no familiarizarse demasiado con los mozos destripaterrones y por el reciente luto de su tío carnal; pero el enamorado Fernando, su primo supuesto, tanto insistió y rogó aquella tarde, que al fin cedió María y bailó la jota con el primogénito del señor Francisco.

¡Hermosa pareja! Tal para cual, decían las serranas; los mozos envidiaban á Fernando, las mozas á María, y todos admiraban el garbo, la hermosura y gentileza de los bailarores.

—Todos nos miran—dijo María á Fernando sin perder el compás.—Hice mal accediendo á tus ruegos.

—Todos me envidian, dirás, y harías muy bien, ya que no somos primos de veras, si de una vez para siempre te decidieras á que fuésemos novíos.

—Cincuenta veces te he dicho, Fernando, que no puedo, porque yo no he de faltar nunca á mi palabra, y la tiene empeñada mi primo Rafael.

—Eso no puede ser, porque tu padre no quiere tratos con liberales.

—Bueno, pues cuando no sea, hablaremos: ahora te prohibo terminantemente que me hagas el amor.

—Entonces nadie más que tú tendrá la culpa de que yo mate á Rafael.

María soltó una carcajada, y un relámpago de celos vengativos iluminó los ojos de Fernando, quien sin darse cuenta de lo que hacía, perdió el compás.

—Mejor será que no bailemos más, Fernando, porque estás completamente tonto.

—Lo que tendré que hacer yo es irme con el Palomo y dedicarme noche y día á perseguir á Rafael.

—Con lo que lograrás sólo darles un disgusto de muerte á tus padres.

—Pues esto no es vivir, María, y yo te quiero, te quiero y te requiero.

—Ya me lo has dicho cien veces, Fernando, y yo, que te quiero como amigo, no te quiero ni puedo quererte para novio.

—Lo mataré, lo mataré, lo mataré.

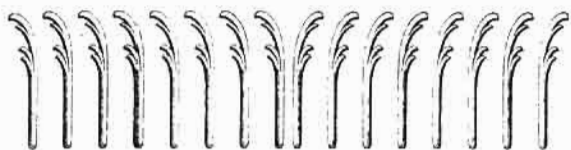
Pronunciando estaba estas palabras, cuando penetró en la plaza de Torrequemada la cabeza de una columna, al frente de la cual venían á caballo el teniente coronel X... y Rafael Viciano, charlando amigablemente de las travesuras del Palomo y de la pesada burla que les jugó en Barrionuevo. Rafael aun divisó á María bailando con Fernando.

Dispersáronse los bailadores como por encanto, dejaron de tocar los gaiteros, y con tan inesperada visita terminaron el baile y las fiestas á San Roque por completo.

Se alojó X... en casa del alcalde, Viciano en la del señor Francisco, y entre los demás se repartieron boletas de alojamiento. Pernoctó allí la columna liberal, y enterado X... por su patrón el alcalde de cómo el Palomo sorprendió á Rafael y á su gente en casa del señor Francisco, concibió sospechas respecto á los huéspedes de Viciano, y con estupefacción general, al proseguir al siguiente día su marcha hacia Tervel, se llevó presos á María, Fernando, los padres de éste y un supuesto confidente que no había tenido arte ni parte en la sorpresa, contra cuyo atropello fueron completamente inútiles las protestas de los interesados y del pueblo

todo, y los ruegos de Rafael Viciano, quien á la verdad no insistió mucho por celos de Fernando, en primer lugar, y para que no se dudase de su liberalismo, en segundo. Encargaron la casa al fiel Cuquita, y en un carrito atartanado, que guiaba el mismo Fernando, tuvieron que marchar á Teruel con la columna liberal.





XVII

DESDE Torrequemada á Teruel, el teniente Viciano se acercaba frecuentemente al carrito, se ofrecía á la familia del señor Francisco y procuraba sincerarse con todos, sobre todo con su prima, de aquel contratiempo; pero Fernando no podía ver al teniente y echaba leña al fuego, procurando que sobre Rafael recayesen todas las sospechas y resquemores de los presos. María era la única que contrariaba á Fernando, defendiendo á Rafael y diciendo:

—No lo creo, Fernando, no lo creo: mi primo es incapaz de hacer mal á nadie por capricho, ni menos á su novia y generosos protectores. Si no estuviera yo por medio me explicaría tai vez

que vengase en vosotros la sorpresa de que fué víctima en vuestra propia casa; pero... así... ¡imposible!, ¡imposible!

—Bueno, bueno, María, te ciega el amor; pero te regalo el pez... liberal que te llevas. Esta canallada no es obra exclusiva del teniente coronel X..., sino sobre todo del teniente Viciano, ya lo verás.

Contrariaban mucho á María tales dudas y discusiones, preocupándola vivamente la malquerencia de Fernando á Rafael, pagada sin duda por éste en la misma moneda; pero se abstenía de decirlo ante aquella excelente familia de carlistas, amigos íntimos del Palomo y de su padre. A veces tan honda pena exteriorizábase llenando sus rasgados ojos de lágrimas, que procuraba sorber hacia dentro para no parecer ingrata; pero tampoco le era fácil renunciar de repente á unos amores tan arraigados en su pecho. Continuaba, pues, amando á su primo Rafael con toda su alma, y queriendo á su huésped Fernando como se puede querer á un buen amigo que nos dispensa cariño y favores incesantes. Con la perspicacia ingénita del enamorado en todo cuanto á su pasión afecta, adivinaba Fernando el estado de ánimo de María, las torturas de aquel gran corazón, refractario á todo afecto deprimente, insistiendo en sus sospechas y callando sus recriminaciones sólo para no disgustar á María; pero por encima de todo y de todos creía Fernando á puño cerrado que Rafael y no el jefe de la columna era el verda-

dero autor de aquel atropello inicuo, y tan paulatina como progresivamente la antipatía natural que le profesaba convertíase en odio reconcentrado y violento.

No disponiendo de otro local al efecto, y suspendidas las clases durante las vacaciones, la autoridad militar de la plaza convirtió el Seminario en cárcel política, y en el Seminario fueron encarcelados el señor Francisco y su familia.

Apenas sus deberes militares se lo permitieron, visitó Rafael á su novia y consortes, lamentando calurosamente lo ocurrido, para ofrecerse en absoluto una y cien veces, al parecer con sinceridad imposible de fingir. Esto no obstante, María no tuvo más remedio que plantearle la cuestión. Le importaban muy poco ó nada sus molestias y prisión; pero no podía, ni debía, ni quería tolerar que personas á quienes estaba tan obligada dudasen de su novio y atribuyeran á Rafael tan imprevisto atropello. Por todo lo cual le amenazó con romper para siempre si no lograba la libertad del señor Francisco y familia.

Herían en lo vivo estas sospechas á Viciano, más que todo por no haber tenido arte ni parte en la detención de tan honrada familia; le ponía de pésimo humor la circunstancia de no disponer de influencia bastante cerca de las autoridades de la plaza para desmentir en el acto aquellas sospechas con una orden que permitiera á la familia del señor Francisco regresar inmediata-

mente á Torrequemada; pero por encima de todo esto le descomponía y mortificaba la idea de que su rival conviviese bajo el mismo techo con su novia, unas veces en casa del señor Francisco y otras en el Seminario, razones por las cuales puso en juego todas sus relaciones é influencias para obtener de los gobernadores civil y militar de la plaza que la detención de la familia Lorente se conmutara en destierro, sin poder adelantar un paso en este camino, haciéndose él mismo sospechoso y no logrando absolutamente nada.

Fernando se valió de aquel confidente carlista mudo que pordioseando entraba y salía frecuentemente en Teruel, sin inspirar la menor sospecha á nadie, para enterar al Palomo y á D. Ramón Viciano de lo que les pasaba. Tuvo éste un verdadero disgusto y comenzó á temer por su hija; pero el Palomo le tranquilizó inmediatamente, asegurándole que él se encargaría de poner en libertad á los presos, á cuyo efecto se disfrazó de arriero tierrabajino, y con unos burros delante, cargados con pellejos de aceite, se presentó en Teruel, tuvo larga y curiosa entrevista con los presos del Seminario, y aur aprovechó su visita para concertar con ciertos elementos que á ello se prestaban la toma de la plaza.

En la guerra última los carlistas no se apoderaron de Teruel, como tomaron á Cuenca, por falta de competencia en el Estado mayor de D. Alfonso y sobra de estúpidos antagonismos

personales entre los jefes carlistas que rodeaban al Infante. Si le dejan obrar libremente á Marco, con sus solas fuerzas aragonesas, sin mezcla de castellanos ni valencianos, Marco hubiera tomado la plaza sin derramar una sola gota de sangre, ó tal vez la plaza se hubiera entregado al caballero aragonés sin el menor recelo, convirtiendo á Teruel, de acuerdo común, en población abierta. No dudamos con esto ni del entusiasmo liberal ni del valor militar de sus defensores, en dos ocasiones bien acreditados, no; pero nos fundamos para opinar de esta manera en la torpeza de los sitiadores y en la conveniencia de los sitiados, aparte de las relevantes prendas que adornaban al general Marco, que sin ser militar ni guerrero á usanza sobre todo de Villálain conocía el país y el terreno perfectamente, tenía hechos con éxito trabajos preliminares y gozaba del prestigio grande que disfrutaban entre propios y extraños los hombres que sacrifican su tranquilidad, su gran fortuna y su vida entera por causas tan nobles como la Religión, la Patria y la Legitimidad.

Nadie pudo suponer que en aquel viejo de calzones semicaídos, con morada y deshilachada faja de lana, atravesada con una vara de arriero, en mangas de camisa gorda y sucia, con piuques y abarcas, la melena convertida en zarzal, pañuelo á la cabeza y anteojos ahumados, como si padeciera enfermedad crónica en la vista, se escondiera el guerrillero Palomo en persona. Se enteró de todo, lo preparó convenientemente

todo, y salió de la plaza para cambiar de traje é incorporarse á sus fuerzas que le esperaban en Alfambra.

Redujéronse sus gestiones á valerse de aquel furibundo canónigo, que todo lo quería llevar á sangre y fuego al comienzo de esta historia, para que le hablase al señor Obispo; recomendó éste el asunto á Pavía, general en jefe del ejército liberal del Centro, y convencido Pavía de que se trataba de carlistas inofensivos, conmutó su prisión en destierro á Estella, participándolo directamente al señor Obispo, y dándole al efecto instrucciones adecuadas al gobernador militar de Teruel, quien entregó la orden para su notificación y cumplimiento al teniente Viciano, con regocijo grande del primo y novio á la vez, que casualmente podía engalanarse con plumas ajenas.

Cuando se presentó Rafael con el oficio en el cuarto de los presos, María no pudo contenerse y abrazó á su primo en presencia de Fernando, que se ahogaba de celos, y perdió de un golpe las esperanzas que le había hecho concebir la que él llamaba indigna conducta de Rafael. El señor Francisco y la señora Teresa desecharon al punto todo recelo y apretaron con cariño y con fuerza la mano del teniente, llorando casi de gratitud. Para apreciar á fondo la situación, recuérdese que en aquellos días aciagos los presos carlistas, más que á las penas oficiales, vivían expuestos continuamente á las iras y venganzas del populacho.

Sólo Fernando continuaba fosco é incrédulo; pero se aprovechó como los demás de la gracia, y sin tiempo para demostrar quizá con hechos contundentes la aversión que á Viciano profesaba, partió con su familia en el coche-diligencia para Zaragoza, á fin de pasar desde allí á Navarra.

Puede suponer el lector que antes aprovechó Rafael un rato para despedirse secretamente de su novia, renovando una y cien veces los juramentos de casarse con su prima ó con nadie, y hasta concertando los novios la manera de escribirse y aun de verse, procurando Rafael que le destinasen al ejército del Norte.

Llamado á la vez D. Ramón Viciano por el ministro de la Guerra de D. Carlos, general Elío, para que desempeñase un empleo sedentario en Navarra en armonía con sus años y achaques, salió de Cantavieja para Zaragoza con cédula personal ajena, en la que figuraba como vecino de Rubielos y fabricante de bayetas, é incorporóse en Zaragoza á su hija, siendo fácil de adivinar la alegría con que se abrazaron y con que D. Ramón conoció personalmente al señor Francisco y familia. No sabía cómo agradecerles lo que habían hecho por su hija María, y todos juntos se deshicieron en estupendos elogios del Palomo.

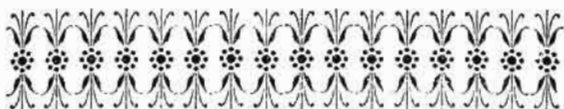
Celebraron una especie de consejo de familia y convinieron en burlar la escasa vigilancia de las autoridades gubernativas sobre los desterrados para que Fernando regresase á Torre-

quemada, y hubiera al menos uno que velase por los intereses materiales del señor Francisco, de D. Ramón y del Palomo. Sin descubrir la causa, resistióse cuanto pudo el mozo á separarse de María; pero ante los ruegos de don Ramón y las órdenes terminantes de su padre accedió al fin, con el propósito de sentar plaza en las fuerzas del Palomo y dedicarse á la persecución de Rafael, si para matarlo no, pues su cristiana conciencia hubiese rechazado inmediatamente este descarnado y vengativo pecado de pensamiento, al menos para hundirlo militarmente y desacreditarlo á los ojos de D. Ramón y de María, de manera que resultase imposible el concertado matrimonio con ésta.

La orden de destierro sirvió de admirable pasaporte al señor Francisco, su mujer y María para llegar directamente, y sin el menor tropiezo, á Estella. D. Ramón Viciano, por Huesca y Canfranc, entró en Francia, repasó la frontera navarra y pocos días después reunióse con los desterrados en la Meca del Carlismo.

También Fernando llegó sin novedad á Torrequemada, dió una vuelta por ambos Barrios, nadie trató de inquirir cuál era su situación legal y esperó ocasión propicia tranquilamente para llevar á la práctica su intento.





XVIII



GUIJONEADO Rafael por el recuerdo incesante de su prometida, y aprovechando la oportunidad de haber sido propuesto para el ascenso á capitán por su valiente comportamiento en la defensa de Teruel, cuando inútilmente intentó el Infante D. Alfonso apoderarse de la plaza con las fuerzas de Marco y de Villálain. solicitó su vuelta á infantería y su incorporación al ejército del Norte. Particularmente dijo al gobernador militar que solicitaba la traslación, en primer lugar, por las sospechas sin fundamento, pero reales, que contra él abrigaba el teniente coronel X..., y en segundo porque en el Norte, luchando con fuerzas regulares casi, eran mayo-

res los peligros y las probabilidades de ascenso, razones por las cuales el brigadier informó favorablemente la solicitud de Viciano, y al concederle el empleo de capitán, se le destinó al regimiento de Galicia, 19 de línea, que á la sazón mandaba el coronel Cassola.

Ignoraba Fernando este cambio, y apenas ordenó los asuntos de casa, dando instrucciones detalladas á Cuquita para su gobierno, se hizo el encontradizo con el Palomo, quien se enteró con mucho gusto de la feliz llegada á Estella de D. Ramón, el señor Francisco y las dos señoras, y fundándose el mozo en su situación anormal por encontrarse él también desterrado y á merced de las columnas que pasasen por Torrequemada, lo convenció para que le admitiera en filas como voluntario. Sentía el Palomo exponer á los azares de guerra tan peligrosa al primogénito de su amigo íntimo el señor Francisco, garrido mozo además digno de mejor suerte; pero ante las concluyentes razones y el empeño decidido del joven, cedió al fin, lo alistó, y lo hizo alférez en el acto.

Resolución semejante tomaba á la vez en Irache María Viciano sentando plaza en las filas de *La Caridad*, sociedad benéfica semejante á la Cruz Roja, organizada por D.^a Margarita en Navarra para la asistencia y curación de los soldados carlistas, y tomando el hábito de las Hermanas con consentimiento y beneplácito de D. Ramón y ayuda de los pobres viejos el señor Francisco y la señora Teresa que, no

pudiendo dedicarse á cosa más peligrosa y activa en pro de la Causa, entretenían sus ocios haciendo hilas para el hospital militar de Irache, hermoso edificio ocupado hoy por las Escuelas Pías que dirigen los hijos de San José de Calasanz.

Ingresó en el noviciado de las hijas de San Vicente de Paúl, deseosa de ser útil á la Causa carlista y á sus defensores; pero sin el propósito ni aun de hacer votos simples, á pesar de lo que la falta de personal, sobre todo joven é inteligente, hizo que se la admitiera en el acto, haciéndola merced del hábito que solicitaba y dedicándola á la asistencia de los heridos en las cuadras de Irache.

Sin poderlo remediar, María de las Nieves veía á Rafael en todos los oficiales, jóvenes sobre todo, sometidos á sus vigilantes cuidados, y sin darse cuenta de ello, ni mucho menos faltar al pudibundo decoro de su sexo en casos tales, los velaba y asistía con tanto esmero, dedicándoles tan exquisitas atenciones, que todos los heridos se hacían lenguas de la Hermana Nieves, y sus inteligentes y amorosos servicios desde el principio fueron tenidos en alta estima por la superiora, los médicos y los practicantes de Irache.

Escribió varias veces á Rafael, según las señas convenidas, pero por lo visto no llegaban las cartas á su destino, y nada volvió á saber de su novio desde su partida para el destierro. Más afortunado el señor Francisco, tuvo noticia de

que Fernando, después de poner en orden los asuntos domésticos en Torrequemada, no pudiendo justificar allí su presencia á los ojos de las autoridades que le habían desterrado á Estella, había empuñado las armas y era uno de los oficiales mejores y más queridos del Palomo.

Al saberlo, nada dijo María de su recelo; pero imaginóse en seguida que Fernando tomaba parte en la guerra, más para perseguir á Rafael y prenderle de nuevo, si podía, que por entusiasmo guerrero y en defensa de la Religión y del Derecho, y el pensamiento de los peligros recíprocos que corrían en el Centro ambos mozos barrenaba frecuentemente su cerebro, produciéndole insomnio y pesadillas terribles, y entre los más recónditos pliegues de su corazón traducíase en plegarias frecuentes á la Virgen para que librara á entrambos mozos de peligros inminentes y, sobre todo, de venganzas tan injusticadas como terribles. De esta manera el amor de Rafael y los celos de Fernando torturaban noche y día el sensible corazón de Nieves, víctima inocente de sus apasionados.

Así las cosas, llegaron las memorables acciones de Somorrostro, y fueron tantas las bajas por una y otra parte y tan pocas las Hermanas de la Caridad aptas para prestar servicio en los sangrientos campos de batalla, que sin intempestivos alardes de valor ni de celo, como la cosa más natural del mundo, y aplicando mentalmente el mérito de su acción para que Dios librara de un encuentro personal á Rafael y

Fernando, la Hermana Nieves se ofreció espontáneamente á prestar servicio en las ambulancias, y con otras varias fué destinada al ejército carlista sitiador de Bilbao.

Pero dejemos la palabra á un testigo presencial (1), fiel narrador del sublime incidente que sigue:

«Corría el mes de Abril del año 1874; la guerra civil que ardía en la Península estaba en su apogeo. El ejército liberal, al mando del general Serrano, intentaba libertar á la invicta Bilbao del estrecho sitio que le tenía puesto el bando carlista, comandado por el señor marqués de Valdespina: por tercera vez se ponía á prueba el heroísmo de los habitantes de la nunca vencida villa. Después de los sangrientos combates de Ontón, Somorrostro, Monte Montañón y San Pedro Abanto, ambos ejércitos, estremecidos y aterrados de su propia obra y de la mortandad de sus hermanos, ocupaban las posiciones en que cada uno quedó en el momento del último disparo; nadie intentaba romper esta tregua impuesta por las circunstancias, dedicada á la penosa y triste tarea de echar tierra á los muertos que, según estadísticas, llegaban á cinco mil.

»Al regimiento infantería de Galicia, 19 de línea, mandado por el malogrado y nunca olvi-

(1) D. Manuel Grau, teniente coronel del regimiento infantería de Játiva, lo ha publicado así en la revista titulada *La Infantería Española*.

dado por el arma de Infantería general D. Manuel Cassola, tocó en suerte acampar, después de las acciones referidas, en unas alturas próximas á la aldea llamada La Rigada, cerca de Somorrostro: dicho regimiento tenía, como punto avanzado de su campamento, una trinchera defendida noche y día por una compañía.

»La noche del 11 de Abril, ¡noche horrible! y recordada por todo aquel ejército con espanto, pues los elementos desencadenados parecían reunirse para la destrucción de los campamentos; noche en que las tiendas de campaña volaban como hojas secas á impulso del furioso huracán; en la que no cesó de retumbar el trueno y en la que la lluvia torrencial calaba hasta los huesos, había necesidad de relevar la compañía que en el servicio de trinchera permanecía en ella desde las doce de la mañana: el capitán y oficiales de la compañía que debía cubrir el servicio, y en la que servía como alférez, hacíamos esfuerzos sobrehumanos para reunirlos; por fin se pudo, merced á la bonísima condición de todos, conseguirlo, y tratamos de emprender la marcha; pero aquí empezaron las dificultades. ¿Quién en aquella noche se aventuraba en aquellos barrancos, laderas y precipicios, sin exponerse á una desgracia? Difícil era la empresa, casi imposible para otro soldado que no fuera el español, y un corneta de la compañía, que aseguró conocer el terreno palmo á palmo, se prestó á servirnos de guía.

»Cogido el capitán al faldón del capote del

corneta, al de aquél el teniente más antiguo y cada uno al del que le precedía, y semejando con ello á larga y monstruosa serpiente que se desliza por el suelo, marchaba toda la compañía.

»A la media hora de tan fatigosa marcha se sintió en la *serpiente humana* un brusco movimiento de paralización; se oyeron voces, pero en aquella noche era difícil clasificar los ruidos.

»Yo, que era el sexto *anillo* de aquel *ofidio*, no pude hacerme cargo de nada; á poco continuó el movimiento de la procesión de sombras.

»Más de un cuarto de hora duró esta segunda marcha; por fin llegamos á nuestra trinchera, y después de las formalidades de ordenanza y al reunirnos los oficiales, el capitán, señalándonos una persona que se encontraba á su lado envuelta en un capote gris, nos dijo:

«—Señores oficiales: este señor es un capitán carlista; á su nobleza y generosidad debemos en este momento nuestra libertad: el corneta, á pesar de sus buenos deseos, perdió el camino, y por error hemos llegado á la trinchera carlista: este capitán, dignísimo español que mandaba la fuerza, haciéndose cargo de nuestra situación, no ha usado de su derecho por humanidad; indudablemente hubiéramos sido sus prisioneros con sólo decir, al saber quiénes éramos, adelante, y antes al contrario, se acercó á mí y me dijo con sencillez:

«Compañero, ha equivocado usted el camino; soy de este país y lo conozco mejor que ustedes;

cójase á mi capote, que yo les llevaré á su trinchera.»

»Y así lo ha hecho. Ruego á todos le estrechen la mano, pues bien lo merece.

»Así lo hicimos, y al estrechar la mía, como alférez más moderno, nos dijo:

«—Compañeros, ¡viva España!»

Aquel capitán liberal que, desconocedor del terreno, había equivocado el camino, llevando su compañía á la trinchera carlista y entregándola por ende en manos del enemigo, con perdón de mis lectores, se llamaba Rafael Viciano. ¡Triste destino el del joven oficial! Instruido, valeroso y entusiasta defensor de las ideas liberales, no daba paso alguno que no inspirase sospechas á sus correligionarios ó á sus amigos, y que no pusiera en inminente peligro su vida.

Mientras se batía como bueno en las inmediaciones de Somorrostro y de San Pedro Abanto, Fernando, su rival, le buscaba y perseguía inútilmente en la provincia de Teruel, resultando infructuosas cuantas gestiones hizo para averiguar su paradero.

La guerra civil, que es la más implacable y desastrosa de las guerras, continuó al día siguiente desgarrando las entrañas de la madre patria y tiñendo de sangre española las pintorescas faldas de los montes eúscaros. Librábase nueva batalla en las inmediaciones de Somorrostro. Descargas cerradas de infantería y fuego incesante de cañón atronaban el espacio, prolongándose y repitiéndose de valle en valle

y de monte en monte. Agazapados los carlistas en sus trincheras para no derrochar inútilmente sus pocas municiones, dejaban acercar al enemigo que, á pecho descubierto y con valor heroico digno de mejor causa, subía á veces á la carrera por entre las malezas del monte, y al tenerle cerca, descarga cerrada de enemigo invisible sembraba el suelo de cadáveres y hacía retroceder despavoridos á los liberales más valientes. En el ardor de la batalla, ciegos unos y otros de coraje y estimulados todos por el humo de la pólvora y el olor de la sangre, unas veces salían los carlistas de sus trincheras, penetraban otras en ellas los liberales, peleaban unos y otros al descubierto, exponiéndose imprudentemente al fuego de la artillería, los disparos cedían el puesto á las bayonetas, batallábase mano á mano y cuerpo á cuerpo, convirtiéndose la acción en combates individuales, y la generosa sangre española regaba abundantemente aquellas breñas y peñascos.

Muchos eran, entre los soldados republicanos, los que, al entrar en fuego, se acordaban de sus padres, de su novia, de la tierra amada; algunos, cristianamente educados, ante el peligro inminente se encomendaban á la Virgen, y aun rezaban oraciones aprendidas en su infancia; pero entre los defensores del altar no había uno solo que al romper el fuego no estrechase contra su pecho, con tanta fe como amor, aquel devoto escapulario del divino Corazón de Jesús, con la consabida leyenda: *detente bala, el Co-*

razón de Jesús está conmigo, que recibieran de sus piadosas madres ó novias al partir para la guerra. Pero pasada esta que pudiéramos llamar ternura ó debilidad mística, sobreponíase el guerrero al devoto, reemplazaba la fiereza á la piedad, y lanzábanse como leones á la pelea, sin acordarse más que de herir y matar, de vencer ó morir. Silbaban las balas en todas direcciones, rebotando á veces en las piedras próximas; pasaban otras tan cerca del pabellón externo del oído, que hasta los más valientes balanceaban su cabeza, realizando algunos el prodigio hasta de mover las orejas; retumbaba el cañón en el espacio; oíanse descargas y detonaciones á quemarropa; algún gemido sordo y lastimero, mezclado con las angustiosas exclamaciones ¡ay, Dios mío! ó ¡Madre mía! hería los aires y se confundía con el fragor de la batalla, y hasta los reptiles y alimañas del monte huían temerosos y avergonzados, como debieron huir en las inmediaciones del Paraíso terrenal, cuando Abel caía herido de muerte á las plantas de Caín.

Los que se odiaban en vida sin fundamento conocido y personal para ello, mezclábanse y se confundían sobre el mismo suelo al caer heridos ó muertos. Las ambulancias recorrían el campo con exposición grande de sus servidores, verdaderos mártires de la caridad, recogiendo y curando indistintamente á los de uno y otro bando. Con general asombro, cierta Hermana de la Caridad iba y venía, indiferente al peligro y desa-

fiando la muerte, en alas de su amor evangélico. Con profundo respeto pronunciaban todos los labios carlistas el nombre de la *Hermana Nieves*. Inclínose al suelo para socorrer á un capitán herido y abandonado por los suyos en plena posición carlista, que luchaba con las ansias de la muerte; incorporóle un poco para reconocerle, abrió los ojos el capitán, y al fijarlos por entre las blancas tocas que agitaba el viento en la hermosa faz de la monja, se estremeció de pies á cabeza, como si fuese á exhalar su aliento último, cuando dijo entre dientes:

—¡María!... ¡Tú aquí!...

—¡Jesús, Dios mío!... ¡Rafael!...—exclamó la Hermana Nieves con tal angustia que parecía á punto de desmayarse.

La ambulancia colocó en una camilla al capitán herido y retiráronse todos de aquel lugar peligroso. Un sacerdote y un médico volaron al encuentro de la camilla, y conociendo que la vida del capitán se extinguía por segundos, intentó el sacerdote confesarle. El pobre Rafael Viciano, que nunca había sido buen creyente, practicando por rutina nada más ciertos actos de culto cuando no podía hacer otra cosa, soltó una blasfemia, negándose á confesarse. María, lejos de escandalizarse, le miró con tanta ternura, dejando correr por sus mejillas dos hilos de lágrimas, y acercó con tanto amor á los labios del moribundo el crucifijo pendiente de su grueso rosario, que Rafael cerró avergonzado los ojos, apretó con la suya la mano del ca-


pellán y, retirándose todos, se confesó como pudo, y recibió á escape el Viático y la Extremaunción mientras lloraban los presentes.

A juicio del médico, la traslación de la camilla al improvisado hospital de sangre apresuraria la muerte del capitán. Continuó la ambulancia su triste y heroico cometido por el campo de batalla, y quedó sola la Hermana Nieves al lado del moribundo.

Anegada en lágrimas, la emoción vivísima de que era presa anudó su garganta; quería y no podía articular palabras; oraba mentalmente y con aquella suprema angustia con que acudimos arriba cuando no se ve remedio alguno aquí bajo; miraba alternativamente al cielo y á su primo moribundo; comprendía éste la conmovedora muda escena y la indicación de María; apretaba la mano de su prima y novia; hizo un esfuerzo supremo, y con frase apenas inteligible dijo:

—Te amé en vida y muero bendiciéndote.
¡Dios me perdone!

Y expiró.





XIX



COMO sabemos, entre las especialidades del Palomo figuraban las marchas sorprendentes y rápidas hasta lo increíble. Parece mentira que pudiera recorrer el camino (unas 55 horas) entre Chelva y Cuenca en dos jornadas con quinientos ó seiscientos infantes; que fuera en una desde Daroca á Molina, y que hiciese otras por el estilo, cayendo sobre el enemigo ó sobre las poblaciones cuando menos lo esperaban. El desconcierto que su presencia producía al pronto era tan grande, que no lo hubiese causado mayor un bólido llovido del espacio. Los voluntarios bisoños no podían seguirle de ninguna manera; se despeaban al punto, rompían toda clase

de calzado en seguida, se les hinchiaban luego los pies ó eran víctimas de dolores en las piernas y caderas, y no tenían más remedio que desertar ó quedarse rezagados. Cuando las exigencias de su plan lo requerían así, el Palomo, que siempre fué verdadero padre para sus soldados, prescindía de ellos y continuaba su marcha. Cuando, por el contrario, podía atenderles y curarles, lo hacía muchas veces con sus propias manos y siempre aconsejándoles procedimientos eficacísimos é higiénicos, como pediluvios en agua fría, cuanto más fría mejor, para provocar al punto la reacción, baños y fricciones con alcohol, etc. Es lo cierto que nadie se disgustaba con el coronel, ni murmuraba del continuo movimiento; antes al contrario, gozaban tanto ó más que el guerrillero sorprendiendo enemigos y poblaciones que los creían á cien leguas de distancia. Por eso, tanto en la primera como en la última guerra civil, se le dió el apodo de Palomo, pues aquello no era correr, sino volar.

En la milicia, como en todo, el prestigio de los jefes depende de las victorias obtenidas, pues aunque con frecuencia se dejan impresionar las muchedumbres por la palabrería nueva y falaz, no hay eficacia comparable á la de los hechos. Se abultan á veces, se incurre no solamente en la exageración, que es la mentira del hombre honrado, sino también en la leyenda, y colocadas las reputaciones en este terreno, los prestigios crecen como la espuma y la imagina-

ción popular atribuye á los héroes, verdaderos imposibles físicos. El Palomo tenía además sobre sus subordinados, lo mismo que sobre sus amigos y compañeros, lo que en Andalucía se llama ángel, don de gentes, simpatías espontáneas, producto de su trato siempre familiar y cariñoso y de su conversación agradable y hasta risueña. Para todo encontraba un chascarrillo, nunca traído de los cabellos, los contaba con gracia además, y entretenía admirablemente á su auditorio: era, en suma, decididor ó *causeur*, como dicen los franceses. De donde que no cansase nunca su compañía y que se disputaran todos el honor de asistirle de cerca, como tampoco se cansaba nunca D. Rodrigo de alternar con sus voluntarios más humildes, tratándolos, no como reclutas, sino como hijos.

Conocedor el Infante D. Alfonso, hermano de D. Carlos, á la sazón general en jefe del ejército carlista del Centro, de todas estas cualidades y prestigios del Palomo, y deseoso de allegar recursos para reorganizar las fuerzas que acababa de confiarle su Augusto Hermano, dió á D. Rodrigo la difícil comisión de recorrer las provincias meridionales de España, como lo efectuó el general Gómez en la primera guerra civil. La natural modestia del Palomo le hizo declinar una y otra vez empresa tan arriesgada; pero se cuadró el Infante, le dió la orden y cartuchera en el cañón. No tuvo ya D. Rodrigo más remedio que escoger la fuerza, despedirse de Marco, y marchar á Chelva, para desde allí

iniciar su expedición. Sucedió esto en 1874, y nada tan á propósito para conocer á fondo la hazaña como extractar el *Diario* de nuestro guerrillero, que nunca dejó de anotar día por día sus operaciones militares. Dice así:

«14 de Septiembre de 1874.—Salí de Chelva con 500 infantes, 55 caballos y algunos oficiales valerosos é instruidos, sin mando, para organizar con ellos nuevos batallones. Dormimos en Utiel, población eminentemente carlista, que nos recibió con júbilo. Por el contrario, me dicen que en Requena, población muy liberal, reina, más que alarma, verdadero pánico, aprestándose los nacionales á la defensa, con aspavientos y alharacas, como si temieran que fuésemos á hacerles una visita y no de etiqueta.

15 de Septiembre.—Por Caudete fuimos á pernoctar en la venta que hay en el camino de Villargordo. Sin novedad.

16 de Septiembre.—Pasamos por Venta del Moro, cruzamos el Cabriel por el puente del Cañaverál y dormimos en Casas-Ibáñez. El estupor es general, las gentes nos miran como si nos hubiera vomitado el Averno, pero recaudamos tranquilamente las contribuciones, requisamos caballos y se nos unen algunos mozos, no muchos.

17 de Septiembre.—Recogí en Alcalá del Júcar algunas yeguas, harinas, pólvora y cartuchos, y destruí las fortificaciones. Pernoctamos en Alator, proveyéndonos de raciones, y quemé el registro civil, más caro y malo que el ecle-

siástico, mera lista de torpes y vergonzosos concubinatos.

18 de Septiembre. — Crucé el ferrocarril por Bonete á una legua de Alpera; sorprendí un tren de mercancías, hice bajar á todos los empleados, y como nuestros mayores enemigos, por lo rápidamente que transportan tropas para caer sobre nosotros, son las vías férreas, procuré destruirlas á toda costa y oficié al jefe de la estación de Almansa para que comunicase á todos los empleados de las vías de Alicante y Murcia que suspendiesen toda circulación y movimiento de trenes, so pena de ser pasados por las armas los empleados y destrozadas las estaciones, el material y los trenes que circulasen.

19 de Septiembre. Nos dijeron que varias columnas, operando en diferentes direcciones, venían á uña de caballo á darnos alcance y coparnos. Me rei mucho, llegamos á la estación de Pozo-Cañada, sorprendimos el tren mixto procedente de Cartagena, inutilizamos parte de la vía, y dejé con un palmo de narices á las columnas republicanas, embarcando toda mi gente en el tren y partiendo para Tobarra, donde recaudamos la contribución y se racionó la fuerza.

Desde el 20 al 29 de Septiembre. — Ni un segundo he tenido para anotar diariamente tantas idas y venidas, marchas y contramarchas, y aprovecho para referir lo principal, referente á la semana última, unos momentos libres. Triunfalmente, y con la música á la cabeza, entra-

mos en Hellín; utilicé de nuevo el ferrocarril hasta la estación de Agramont, tomando antes la previsora medida de destruir el puente de hierro de la Rambla, y luego la vía, el material y la estación, pero sin meterme con los empleados, á pesar de haber infringido mis órdenes; por delito de traición, y previo consejo de guerra que le condenó, no tuve más remedio que fusilar en Alcantarillas al bagajero de Isso; al sorprender la Puebla de Don Fadrique, fué muerto por uno de mis sargentos el médico Sr. Egea, que huía por salvar su caballo, y desobedeció la intimación de hacer alto. Por no poder hacer efectiva la contribución, nos llevamos rehenes, y por María, Vélez Blanco y Vélez Rubio nos dirigimos á Lorca. Recorrimos la provincia de Almería de sorpresa en sorpresa y de triunfo en triunfo, como Pedro por su casa, y como si estos andaluces chirigoteros se hubieran pasado la vida brindando toros y cañas á Carlos VII. Poblaciones tan importantes como Lorca, Vélez Blanco y Vélez Rubio nos abren las puertas de par en par, nos proporcionan toda clase de recursos y no sería difícil hacer también algunos voluntarios; pero la mucha gente bisoña nos impediría proceder con rapidez tanta y pudiera ocasionarnos un desastre, pues el clamoreo de los liberales contra estos pobres carlistas repercute en Madrid y se oye en toda España. Todo sale como una seda, gracias á Dios, y vamos de victoria en victoria, sin el menor contra-tiempo.

Dos veces estuve en Vélez Rubio, sin poder evitar la primera que huyese el ayuntamiento, á pesar de lo que se nos recibió en palmas como en tantas otras poblaciones importantes, donde no hay un carlista para un remedio. El miedo, por una parte, la bajeza humana, propensa siempre á la adulación del fuerte y, aunque circunstancialmente, poderoso, por otra, y la grata sorpresa que producía en todos la caballerosidad amable de unos hombres, pintados por la prensa liberal como bandidos feroces y verdaderos ogros, por último, explican más que suficientemente que se nos obsequiase á porfía, llenándonos de atenciones oficiales y oficiosas, regalándonos bocados exquisitos, y haciéndonos olvidar que se trataba de insurrectos.

Por temperamento y en justa correspondencia traté á Vélez Rubio y á sus habitantes todos con la cortesía más amable, pagando el consumo todo de mis fuerzas, no tolerando el desmán más pequeño, y no imponiendo á los velezrubieses más molestias que el alojamiento y el pago de un trimestre de contribución. La segunda vez llegué tan inopinadamente, que sorprendí en las afueras el coche-correo, ocupé la correspondencia oficial, y ¡cuál no sería mi asombro al encontrarme con una comunicación del alcalde al gobernador civil de la provincia participándole que la facción Palomo había cometido en Vélez Rubio toda clase de ferocidades y atropellos, propios de bandidos, ladrones y asesinos. Me indigné, entramos en la pobla-

ción y sorprendí al ayuntamiento todo, que hice prender en el acto, y sometí á un consejo de guerra sumarísimo, el cual condenó al alcalde á ser pasado por las armas, y á los concejales á una fuerte multa á cada uno. Dió la casualidad que aquel día era mi santo, y mientras me obsequiaba la música tocando piezas escogidas en la puerta de mi alojamiento, se me presentó una comisión, compuesta de varios sacerdotes y personas respetables, presididos por el párroco, y éste impetró perdón para los condenados con tanta unción y oportunidad, que sin dejarle concluir, dije: «concedido cuanto ustedes piden», perdón que me valió muchas felicitaciones y alabanzas. Pero tal horror inspiramos á los que no nos conocen, que en cierto lugar de la provincia de Murcia, según me contaron, murió de repente en la plaza cierto cleróforo liberal y furibundo anticarlista al tener noticia de que mis fuerzas entraban en el pueblo.

Desde el 29 de Septiembre al 4 de Octubre. Entramos en Lorca y proseguimos nuestra expedición tranquilamente como en país conquistado, sin que nadie nos viniera á la mano, visitando iglesias, socorriendo conventos de monjas y pasando por Huéscar (donde salió á recibirnos y agasajarnos el ayuntamiento, el clero y el pueblo), Santiago de la Espada, Nerpio, Moratalla, Cobatillas, á cruzar los ríos Mundo y Segura por el puente de Agramont.

5 de Octubre.—En Agramont sorprendí el tren de mercancías que subía de Murcia y el

correo que bajaba de Madrid, apoderándome en éste de 720.000 reales vellón del marqués de Villamejor y de nueve guardias civiles que venían custodiando dicha importante cantidad. El susto que se llevaron todos ellos al verse entre carlistas fué mayúsculo. Nos hubieran venido perfectamente estos dineros para las incesantes necesidades de la guerra; pero como ya es cosa juzgada entre liberales que facciosos y ladrones son la misma cosa, probada la propiedad del marqués sobre la importante cantidad dicha, la he devuelto á su dueño, he puesto en libertad á los guardias como hice en Torrequemada, he convidado á mi mesa al de Villamejor, al comandante de infantería Sr. Ferrer, al director general de Aduanas Sr. López Gisbert, y luego he puesto en libertad á todos estos liberales, que me fusilarán sin formación de causa seguramente el día que tenga la desgracia de caer en sus manos; pero los carlistas somos así, bandidos, ladrones y asesinos.

7 de Octubre.—Hemos entrado en Jumilla, Pinoso y la Romana como en país conquistado y como si para el Palomo todo el monte fuera orégano, pernoctando en Novelda, cuyos cipayos nos recibieron á tiros y haciendo algunos prisioneros, que mañana pondré en libertad. No sé por qué tengo negros presentimientos que no me asaltarían tal vez si recorriera el país tratándole á sangre y fuego, y haciendo como se cuenta del caballo de Atila, que no volvía á crecer la hierba donde ponía la pata.

Desde el 8 al 16 de Octubre.—Me faltan holganza y tiempo para referir detalladamente las ovaciones y triunfos inesperados de esta semana. Ante tan consoladores espectáculos piensa uno que España se decide al fin por Carlos VII, y que se aproxima el día de nuestra entrada triunfal en Madrid. Aspe, Elche, Crevillente y Orihuela se han rendido á nuestro paso, recibiéndonos en esta antigua é importante ciudad episcopal con un entusiasmo que rayaba en delirio. Se me han unido unos 500 voluntarios, y con toda la impedimenta, el caudal y la gente salgo á media noche de Orihuela, porque, según un parte cogido al enemigo, me persiguen tres columnas combinadas. Para batirlas en detalle, presenté batalla en Fortuna á una de ellas, pero volvió grupas, enseñándome los morrales y dejando el valor para mejor ocasión. Marché á Blanca y el 12 á Cieza, en donde planté cara á la división Portilla, y cuando me creían cercado por las columnas, los dejé con un palmo de narices, retirándome por donde menos se lo figuraban, sin perder un hombre ni una acémila, aunque los republicanos alardean de haberme hecho 80 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros.

15 y 14 de Octubre.—Fuimos el primer día á Yecla y el segundo á Pozo-Cañada. Por cierto que, sin que yo tuviera de ello la menor noticia, al sorprender la estación la vanguardia de mi columna, se llevó en rehenes cuatro empleados que, contraviniendo mi bando, estaban recom-

poniendo la vía, y fueron fusilados por sentencia de un consejo verbal, que yo no aprobé ni pude aprobar por no haber conocido el hecho ni haberse consultado conmigo, pues de lo contrario hubiese procedido lo mismo que hice con los empleados de la estación de Agramont y con el alcalde de Vélez Rubio. Al salir de Pozo-Cañada para las Peñas, vi los cuerpos de los fusilados en un rastrojo, produciéndome honda pena, y formé el propósito de castigar duramente á los autores de su muerte.

16 de Octubre.—Forzando marchas, sufriendo fatigas sin cuento y perseguido por siete columnas combinadas, tomamos la dirección de Bogarra; pero el teniente coronel D. José González, que ya no acudió más que en virtud de apremios al toque de llamada en Peñas de San Pedro, al salir de este pueblo, fingiendo necesidades indelegables, fué quedando á retaguardia, y cuando tuvo el convencimiento de no ser alcanzado por mi caballería, picó espuelas á su caballo y desertó, probablemente para entenderse con nuestros enemigos, pues nunca le tuve por hombre de honor ni por carlista. Pernoctamos el 15 en Bogarra, y á pesar de mis precauciones personales, pues comienzo á no fiarme de algunos, descuidada la vigilancia por el jefe de las avanzadas, á las doce de la noche fui sorprendido con vivo fuego de cañón y de fusilería que me rodeaba por todas partes. Al toque de llamada acudieron algunos de mis voluntarios á la plaza; pero acosados por el ene-

migo, viéronse precisados á huir, quedando aún muchos dentro de la población, la tesorería con unos trece mil duros y casi toda la caballería. Con unos 150 hombres que pude reunir á duras penas, marché por las fábricas de Riopa y Villaverde á Villanueva de la Fuente, cobardemente perseguidos por el enemigo, que se limitó á tirotear mi retaguardia hasta el límite de la provincia de Albacete. Doy, pues, por fracasada mi excursión en su parte material, no moral, pues el efecto de mis correrías ha sido inmenso.

17 de Octubre.—Una vez en Villanueva, mi regreso á Chelva era seguro; pero como nadie me había auxiliado, por una parte, no volviendo á acordarse para nada del Palomo el Estado mayor general carlista, y como había prometido al Infante que, aunque mi expedición no podía durar más de un mes, no regresaría sin orden para ello, invité á mis oficiales á que uno cualquiera de ellos se pusiera al frente de la fuerza para conducirla á Chelva, y anuncié á la gente que, entretanto, yo iría al Norte á dar cuenta al Rey de lo ocurrido; pero algunos oficiales, sobre todo Fernando, negáronse á abandonarme, muchos voluntarios querían imitar su generosa conducta, conmoviéndome hasta escapárseme alguna lágrima vergonzante; pero me rehice luego, dominé la situación y ordené á los voluntarios todos que, á las órdenes del oficial por mí designado y con toda la impedimenta y nuestros equipajes, saliesen para Chelva, como lo hicieron.»

Hasta aquí el *Diario* del Palomo, cuyas interesantes noticias completaremos nosotros con otras rigurosamente históricas.

Después de haber recorrido cuatro provincias sin el menor tropiezo, y recaudado más de un millón de reales para el Tesoro carlista, no había de faltar en la columna de D. Rodrigo quien, víctima de la tristeza de la celebridad y bien ajeno, le traicionase; y efectivamente, como presintió el Palomo, su teniente coronel D. José González, no solamente desertó al salir de Peñas de San Juan, sino que se presentó al brigadier liberal Dabán y le enteró de que la fuerza carlista pernoctaría en Bogarra, donde podría ser fácilmente copada, con lo que entregó á su jefe el Palomo como Judas entregó á Cristo. No le faltó más que presentarse con Dabán en Bogarra y besar al Palomo para venderle, como el Iscariote vendió á su divino Maestro.


El Palomo pudo poner en salvo gran parte de las cantidades recaudadas, remitiéndolas á Madrid, desde Villena, por conducto seguro, y con aquel dinero se compraron cañones para el ejército carlista del Norte; pero al despedirse de la columna pidió seis mil reales *prestados*, de los que entregó recibo, los repartió entre los oficiales que se negaron á dejarle, y comprometieronse todos á ir disfrazados y por diferentes caminos á Gibraltar, para desde allí, embarcados, dirigirse todos ellos al Norte. No fué rigurosamente cumplido lo pactado, pues

los oficiales seguían á su querido jefe á distancia, sobre todo Fernando, que le profesaba tanto respeto como cariño, y por nada ni nadie del mundo lo hubiese dejado solo.

En Linares fué conocido y denunciado el Palomo, según unos, por cierta señora de las detenidas con el marqués de Villamejor en Agramont y favorecidas por D. Rodrigo, y según otros, por un carabinero que le conocía personalmente. Los oficiales pudieron huir todos, pero por amor al veterano guerrillero se dieron á conocer voluntariamente por cariño á su jefe, dejándose prender con el Palomo, y fueron conducidos todos á la cárcel de Albacete.

Tomando por base del sumario los fusilamientos de Pozo-Cañada, el consejo de guerra juzgó al Palomo y consortes como reos de delitos comunes, y fueron condenados D. Rodrigo, Fernando y dos oficiales más á pena de muerte, y los restantes á cadena perpetua (1).

(1) Todo ello rigurosamente histórico, realizado por el coronel carlista D. Miguel Lozano.





XX



A incorporación de Fernando á las fuerzas del Palomo proporcionó á éste, no un oficial ó voluntario de Carlos VII más, sino un amigo de absoluta confianza y aun un hijo, si se quiere. El dulce placer de los dioses, la venganza más ó menos consciente, empujó á Fernando hacia las armas; pero la admiración que profesaba, por una parte, al guerrillero, y por otra, al amigo y camarada de su padre era tan grande, que un hijo no hubiese demostrado prácticamente al Palomo tanto afecto como Fernando. Lo hizo, pues, su ayudante, su confidente, su amigo, su compañero inseparable, y en la expedición relatada no se dió un paso sin que previamente lo discutieran coronel y subalterno.

Una cosa censuraba D. Rodrigo en Fernando con la autoridad del jefe y el cariño del camarada, á saber: el empeño que Fernando tenía en perseguir á Rafael por resquemores amorosos. «No está bien eso, Fernando—decíale el guerrillero,—ni la venganza cuadra á un corazón tan noble como el tuyo, ni Rafael merece esa persecución sistemática á que tú te dedicas. Aunque liberal, Rafael es un buen chico, enamorado hasta las cachas de su prima, é incapaz de haber ideado vuestra prisión y destierro.» Fernando movía negativamente la cabeza sin dar á torcer su brazo, pero sin volver á mentar para nada á su rival. Le extrañaba sobremanera no encontrar rastro suyo ni el menor indicio de su presencia, aunque operaban ambos en la misma zona; hacía preguntar por el capitán Viciano á los confidentes que iban y venían á Teruel; preguntaba él mismo en los alojamientos ocupados por la columna Fontana, y nunca pudo adquirir la menor noticia ni tener el más ligero barrunto de Rafael. Hasta que, precisamente momentos antes de tener que descubrirse en Linares, para no dejar solo al Palomo en tan tremendo apuro, cayó un periódico en sus manos con el relato de las acciones de Somorrostro, y entre los muertos encontró el nombre del capitán Viciano.

Instintivamente se le ensanchó el pecho, respirando con más libertad y hasta sintiendo algo así como satisfacción recóndita; pero él mismo se avergonzó en seguida de aquellos movimientos repulsivos de la parte animal, sobrepúsose á

todo la razón y rezó un Padrenuestro por el alma del difunto. D. Rodrigo sintió de veras la desgracia; anhelaban ambos noticias de los desterrados, y los dos comenzaron á ilusionarse con idea de reunirse con ellos en el Norte, cuando, como el hombre propone y Dios dispone, fueron descubiertos y presos.

Graves, gravísimos eran los defectos de que adolecía la causa tramitada contra ellos por el consejo de guerra que acababa de condenarlos á muerte. Enérgicamente protestaron éstos de que no se les considerase como prisioneros de guerra, juzgándolos, por el contrario, como reos de delitos comunes; se mutiló también la defensa escrita presentada por el oficial nombrado de oficio al efecto; el auditor de la capitanía general de Valencia encontró defectuoso el procedimiento, y así lo hizo constar sin miedo á nadie ni á nada; no se conformó el capitán general con este dictamen, y remitió en consulta la causa al Consejo Supremo de la Guerra.

Llegado el expediente á Madrid, todas las autoridades superiores recibieron copia de la protesta apuntada, en la que, con arreglo al derecho de gentes, se probaba que, declarada oficialmente la guerra civil, no había manera legal de considerar á los sumariados como reos de delitos comunes, sino como prisioneros de guerra.

En vista de esto despertó vivo interés la suerte del Palomo en personas de toda condición social y categoría. Hombres políticos de

todos los partidos, damas de la grandeza española, personajes eclesiásticos, todos solicitaron el indulto y prodigaron sus gestiones é instancias para obtener la vida de D. Rodrigo. Sabedores el señor Francisco y D. Ramón Viciano de lo que pasaba, y con riesgo grande de ser hechos prisioneros en el camino, trasladáronse á Madrid con buenas recomendaciones para gestionar el indulto de nuestros amigos. Pueden suponerse las angustias de aquel atribulado padre: la señora Teresa y María, medio muertas con aquel tan horrible como inesperado golpe, se quedaron en Irache, entregadas por completo á la oración y á la penitencia, para obtener del cielo lo que les negaban los poderosos de la tierra. No sabiendo ya qué hacer ni á quién dirigirse, tuvieron la inspiración de pedir audiencia al mismo D. Carlos; las recibió Éste, no sólo con su bondad y cortesía habituales, sino verdaderamente afectado ante las copiosas lágrimas de aquellas dos pobres mujeres que de rodillas suplicaban amenazas y represalias para salvar las preciosas vidas de los carlistas condenados á muerte. La pobre señora Teresa perdió el sentido implorando la vida de su hijo. Personalmente la asistió su Soberano, y vuelta á la realidad de la vida, D. Carlos le aseguró una y cien veces que no pasase pena por su hijo, cuyo indulto era seguro; pero no así el del Palomo, porque la revolución necesitaba una víctima, y ésta no podía ser otra más que el famoso guerrillero.

«Tengo en mi poder—añadió Carlos VII—un general, dos brigadieres y dos coroneles liberales, prisioneros de guerra, á los que, en justas y merecidas represalias, puedo fusilar el mismo día que fusilen al Palomo, cometiendo un vil asesinato; pero nunca lo haré, no puedo ni debo hacerlo, porque el mismo D. Rodrigo, como única recompensa á sus grandes servicios, me pide que no se derrame una sola gota de sangre por su causa. Haré, pues, todo cuanto pueda, pero nada espero de los liberales» (1).

El señor Duque de Madrid discurría perfectamente. Para deshacer el pésimo efecto producido en la opinión liberal por la gloriosa expedición de un cabecilla que con 500 hombres y durante un mes se pasea por media España, recorriendo á su antojo, las provincias de Valencia, Cuenca, Albacete, Murcia y Almería, burlando la persecución tenaz de siete columnas combinadas, recaudando tributos con la misma holgura que si Carlos VII ocupase el trono, sorprendiendo y asombrando á todos, reclutando voluntarios á cientos y levantando hasta las nubes el espíritu carlista, el gobierno de Madrid necesitaba una víctima, y ante esta apremiante necesidad hubiese dejado fusilar á todos los prisioneros, generales lo mismo que soldados, á la sazón existentes en poder de los carlistas. El proceso fué misterioso en sus orígenes

(1) Episodio verosímil é histórico únicamente respecto á los prisioneros.

y desarrollo: no salía bien librado de allí el derecho de gentes y menos la magnanimidad liberalisca; pero á grandes males, grandes remedios. De aquí que todo fuera inútil, y se consiguiera el indulto de los demás, pero no el del Palomo.

Éste lo presintió así desde el primer momento, no creyó nunca en su indulto, y únicamente manifestaba repugnancia á morir en garrote vil como si fuera un bandido. «Está decretada mi muerte—decía—porque el gobierno es débil y necesita una víctima», y ante esta discreta consideración ya no pensó en otra cosa más que en morir como había vivido, es decir, cristianamente y como un caballero.

El día 2 de Diciembre por la tarde se habilitó para capilla una sala de la Audiencia de Albacete, y poco después condujeron á ella al Palomo; se le leyó su sentencia de muerte, y la oyó sin alterarse ni conmoverse, como hombre de pelo en pecho, que ha pisado muchas veces los umbrales de la eternidad. Terminado el acto, suplicó con entereza y sin afectación alguna que le dejasen dormir un rato; y en efecto, media hora después dormía profundamente, con la tranquilidad del justo y sin que el organismo, rebelde por instinto á la destrucción, diera el menor indicio de inquietud. Tres horas más tarde llegó un amigo abogado que desde el principio de la causa le había favorecido con sus consejos. Despertó D. Rodrigo al oírle, y como de costumbre le saludó con un abrazo. Hablaron tran-

quilamente, y cuando el letrado quiso inspirarle el consuelo del indulto, que esperaba de un momento á otro, contestó el Palomo: «Me matan, pero moriré tranquilo, porque tranquila tengo la conciencia.»

Dedicóse por completo desde entonces á cumplir con sus deberes de cristiano, haciendo una santa muerte, ya que el Señor le dispensaba la gracia de anunciársela, aunque por tan terrible manera, y se confesó. Al retirarse dijo su confesor: «La confesión del Palomo ha sido edificante: ha servido á la causa de la Religión, de la Patria y del Rey.» El oficial su defensor, que no le abandonaba un momento en tan terrible trance, recibía consuelos del mismo por quien lloraba. Acudieron á la capilla sacerdotes, jefes y oficiales de la guarnición y otras varias personas, con todas las cuales conversó afablemente con serenidad pasmosa, y como si no se encontrase á dos dedos del sepulcro. Al regresar su confesor, dijo al jefe de la guardia civil: «Aquí llega el que sabe mis pecadillos», y pronunció estas palabras sonriéndose, mientras todos los circunstantes lloraban en silencio.

Para todos tuvo frases cariñosas, sin proferir la menor queja contra nadie; antes al contrario, escribió á su Rey y Señor en el sentido que sabemos, y Carlos VII mandó canjear inmediatamente á los jefes liberales prisioneros, dando con resolución tan magnánima merecida lección á los sectarios liberales sin entrañas.

Llegada que fué la hora de la cena, quiso ver

á sus compañeros de armas, fatigas y proceso para despedirse de ellos; pero el jefe de la guardia civil, á cuyo parecer defería siempre el Palomo, le hizo notar lo conveniente que sería evitarles á sus amigos tan dolorosa escena, y no insistió. Después de invitar cortésmente á los circunstantes, sentóse á la mesa, comió como de costumbre, y cuando le dejaron solo volvió á dormir tranquilamente, como si no se encontrase en trance de muerte, y es que el mejor sedante del corazón y de los nervios es la inocencia.

Despertó algunas horas después; hizo que llamasen á su confesor, á un notario y á su abogado; ultimó con el primero el barrido de su limpia conciencia; hizo con el segundo y los testigos breve testamento, acordándose de todos sus amigos y favorecedores; conversó un rato con el tercero, disuadiéndole de sus esperanzas referentes al indulto, y se dedicó después á escribir cartas de despedida con tanta unción religiosa como buena letra y pulso firme. La más notable fué la dirigida á la condesa de Montijo, presidenta de la Comisión de damas nobles, que con tanto empeño como mala fortuna habian gestionado su indulto.

Volvió luego á dormir hasta que le despertaron al alborar el 5 de Diciembre, momentos antes del fijado para la ejecución de la sentencia. Se levantó, aseándose como de ordinario, oyó misa devotamente, comulgó con la mayor serenidad y sin afectación alguna, llamó á su

defensor para hacerle otros pequeños encargos, como el de repartir algunos objetos de su pertenencia entre los amigos, apunó su disgusto porque sus pobres huesos descansaran en el cementerio de Albacete, ciudad que tan ingrata había sido con él, y llegó la hora fatal.

D. Rodrigo había visto desaparecer de uno en uno á todos sus parientes próximos, sin que se le ocurriera nunca casarse para poder dedicarse con más recursos y libertad á la defensa de la Causa carlista; de aquí que intimara extraordinariamente con su camarada D. Ramón Viciano, y María, la hija única de éste, á los que trataba como á su verdadera familia. Por lo visto no había tenido el valor de escribirles; pero al ir al suplicio se detuvo un instante, pidió recado de escribir, y sobre la misma mesa del altar, con la misma letra y pulso de siempre, y alumbrándose con un cabo de vela que tenía en la izquierda, escribió la siguiente carta de despedida:

«Queridos Ramón y María: De aquí á breves momentos habré dejado de existir; pero muero tranquilo porque soy inocente. No lloréis mi muerte, principio de nueva vida en el cielo, donde pedirá á Dios por vosotros, y hasta por sus enemigos, vuestro

Rodrigo.»

Dejó la pluma y tomó el crucifijo, hizo la última fervorosa oración y entró en una tartana con su confesor, otros sacerdotes y su defensor. Ya en marcha, uno de los sacerdotes, llorando á lágrima viva y más afectado que el reo, pidió

perdón para cierta persona que había deseado al Palomo la muerte, pero que ya estaba arrepentida, y D. Rodrigo se lo concedió de corazón en el acto.

Pero cedamos la palabra á D. Juan Sáiz (1), testigo presencial de los últimos momentos del Palomo:

«Era la madrugada del día 3 de Diciembre de 1874; una fría y densa niebla impedía la separación de las tinieblas de la luz del nuevo día, cual si no quisiera que éste alumbrara la sangrienta tragedia que se preparaba: el fúnebre tañido de la campana tocando á agonía imponía pavor en el ánimo de todos los moradores de la humanitaria ciudad de Albacete: el sitio destinado para inmolar á la noble víctima fué el barranco que había al Poniente del edificio de la feria: ¿cómo me encontré á su borde? No puedo hoy precisarlo; pero de seguro que á dicho sitio fué impulsado, como el discípulo amado al Calvario, por el amor á la víctima, por ese cariño que engendra en las almas la comunidad de ideas y sentimientos, pues ninguna otra clase de relaciones me unían al Palomo.

»Así que la luz del nuevo día permitió distinguir los objetos, mi alma quedó aterrada; no había remedio, la iniquidad se iba á consumir: todas cuantas esperanzas había abrigado, todas cuantas ilusiones me había forjado durante la

(1) Artículo publicado en *El Correo Español*, correspondiente al 3 de Diciembre de 1904.

noche que terminaba, todas se desvanecieron á la vista del fatídico cuadro formado por las tropas.

»En aquel instante supremo yo me preguntaba: ¿cómo es posible que un gobierno revolucionario que ejerce el poder por el golpe de fuerza de un general, mande fusilar á un hombre al cual nada se le ha probado de cuanto se le imputaba? Y no encontraba respuesta satisfactoria, porque á los dieciséis años no conocía yo á los liberales, y mucho menos á los masones.

»El destemplado toque de una corneta vino á sacarme de estas reflexiones: vi una tartana que se acercaba seguida de un piquete de soldados y que á poco paraba cerca del cuadro: de ella descendió el intrépido Palomo y los sacerdotes que le acompañaban; con aire distinguido y sereno se despidió de todos los jefes de la guarnición, llamando la atención la despedida con el comandante de la guardia civil, al cual se le vió llorar al abrazarlo; á todos repartió como recuerdo los objetos que llevaba consigo, como petaca, fosforera, etc., gratificando al piquete encargado de su ejecución; después se retiró á reconciliarse, y despidiéndose de los sacerdotes bajó al sitio designado y se arrodilló de frente: todo esto dando pruebas de una tranquilidad y serenidad admirables, de una valentía desprovista de toda arrogancia, con una naturalidad y sencillez que no parecía sino que estaba ejecutando el acto más sencillo de su vida.

»Una vez vendados los ojos se volvió á levantar, despojándose de levita y chaleco, y se arrodilló de nuevo: en aquel momento un conocido republicano que cerca de mí estaba gritó con voz vibrante: «¡Cobardes! ¡Así no se matan hombres tan valientes como ese!» Sonó la terrible descarga, y el bravo y lealísimo D. Rodrigo Jiménez cayó del lado derecho para no volverse á levantar: un grito de horror partió de la escasa concurrencia. Con los ojos anegados en lágrimas miré al honrado republicano que poco antes había lanzado aquel apóstrofe, y vi que de sus ojos caían dos lágrimas, al mismo tiempo que decía: «¡Qué lástima de hombre, era un valiente, que Dios le haya perdonado!»

»Terminado el desfile, me acerqué al cadáver que en aquel instante recogían los Hermanos de la Paz y Caridad: mis lágrimas se mezclaron con la sangre del héroe; ¡pero cuál no sería mi sorpresa al ver los efectos de la siniestra descarga!; tres de las balas le atravesaron el corazón, formando las heridas un perfecto triángulo; aquel era el sello que el gobierno masónico de Sagasta imponía, por medio de las balas de sus soldados, sobre el pecho del soldado de la fe; de seguro que nunca pudo soñar el ínclito mártir con una condecoración más preciada.

»En mi propósito de no abandonar restos tan queridos para todo carlista, acompañé el cadáver hasta el cementerio, y por la tarde volví y asistí á su sepelio, que tuvo lugar, ante el comisario de guerra, en el nicho núm. 384, si mal


no recuerdo. Un Padrenuestro rezado por el que esto escribe, por el comisario y otras dos personas pusieron fin á tan fúnebre y piadoso acto. ¿Qué se ha hecho de aquellos restos? Lo ignoro, pues terminados los estudios del bachillerato apenas si he vuelto por Albacete.

»Al recordar hoy aquella triste fecha, dos son los móviles que me han impulsado: uno, el recordar los méritos y virtudes de aquel esclarecido campeón de la causa carlista, para que pasen á la Historia con el esplendor que merecen; otro, para que dichos méritos y virtudes sirvan de espejo, de estímulo y de aliento á las juventudes carlistas, pues está escrito que la sangre de los mártires es semilla de nuevos mártires, y en el Palomo hay que imitar sus méritos militares que le dieron justa fama de estratégico, valeroso, esforzado y leal, y sus virtudes, que fueron muy preclaras, pues en la hora de su muerte fué el verdadero imitador de nuestro Redentor. Como Él fué vendido por un amigo, escarnecido y sentenciado á muerte por delitos ajenos; como Él se encomendó al Padre, y como Él perdonó y abrazó á sus enemigos, recompensando á sus ejecutores, y como Él rogaba al Padre que perdonara á los que no sabían lo que se hacían. D. Rodrigo rogaba á su Rey y Señor que no se tomaran represalias por su muerte, y por último, como Jesús en la Cruz, fué regenerado con el bautismo de sangre; así es que, piadosamente pensando, debe ocupar, y ocupará de seguro, el puesto asignado á todos

aquellos que, tomando la cruz, siguen á nuestro divino Salvador.»

Así mueren los carlistas, y así murió aquel procesado, que perdonaba á todos para ser perdonado; que no consintió que se derramase una sola gota de sangre por su culpa, el guerrillero sin igual que supo llevar á efecto una de las expediciones más gloriosas que se registran en la historia militar española, el hombre más honrado y caballero de que están orgullosos sus conterráneos, el mártir de la Causa gloriosa de la Religión y de la Legitimidad (1).

(1) En el fusilamiento del coronel carlista D. Miguel Lozano pueden verse todos estos detalles que atribuimos nosotros al Palomo. Véanse el *Album de personajes carlistas*, t. II, páginas 169 y siguientes; y el cap. XXXIII, pág. 433 y siguientes de la *Historia Contemporánea*, segunda parte, *Guerra civil*, tomo III.





XXI



RECORDARÁ el lector, pío ó impío, que al comienzo de la guerra civil y de esta historia, el canónigo Sarmiento, que se decía amigo del general carlista D. Ramón Viciano, le visitó en su casa de campo junto á Barrioviejo con el único propósito de avivar el fuego y de conseguir que á todo trance se hiciera la guerra. Nuestro hombre era á la sazón partidario entusiasta de la táctica *ofensiva*, discutiendo como un energúmeno en defensa de su tesis, y sosteniendo que no había para la Iglesia y para España más salvación que la de meterlo todo á barato, llevan-

do la guerra á todas partes, y tratando á los liberales á sangre y fuego.

Pues bien: aquel mismo canónigo y otros muchos, clérigos y seculares, cambiaron de bisesto apenas triunfó la restauración alfonsina bajo el algarrobo de Sagunto, y nuestro prebendado, hombre de una acometividad á prueba de desaires cuando de su propio provecho se trataba, supo que, aunque escondido, D. Ramón Viciano hallábase en Madrid para asuntos de familia, pero sin haber dejado su influyente puesto de confianza en el ejército de D. Carlos, y en Madrid se plantó para celebrar con el general carlista la conferencia siguiente:

—Pero vamos á ver, D. Ramón: ¿que va usted ganando con prolongar la guerra?

—Personalmente, nada, señor canónigo. He perdido cuanto tenía que perder: patrimonio, salud, un sobrino carnal, mi amigo del alma el Palomo, que ha sido vilmente asesinado, tranquilidad, porvenir, todo, y por perder, hasta me he quedado sin el brazo derecho. Me lo destrozó un casco de granada, estuve á la muerte, me lo amputaron, tengo que privarme de empuñar la espada y manejo las riendas del caballo con la izquierda; pero política y religiosamente puedo ganar mucho, pues aun abrigo la esperanza de ver á D. Carlos en Madrid y restaurada por completo la tesis católica.

—Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería, amigo mío; pero con la reorganización del ejército, sobre todo del cuerpo de Artille-

rfa, los trabajos del conde de Morella, general Cabrera...

—Del traidor Cabrera, querrá usted decir...

—Bueno, como usted guste, y sobre todo con la restauración alfonsina, el triunfo carlista es imposible.

—El triunfo carlista lo harán imposible usted y otros como usted que, después de habernos embarcado en el buque de la guerra, hacen como el capitán araña y se quedan en tierra.

—¡Pero, hombre, si huyó ya el rey extranjero y excomulgado, murió en Sagunto la gloriosa septembrina y ha sido nuevamente instalada la monarquía!

—Sí, señor canónigo, la monarquía *católica* como sus mayores y *liberal* como su siglo.

—Déjese usted de cuentos: el que todo lo quiere, todo lo pierde.

—No estamos conformes: el espíritu liberal y sectario subsiste en esa monarquía, constitucional, parlamentaria y librecultista que V. elogia.

—No, señor, que se han reanudado las relaciones con Roma.

—Roma cumple con su deber manteniendo relaciones en pro de la Iglesia católica con poderes cismáticos, herejes, mahometanos y hasta paganos.

—No señor, no señor: se trata de algo más substancioso que esas relaciones diplomáticas de que usted habla, puesto que YA NOS PAGAN.

—Sea enhorabuena y que aproveche; pero, ¿acaso se figura usted que nosotros los carlis-

tas estamos haciendo una guerra civil con todos los horrores inherentes á estas guerras para que á ustedes les paguen?

—Cuando se inició, no nos pagaban.

—Y por eso nos ayudaron ustedes, ¿verdad?

—Hombre, por eso solo no, señor: hay que poner el ideal en esfera más alta.

—Pues mire usted, si esto termina de mala manera será que muchos han localizado el ideal altísimo de la Religión y de la Patria en el bajo vientre.

—No sea usted exaltado, D. Ramón: yo no soy de esos.

—El exaltado era usted cuando á toda costa quería que emprendiésemos la guerra, aun sin elementos para ello, y cuando empujaba usted á los seminaristas para que empuñasen las armas, tal vez sin consentimiento de sus padres, exponiéndolos á peligros graves y embaucándolos con esos sagrados ideales que pone usted ahora á la altura de las nóminas del culto y clero.

—Con usted no se puede discutir reflexivamente, D. Ramón.

—Perdone usted; pero hay cosas y situaciones que no pueden oírse ni verse con calma.

—Déjese usted de miseriucas humanas y fíjese en que tenemos ya una Constitución aceptada por el Vaticano.

—Sí, recuerdo perfectamente que Su Santidad el Papa Pío IX (1) decía al Cardenal Mo-

(1) Carta fechada en Roma el 4 de Marzo de 1876. Prescinda-se del anacronismo.

reno que el artículo 11 de dicha Constitución «viola del todo los derechos de la verdad y de la Religión católica, anula contra toda justicia el Concordato, hace al Estado responsable de un atentado gravísimo, deja libre campo para combatir la Religión católica, y acumula materia de funestísimos males sobre España.»

—Sí, pero luego el Papa transigió.

—Claro, como que sólo se transige con lo malo, y á la fuerza ahorcan.

—Para evitar males mayores...

—Muy bien, señor canónigo, muy bien: le veo á usted en camino de explicárselo todo por el *mal menor*, y ruego á Dios que la Revolución no le ponga á usted en el trance de considerar y defender como mal menor la libertad de conciencia, la libertad de asociación, la libertad de la tribuna y todas esas zarandajas con que se embaúca á las muchedumbres para convertirlas poco á poco primero en indecentes libertinajes y luego en insoportables tiranías contra todo lo más santo y grande.

—No diga usted eso, que también se permitirá en España el establecimiento de las Órdenes religiosas, tan sangrientamente expulsadas el año 55, lo que prueba cómo han cambiado y progresado en sentido religioso los tiempos.

—No digo que no; tendremos otra vez frailes hasta que reúnan bienes bastantes para desamortizarlos de nuevo.

—Y el matrimonio canónico tendrá validez civil para los católicos.

—Sí, hombre, sí, y hasta un escribiente del juzgado municipal que lo dignifique con su presencia.

—Vaya, vaya, D. Ramón, piénselo usted bien, que más vale pájaro en mano que ciento volando.

—Ya está pensado: primero mártires que traidores.

—Pero, bendito de Dios, tan hermosa que es la paz.

—Y tan tranquilamente que se hacen las digestiones firmando nómina.

—No se trata de mí, sino de la Religión y la Patria.

—Pues no me decía usted lo mismo hace cuatro años, señor canónigo.

—Es que entonces nos inundaba la revolución fiera.

—Y ahora nos ahogará la revolución mansa, la encarnada en las leyes, que es la peor de todas.

—Algo hemos ganado, Sr. Viciano.

—Ya lo creo: algo y aun algos, gracias á la guerra y á la estrategia *ofensiva*, que quiere usted ahora convertir en *defensiva*. ¿Pues no escribió usted un folleto titulado *El derecho de los católicos á defenderse hasta con las armas en la mano?*

—*Distingue tempora et concordabis jura:* eran otras las circunstancias aquellas.

—Pues ahora puede usted escribir otro que se intitule *La obligación de los católicos de so-*

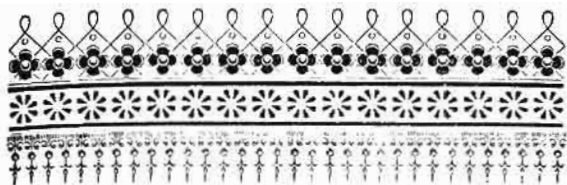
meterse á los poderes masónicos y revolucionarios por un mendrugo de pan.

—¿Se burla usted, D. Ramón? Yo lo considero esto tan serio y tan provechoso para la religión y para la patria, que no he de parar hasta que no regresen á sus hogares cuantos seminaristas empuñaron las armas por consejo mío.

—Puede usted hacer aún otra obra más meritoria á los ojos de Dios y de las instituciones: niégueles usted la absolución por haber hecho la guerra y por haber dado su vida y su sangre en defensa de aquel Sagrado Corazón con que usted mismo adornó sus pechos, devoto escapulario en el que consignaron ustedes esta depreciación ferviente: *detente, bala, el Corazón de Jesús está conmigo.*

Poco á poco fueron encendiéndose los ánimos de los interlocutores, y concluyó el diálogo de mala manera. El Sr. Viciano, que ya no era *general* á los ojos del señor canónigo, puso á éste de patitas en la calle, y el señor canónigo tuvo tentaciones de denunciar á las autoridades liberales la estancia en Madrid de un *cabecilla* carlista, pero un resto de pudor le impidió cometer acción tan villana.





XXII



CONTINUABA casi lo mismo la Granja de los Viciano en Barrioviejo. Veinte años transforman por completo á un hombre y componen la mitad de la vida humana, pero veinte años apenas dejan huellas notables en las fincas rústicas y urbanas.

El pinar era más espeso, y los pinos más gruesos y altos, ciertamente; pero á su sombra se respiraban los mismos perfumes resinosos, tan higiénicos para los pulmones débiles, y cuando acariciaba el viento sus copas, se oían los mismos rumores prolongados y eólicos desde la Granja. Los frutales de la huerta, plantados

por D. Ramón, altos y copudos, comenzaban á parecer viejos y estaban en la plenitud de su producción, tanto que las peras de Malacara y buen comer, las gordas de D. Guindo y de Muslo de dama, la aguanosa pera Limón, etc., y las manzanas Heladas, Blanquillas, Camuesas, Garcías, etc., proporcionaban á sus amos uno de los más saneados ingresos de la Granja, é iban á puntapiés en el otoño por aquellos huertos y corrales.

Las tierras de pan llevar habían ganado mucho, como si mano más ducha en achaques agrícolas las hubiese tomado por su cuenta; fortificadas estaban las paredes y restauradas las grietas que producen los años y la intemperie en el cutis de los edificios, y el espeso y frondoso emparrado, por último, que de marquesina sirve á la puerta principal de la Granja, veíase mejorado en tercio y quinto con parras de mejor clase y pilares y varillas de hierro, para que por aquéllos trepasen y se retorciesen los sarmientos y sobre éstas se tendieran los pámpanos, descolgando por entre el fresco follaje dorados racimos de uvas que estaban diciendo «comedme». Á los más hermosos les había hecho poner la dueña fundas de gasa blanca para que no se los comiesen las avispas que zumbaban y revoloteaban en torno, como moscas al rededor de los panales. En aquellas enredaderas de campanillas y rosales trepadores que, por entre los verdes pámpanos, matizaban de flores el emparrado y perfumaban el ambien-

te, adivinábase la mano, no del rudo agricultor destripaterrones, sino de la mujer delicada y de gusto.

¡Ah, si resucitase D. Ramón Viciano! Abrazaría con todo su corazón á la dueña de la Granja, aquella robusta mujer, alta, tostada por el sol y el aire, sencillamente vestida como las señoras de los pueblos rurales, con alguna que otra hebra de plata en su abundante moño negro, como de unos 40 años de edad, que, hacendosa y semejante á Marta la del Evangelio, entraba y salía en la casa, daba mil vueltas por el huerto, los establos y corrales, vigilándolo todo, echando de comer con sus propias manos á la multitud de bichos domésticos existentes en aquella nueva arca de Noé, gobernando á gritos á la familia menuda, dando órdenes á las criadas, poniendo á raya en sus tratos con éstas á los pastores y criados, y entendiéndose para todo con su marido, recio agricultor, de unos 45 años, al parecer, que había cambiado el calzón corto y el pañuelo á la cabeza de sus mocedades por el pantalón y sombrero de ancha ala que visten en aquellos montes los labradores acomodados; que, aunque quería á su mujer como á las niñas de sus ojos y no escatimaba tiempo ni dinero en complacerla y servirla, tampoco perdía segundo en la dirección de las labores agrícolas, vigilándolo personalmente todo, pues sabida cosa es que el ojo del amo engorda al caballo, y en el gobierno y administración de la Granja con la autoridad y el acierto que dan

al que manda la propia experiencia y habilidad personal en la ejecución de lo mandado.

Era un espléndido día de otoño; no hacía ni calor ni frío, pero comenzaban á ser frescas las alboradas y las noches; desgarrábanse los árboles de tanta fruta; correteaban por la huerta los pequeños, apedreándose con peras y manzanas de las que abundaban en el suelo al pie de los frutales, cuando cansada su madre de tanto recorrer la casa y la finca tomó el tabaqué de la costura y una silla baja, y se puso á remendar vestidos de los muchachos á la sombra del emparrado, contemplando á la vez á sus tres niños más jóvenes que correteaban por la huerta.

—Rafael—dijo de repente,—mira que si voy te arranco las muelas á sopapos. Deja en paz á Nieves.

El travieso Rafael, niño como de unos ocho años, descalzo de pie y pierna, en mangas de camisa y sin otra prenda de vestir que un pantaloncito corto, sujeto con un solo tirante de orillo, rebosando salud y energía por los poros todos de su piel, se abalanzó sobre su hermanita Nieves, niña de unos 10 años, tan hermosa como tímida; de un puñado bruscamente le arrancó una rosa que Nieves llevaba en el moño y echó á correr como un cabrito.

Los azules ojos de Nieves se llenaron de lágrimas, mirando á su madre tiernamente en demanda de protección y con aire de protesta. Se levantó la madre, corrió detrás de Rafael, le atrapó al fin, y ahuecando la mano, para no ha-

cerle mucho mal, le atizó unas resonantes palmadas en la espalda, diciendo:

—¡Toma, toma, toma! Como me toques otra vez á Nieves para nada, te mato.

Rafael lloraba y reía á la vez, procurando escapar y desasirse de las maternales manos.

—No lo mate, mamá, no lo mate —decía con media lengua entretanto el Benjamín de la casa, de unos cinco años, llamado Manuel, tirando á la vez con todas sus fuerzas de las faldas de su madre, —que Rafelín es mi *maño*.

—¿Y Nieves no es también *mañica* tuya, Manolin? —preguntó la interpelada, dejando escapar á Rafael y tomando en brazos al pequeño, sobre cuya rosada faz estampó un beso ruidoso, y regresando con él al emparrado, mientras los hermanos mayores se hacían muecas á distancia.

—¿Qué pasa, María? —preguntó el marido entrando en el vestíbulo sombrero en mano y limpiándose el copioso sudor que corría por su frente con un pañuelo de hierbas.

—Nada, Fernando, que Rafaelito le ha cogido tierra á Nieves y se complace en hacerla llorar.

—Es malo, malo, se parece á tu primo de marras, cuyo nombre lleva por empeño tuyo.

—¡Pobre! ¡Qué injusto fuiste siempre con él! Si vieras... murió como un santo...

—¡Quién le había de decir á él que sus bienes serían para nosotros!

—Claro, como que murió sin testamento,

siendo yo su heredera forzosa; pero di lo que quieras, aunque liberal, mi primo y novio que fué, era bueno.

—Bueno, bueno, pero el liberalismo es pecado.

—No dice eso el canónigo Sarmiento.

—Pues fué tan exaltado como intransigente carlista.

—Como que en este mismo sitio tuvo un día fuerte disputa con mi padre, *requiescat*, porque no comenzaba la guerra; pero, según cuentan, ahora es tan intransigente como exaltado alfonfino.

—Pues sabes lo que te digo, María, y aplica el cuento á todos esos curas y canónigos liberales que se desviven por episcopar, lo que decía Aparisi:

En esta desdichada criatura,
Ó sobra el liberal, ó sobra el cura.

María Viciano soltó una carcajada al oír la ocurrencia de su marido Fernando Lorente, pues demasiado habrá advertido el lector curioso que los dueños de la Granja no eran otros más que la hija del general carlista D. Ramón Viciano y el hijo de los labradores de Torrequemada los señores Francisco y Teresa.

Al ver que se marchaba, le dijo:

—Descansa un poco, Fernando; no te acalores tanto, que, gracias á Dios, nos sobra todo.

—No, María, no, que están ahí fuera sacando

las patatas; salen muy ricas, y los jornaleros que no ven al amo, se duermen.

—No te vayas, hombre, que traen el correo.

Un zagalón de la labranza cruzó por el ribazo la huerta y se acercó al emparrado, dejando sobre la falda de María, sin pronunciar palabra y retirándose en el acto, *El Correo Español* y tres cartas.

—Mira, Fernando, mira—dijo María reconociendo la letra de dos de las cartas,—son de Ramón y Teresa. Y ésta ¿de quién será?

La tomó Fernando, la abrió y dijo:

—¡Córcholis! Del capellán del cementerio de Albacete, diciendo que todo está despachado y á punto. ¡Cuánto me alegro!

Larga é interesante plática suscitaron las tres cartas dichas en el matrimonio, y hora es ya de satisfacer la natural curiosidad de mis lectores, llenando esta laguna de 20 años con noticias referentes á nuestros personajes.

D. Ramón Viciano y el señor Francisco, aunque de incógnito y sin poder impedir el fusilamiento del Palomo, no perdieron el tiempo en Madrid. Minaron la villa y corte, pusieron en juego toda clase de influencias y relaciones, eclesiásticas, militares y civiles; les ayudó con empeño D. Luis Trelles y Noguerol, apoderado de D. Carlos para entenderse con el Gobierno liberal en materia de canjes; lograron primero que se indultase de la pena capital á Fernando y consortes, y que fuesen canjeados después por prisioneros liberales de su empleo y grado.

Terminó la guerra civil cómo y cuando con-
signa la Historia, aunque muchas de las trai-
ciones, compraventas, perjurios, ineptias, co-
bardías, ambiciones desapoderadas y cansan-
cios inexplicables que dieron al traste con el
ejército de la Legitimidad no sean aún del do-
minio público; entraron en Francia las dos fami-
lias, la de D. Ramón y la del señor Francisco,
pasando no pocos trabajos por falta de recursos
y comiendo verdaderamente el amargo pan de
la emigración, á pesar de lo cual, y de común
acuerdo, concertaron el matrimonio de María y
Fernando; se publicó la amnistía, á la que se
acogieron todos, y regresaron á España, pu-
diendo salvar de sus respectivos patrimonios, en
Torrequemada y Barrioviejo, sólo las fincas
rústicas y urbanas en pésimo estado y gracias,
que otros muchos carlistas salieron completa-
mente arruinados para toda su vida.

La señora Francisca no pudo resistir tantos
sustos, viajes, penas y emociones y falleció
poco después de haberse instalado de nuevo en
Torrequemada. El señor Francisco asistió á la
boda de su hijo; pero semejante al viejo y cuar-
teado muro que se derrumba apenas le falta el
apoyo de la hiedra que se retorció y entrelaza-
ba con la argamasa de cal y canto, por entre
las oquedades y quiebras de la pared, fallecida
la señora Teresa, se apoderó primero del viudo
la hipocondría, y pocos meses después descen-
dió á la tumba.

Vivió más el general Viciano, compartiendo

con sus hijos y nietos las dulzuras de la familia cristiana, y orgulloso de haber logrado al fin para su hija única yerno tan trabajador, tan económico, honrado y carlista como Fernando, quien con el sudor de su frente y administración entendida y previsor, con la venta de su hacienda de Torrequemada y la herencia de Rafael y del Palomo, rehizo y aun duplicó la fortuna de los Viciano; pero invadió aquellos montes el cólera en 1885, y D. Ramón no solamente practicó la caridad en grado heroico, asistiendo personalmente á los coléricos de ambos Barrios y prodigando medicinas y recursos á los menesterosos todos de ambos pueblos, sino que apremiados los ayuntamientos por el gobernador civil de la provincia para que se construyeran cementerios nuevos en punto ventilado y á distancia de las aldeas dichas, regaló el terreno y cerró el camposanto á sus expensas en punto intermedio de los dos lugares, y habiendo convenido antes con la autoridad que el cementerio nuevo serviría para los dos municipios. Prohibió el gobernador que se continuara enterrando en los pequeños camposantos adosados á las iglesias parroquiales, y el cadáver de D. Ramón fué el primero que recibió cristiana sepultura en el cementerio construido á sus expensas y en provecho de ambos Barrios. Nunca se olvidan los piadosos montañeses, cuando visitan el cementerio, de su generoso compatriota, rezando por el eterno descanso de su alma.

La honda pena que en María y Fernando

produjeron las muertes de sus padres, fué compensada por la alegría grande que producía en aquel feliz hogar la llegada de cada uno de sus hijos. Bendijo el Señor con una docena aquel matrimonio modelo, de los cuales vivían siete, que eran el honor y la ventura de sus padres, y á todos los cuales fueron poniendo nombres que recordasen los de sus queridos difuntos.

El mayor, de 18 años, se llamaba Ramón, se parecía mucho á su abuelo materno, tenía verdadera vocación militar, y escribía desde el colegio de infantería de Toledo dando excelentes noticias de su salud y carrera.

Teresa, la segunda, de unos 16 años, se parecía, en lo modesta y hacendosa, á su abuela paterna, y escribía á sus padres, que idolatraban en ella, desde el colegio de las Ursulinas de Molina.

El tercero, Francisco, de unos 14 años, había ingresado aquel año en la segunda enseñanza y cursaba en el colegio de las Escuelas Pías de Albarracín, mientras Rodrigo, de 12, asistía á la escuela pública de Barrionuevo.

Conocemos á los tres más pequeños, cuyos juegos infantiles hacían las delicias de sus padres en la Granja, y con todos ellos indudablemente la Providencia divina había premiado á sus padres la excelente condición de buenos hijos que tuvieron siempre, por lo que les estaban reservados largos años de vida sobre la tierra.



XXIII



Los pueblos de toda religión han solemnizado siempre con ceremonias adecuadas al caso los tres más importantes actos de la vida: el nacimiento, el matrimonio y la muerte; pero participan de estas solemnidades sólo la familia del que nace, se casa ó muere, y á lo sumo sus amigos íntimos.

Reservado estaba á la gran familia carlista, es decir, á todo un partido, resto venerando de la verdadera España, que es la tradicionalista, festejar en día fijo á sus muertos heroicos, gracias á la feliz y piadosa iniciativa de su Augusto Caudillo Carlos VII, quien, no pudiendo recompensar de otra manera á los que dieron la vida

por su Causa, en 1895 instituyó una fiesta nacional en honor de los Mártires que desde los comienzos del siglo XIX han perecido, á la sombra de la Bandera de Dios, la Patria y el Rey, en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designó para celebrarla el 10 de Marzo de cada año, aniversario de la muerte de su Augusto Abuelo Carlos V.

¿Quién les había de decir á aquellos obscuros voluntarios que dieron su sangre y su vida en los campos de batalla por la Religión, por la Patria y por el Rey, y que no tuvieron ni aun la suerte de que se rezara un responso sobre su ignorada sepultura que, corriendo los años, media España, en iglesias sin cuento, elevaría sus preces al Altísimo en sufragio de sus benditas almas?

Las flores naturales ó de trapo, en forma de coronas, que los neopaganos modernos depositan sobre las tumbas de sus muertos; el incienso de la adulación que los políticos liberales quemán sobre las aras de los que les han conducido á las ollas de Egipto, y los lutos obligados y rigurosos que imponen á los felices herederos las cuantiosas herencias, no tienen analogía alguna con el homenaje de fe, amor, piedad, agradecimiento, admiración y reverencia con que los carlistas obsequiamos á nuestros Mártires.

La Carta de D. Carlos al marqués de Cerralbo instituyendo esta fiesta, publicada con

merecidos elogios por todos los periódicos carlistas, produjo gran revuelo en el partido y conmovió hasta las entretelas del corazón á nuestros amigos los dueños de la Granja de Barrioviejo. Verdad es que, con la mejor intención del mundo, por apatía casi inconsciente, estaban en descubierto con sus deudos los generales carlistas Viciano y el Palomo; pero el recuerdo augusto de Venecia removió su conciencia aletargada; discutió largamente y con amor sus proyectos el matrimonio; tomaron prudente consejo de los curas carlistas del contorno, y dedicáronse á la obra sin perder momento ni descansar un punto.

Es lo cierto que la primera fiesta de nuestros Mártires se celebró el mismo año de su institución, ó sea el 1895, en ambos Barrios con pompa inesperada, concurrencia numerosa y devoción grande.

Amaneció el 10 de Marzo nuboso y huracanado, como si aquella naturaleza agreste quisiera tomar parte en el duelo carlista. Los curas mestizos y neutros del contorno excusaron cortesmente su asistencia, pues Fernando invitó á todos ellos sin distinción de colores políticos. Alguno pensó para su sotana: «Esos carlistones de Barrioviejo, como son ricos y fanáticos, pagarán bien; pero, ¿qué tengo yo que ver con los Mártires carlistas? No me acuerdo de *los otros* más que cuando los tropiezo en el Breviario, y había yo de ir por *esos* con un día tan malo? Vaya, que no voy, y que me esperen sentados.»

Pero los curas carlistas, viejos la mayor parte y achacosos por añadidura, curtidos todos ellos en su horror al liberalismo, así republicano como alfonsino, se levantaron con el día, y sin reparar en si hacía calor ó frío, viento fuerte ó flojo, y si las nubes presagiaban ó no tormenta, montaron unos en jamelgo, otros en borri-ca, éstos en los caballos de San Francisco, lle-vando por todo equipaje estola negra, sobrepe-liz y bonete, y antes de las diez de la mañana estaban ya en la casa que los Viciano tienen en Barrioviejo una docena de párrocos con sus res-pectivos sacristanes, algunos beneficiados de la catedral de Albarracín con los sochantres y los curas de ambos Barrios, que empuñaban la batuta y compartían con María el grato encargo de hacer los honores de la casa á los forasteros. Los que habían celebrado aquella mañana en sus respectivas parroquias, almorzaban ó tomaban chocolate con bizcochos de monjas y un vaso de leche, á su placer. Los restantes permanecían en ayunas con mucho gusto para tener la dicha de aplicar el santo sacrificio del altar por los Mártires de la Causa en general, y por los gene-ales Viciano y el Palomo especialmente.

Apenas divisaron el fúnebre cortejo que por el camino de Teruel se acercaba, las campanas de ambas iglesias parroquiales comenzaron á tocar á muerto con solemnes tranes de entierro de primera, ó doble como allí dicen, y los sones lúgubres eran repetidos por el eco de los pe-ñascos y montes del contorno.

Los restos mortales de D. Rodrigo Jiménez, depositados en ataúd ordinario, y éste dentro de metálica caja negra, previas las autorizaciones y formalidades prevenidas por la ley, habían sido transportados en ferrocarril desde Albacete á Valencia, y en carro á Teruel y desde Teruel hasta el punto más próximo á Barrioviejo de la carretera, todo bajo la dirección y cuidado de Fernando, que venía con el fúnebre convoy. Una vez allí, se colocó la caja en parihuelas, y ocho fornidos montañeses, de los que habían hecho la guerra á las órdenes del Palomo, completamente enlutados, pues hasta llevaban boinas negras, cargaron con las parihuelas y la caja al hombro, y rodeados de los chiquillos de ambos pueblos que habían salido media legua á su encuentro, tomaron la dirección de Barrioviejo, en cuya iglesia parroquial iban á celebrarse los funerales por ser más grande que la de Barrionuevo.

Continuamente tocaban á muerto las campanas, y mujeres con mantillas redondas y de negro salían de todas las casas, encaminándose á la iglesia. Atraídos por la solemnidad y por sus propias opiniones y memorias, llegaban también muchos forasteros por todos los caminos, con sus capas de cordellate al hombro, y bullía la gente en las dos aldeas, de ordinario tan tranquilas como desiertas.

Organizóse la procesión con cruz alzada y tomando parte en ella todos los sacerdotes, sacristanes y cantores llegados al efecto, revestidos

con sotana, sobrepelliz y bonete, y oficiando de preste, diácono y subdiácono, con terno negro, los curas de Barrioviejo, Barrionuevo y Torrequemada. Se puso á disposición del público toda la cera del Santísimo, de la cofradía del Carmen, de la Tercera Orden, etc., y cuanta hubo en las dos parroquias, y no resultaron velas bastantes para empezar, pues jamás se ha visto en ambos Barrios entierro tan concurrido, lujoso é imponente.

Ciertamente no resplandecía el orden en aquella luctuosa muchedumbre, abandonada á su propia dirección; pero sí el silencio más profundo, la devoción más piadosa y el respeto más grande á los vivos y á los muertos. Nada de esa curiosidad malsana é irreverente que se nota en las capitales en casos parecidos. Muchos, especialmente las mujeres, la familia Viciano y los parientes de carlistas difuntos, lloraban en silencio y de veras, como si les aquejase alguna desgracia reciente.

Llegada la procesión al encuentro de la caja mortuoria, dejaron las parihuelas en tierra, se cantó un solemnisimo responso, y entonando á dos coros las preces y salmos litúrgicos, se trasladó la procesión á la iglesia, que se llenó de bote en bote, quedando no pocos, que no pudieron penetrar en el templo, en las puertas, abiertas de par en par, y en la calle, á pesar del viento huracanado y de los nubarrones, para asistir desde allí á los funerales.

Se colocó la caja mortuoria sobre un senci-

llo catafalco de tres cuerpos, tapizado de bayeta negra y rodeado de blandones. Depositáronse á los pies del féretro la misma boina blanca con borla de oro y la espada misma que usó en su gloriosa expedición D. Rodrigo Jiménez, prendas que conservaba Fernando como oro en paño. Presidió éste el duelo con todos los voluntarios de los dos Barrios que habían hecho la guerra. Los curas y cantores marcharon al coro, y comenzó la misa de *Requiem*, oficiando el terno mismo de la procesión, y diciéndose á la vez cuatro misas rezadas en los altares laterales.

Sin órgano, sin instrumento alguno y sin capilla propiamente dicha, pues no merecía este nombre la improvisada y dirigida por los sochantres de Albarracín, no había motivos para exigir grande afinación ni sorprendentes efectos á los cantores; pero sometióronse todos con tan buena voluntad á la repentina dirección, y es tan conmovedor, tan serio é imponente el canto llano, y de tal manera influía el corazón en las voces, cantando todos á pulmón pleno, que el concurso estaba verdaderamente emocionado y absorto, y aunque, exceptuando el clero, nadie sabía latín, muchos adivinaban el sentido de ciertos pasajes del *Dies irae* y se estremecían al oír cantar por tan nutrido coro de voces:

*Quantus tremor est futurus,
Quando iudex est venturus...*

Ó clamaban con los cantores desde el fondo de su alma:

Ne me perdas illa die.

Ó daban cabida en su pecho á la esperanza en la misericordia divina, repitiendo:

*Qui Mariam absolvisti,
Et latronem exaudisti,
Mihi quoque, spem dedisti.*

El *Requiem aeternam dona eis, Domine*, lo entendían todos, y todos lo rezaban más con el corazón que con la lengua, pidiendo enternecidos el descanso eterno para aquellos gloriosos muertos, cuyos nombres no se borraban de la memoria de los fieles. Muchas, muchísimas y fervientes oraciones subieron al cielo aquel día por D. Ramón y D. Rodrigo y demás carlistas muertos en defensa de la Religión, desde la iglesia de Barrioviejo, y no fué la clerecía la que con menos fervor cantaba y rogaba, pagando en nombre de la Iglesia y por cuenta propia algo de lo mucho que debían á los Mártires carlistas.

El cementerio común de ambos Barrios, construído á expensas de D. Ramón Viciano y estrenado por tan bizarro jefe carlista, ocupaba un pegujal, denominado la pieza del Tormo, por levantarse en el centro un monolito ó peñasco natural, de unos diez metros de altura por unos cuatro metros cuadrados de área, completamente aislado y lleno de oquedades, quiebras y verrugas, por entre las cuales asomaban su ra-

quítica vegetación zarzas-rosales y hierbas aromáticas, como el tomillo y la ajedrea. Por de pronto se dejó el tormo ó peñasco como estaba, cercando la pieza de pared y haciendo los enterramientos todos en el suelo por no haber nichos ni capilla; pero cuando la familia Viciano se propuso celebrar aquella fiesta funeraria, de acuerdo con un picapedrero (no nos atrevemos á llamarle lapidario) de más instinto que habilidad artística, á poca costa transformóse el tormo en mausoleo ó monumento funerario, tan original como agradable á la vista.

Terminados los oficios solemnes, se organizó el entierro y conducción de los restos mortales del Palomo al campo santo dicho, en la misma forma, aunque con más orden, que la procesión de la mañana. Tres veces se detuvo en el camino para cantar otros tantos nutridos responsos, á cuyo efecto un zagal llevaba una mesa ordinaria, sobre la cual se colocaban las parihuelas con el ataúd encima, mientras se decían los cantos fúnebres.

Chisporroteaba tanta vela encendida, rezaban todos los labios, y no recordaba ninguno de los presentes haber visto nunca entierro tan lucido en población alguna; pero la sorpresa de los barrienses y forasteros no tuvo límites cuando, una vez en el cementerio, encontráronse el tormo ó peñasco convertido en panteón de nueva índole. En la cúspide una cruz de piedra, sencillamente labrada y de tamaño natural, en cuyos tres brazos cortos se leían por ambos

lados, con gruesos caracteres, en el del centro y vertical la palabra DIOS, y en los laterales y horizontales, en el de la izquierda la palabra PATRIA y en el de la derecha la palabra REY.

Las vertientes estaban intactas, naturalmente, con sus agujeros y hierbas; pero en lo que pudiéramos llamar fachada del peñasco se había labrado una especie de altar, abierto á pico en la roca viva, y sobre el altar dos nichos como dos enormes clavos que se hundieran en el torno, dejando al descubierto sobre la mesa del altar las cabezas, semejantes á dos puntos negros enormes. En el de la derecha se colocó la caja del Palomo y en el de la izquierda la de D. Ramón Viciano, desenterrada al efecto, tapiándose ambos nichos con dos lápidas de mármol negro, fabricadas en Valencia, y con sencillas inscripciones doradas que decían, la una, debajo de una cruz:

«Esperan aquí la resurrección de la carne los restos mortales del general carlista D. Rodrigo Jiménez y Sandoval, que sacrificó su fortuna, su sosiego y su vida en aras del Altar y el Trono.

R. I. P.»

La otra:

«Rogad á Dios por el alma del general carlista don Ramón Viciano y Fernández. Hizo ambas guerras en el campo de la Legitimidad; regaló este cementerio, construido á sus expensas; falleció del cólera en 1885, y su cadáver fué el primero inhumado en este campo santo.

R. I. P.»

Al exhumar el ataúd de D. Ramón Viciano para trasladarlo al nicho, su hija y yerno, lo mismo que los nietos allí presentes, sus deudos y los sacerdotes que le trataron en vida, no pudieron contener las lágrimas que silenciosa y suavemente se escapaban de sus ojos. María se arrojó sobre la caja sollozando, y quiso que la abrieran para ver una vez más el cadáver ó los huesos de su querido padre; pero se opuso prudentemente el clero y aun su mismo marido, y precipitadamente se trasladó el ataúd al nicho.

Terminadas las preces, colocadas en su sitio las lápidas, y apagadas las luces, se disolvió el cortejo fúnebre, y dispersándose la muchedumbre regresaron á casa de los Viciano los sacerdotes, capiscoles, sacristanes y monaguillos, y se obsequió á todos con una gran comida, que pudiéramos llamar boda funeraria.

Bendijo la mesa el cura de Barrioviejo, ocuparon los dos centros María y Fernando, colocáronse los demás á sus derechas é izquierdas, sin gran ceremonia, por orden de edad y dignidad, y comenzó la comida con la seriedad propia del caso; pero á medida que se desocupaban los platos y copas, insensible y naturalmente fueron animándose los comensales, y se concluyó hablando por los codos de todo lo divino y humano, pero singularmente de la guerra civil última y de los guerrilleros más famosos, entre los que hizo el principal gasto el Palomo; de los reconocementeros y noedalinos, que habían dado en la gracia de partir por el eje al único partido

católico español, valiéndose al efecto de mil embrollos y calumnias; del viaje de D. Carlos á las Repúblicas Sudamericanas, de los merecidos obsequios que por todas partes dedicábanle los católicos del Nuevo Mundo, del ruso, de las esperanzas futuras y de mil cosas, más ó menos inconexas y relacionadas con la solemnidad presente. Puede suponer el curioso lector cuanto nosotros llamamos.

Rendidas las gracias y antes de servir café, copas y puros, se levantó Fernando, el dueño de la casa, y dijo:

«Señores: Doy un millón de cordiales gracias á todos los presentes y á cuantos nos han honrado asistiendo á estos fúnebres cultos; y ahora, para probar que María y yo hemos cumplido con nuestro deber, como carlistas y como herederos, ruego á cualquiera de los jóvenes sacerdotes presentes que dé lectura á estos documentos»; y se los entregó al más próximo.

Leyóse primero la tierna y augusta Carta de Carlos VII al marqués de Cerralbo, instituyendo la fiesta de los Mártires, y después una cláusula del testamento del Palomo, que literalmente decía así:

«No teniendo familia, ni pariente ninguno próximo, instituyo por únicos y universales herederos de todos mis bienes y derechos de toda clase, habidos y por haber, á María Viciano y Fernando Lorente, rogándoles que, si tuvieran vocación para ello, se casen entre sí; cuando la ley y sus recursos se lo permitan, trasladen mis

huesos desde el cementerio de Albacete al de mi pueblo natal, y tengan la caridad de mandar decir las misas que puedan en sufragio de mi alma.»

Impresionó á todos la lectura de ambos documentos, comentándolos con grandes elogios, mientras se tomaba el café; felicitaron de veras al matrimonio, que pagó espléndidamente con celebración abundante á los presbíteros y con dinero contante y sonante á los demás, y con vivas entusiastas á Carlos VII, muchos y cariñosos apretones de manos y despedidas afectuosas, disolvióse la reunión, regresando aun aquella misma noche los forasteros á sus respectivos lugares.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—Un general como pocos y un canónigo como muchos.	5
II.—La guerra en el hogar doméstico.	17
III.—De propietarios pacíficos á cabecillas guerrilleros y un secretario modelo.	33
IV.—Alzamiento carlista de Aragón.	47
V.—Prosigue el alzamiento carlista aragonés.	66
VI.—El Palomo en casa del señor Francisco Lorente.	71
VII.—El Guerrillero.	81
VIII.—Traidores y leales, y encuentro inesperado.	89
IX.—Sorpresa en Torrequemada.	105
X.—Resistencia heroica en la Venta del Coscojar.	123
XI.—Por fusiles al Pobo.	139
XII.—Preparativos y denuncia.	153
XIII.—Y el pájaro voló.	161
XIV.—Regreso del Palomo á Cantavieja.	171
XV.—Sorpresa de Daroca, defensa de Cantavieja y otros detalles.	177
XVI.—Loa á San Roque y atropello amoroso.	191
XVII.—En el Seminario de Teruel.	203

XVIII.—En Estella y en el monte: muerte de Rafael Viciano.	211
XIX.—Expedición heroica.	223
XX.—Cómo mueren los carlistas.	237
XXI.—Estrategia defensiva.	251
XXII.—Veinte años después.	259
XXIII.—Cristiana apoteosis.	269



FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
23	17	no puedo	no puede
86	19	tío Francisco	señor Francisco
144	28	que á medio daba	que medio daban
229	33	y asesinos.	y asesinos!
230	20	anticarlista	anticarlista
244	26	que con	quienes con
